



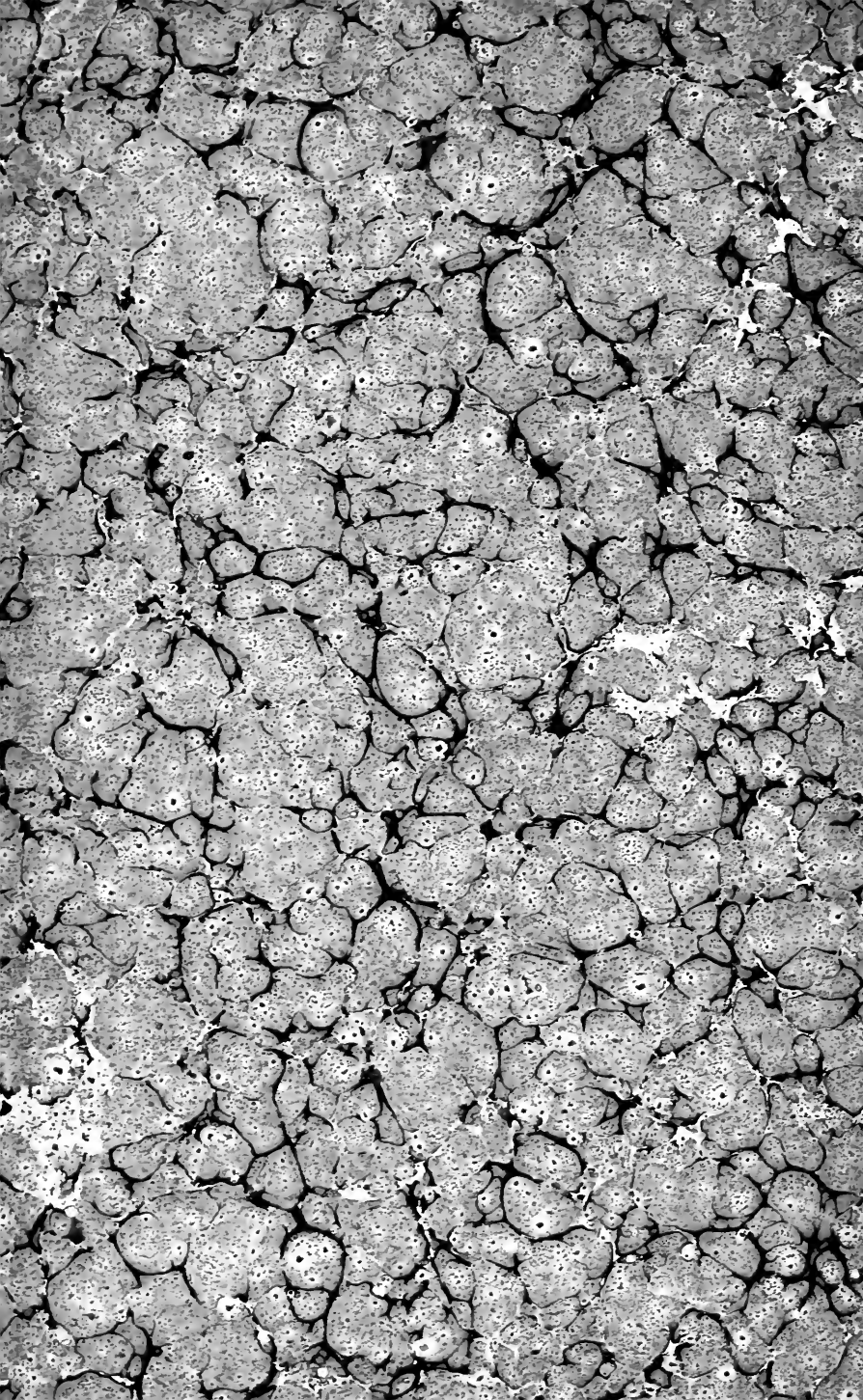
3 1761 06743459 7

PQ

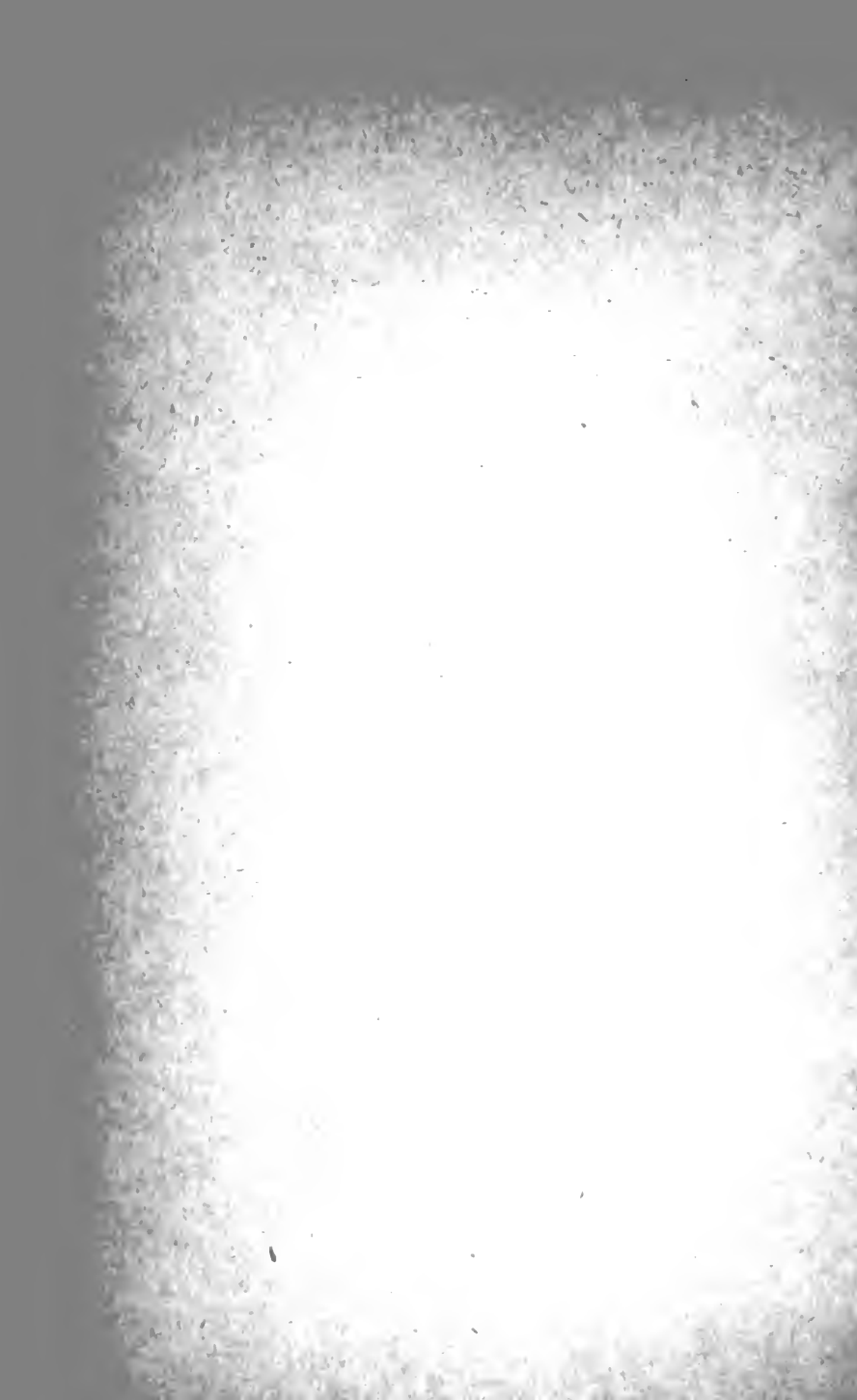
6523

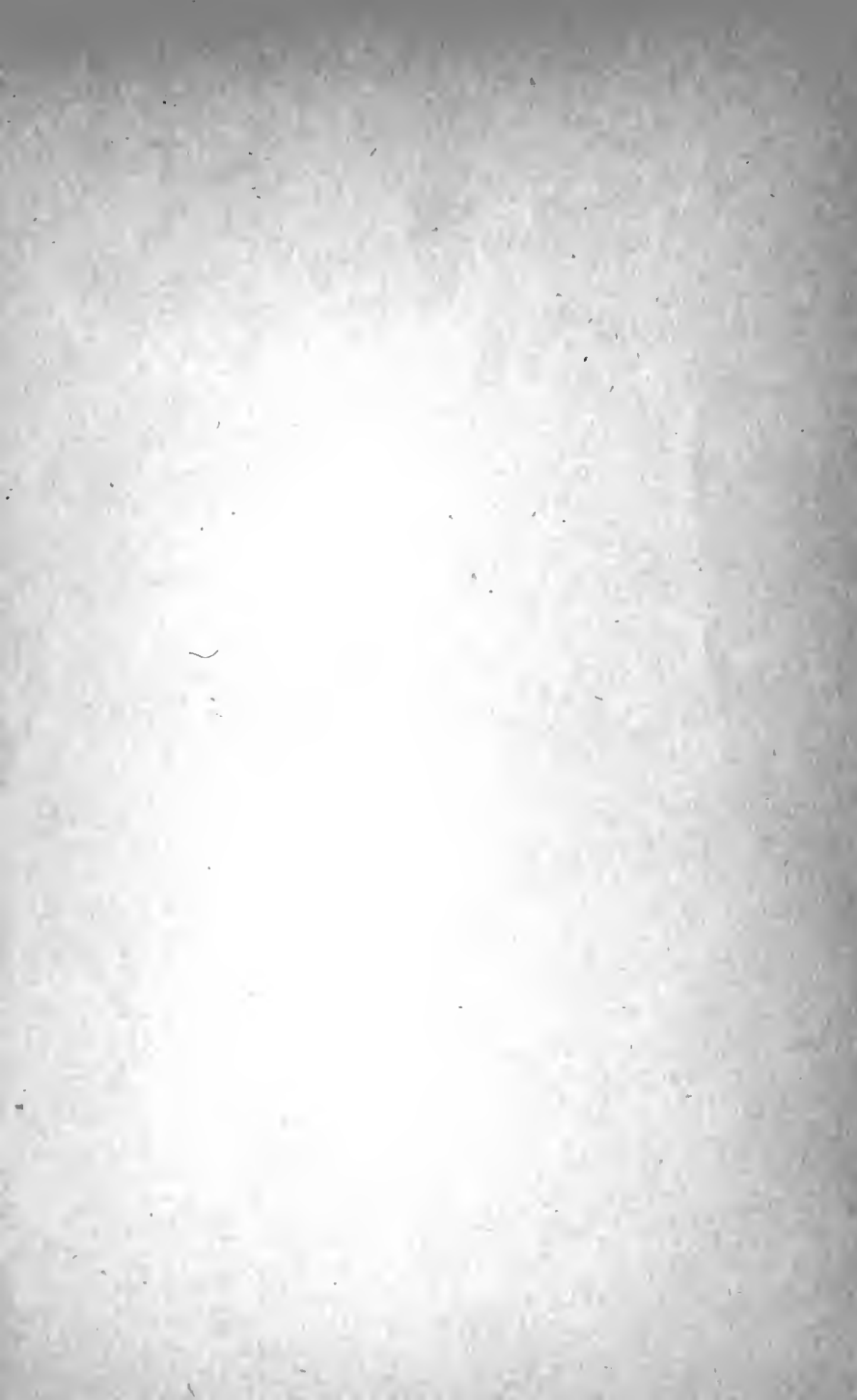
G53A17

18--









67

OBRAS DE ENRIQUE GIL.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

OBRAS

DE

ENRIQUE GIL

y Carrasco

AHORA POR PRIMERA VEZ REUNIDAS EN COLECCION

I

POESÍAS LÍRICAS

MADRID

CASA EDITORIAL DE MEDINA Y NAVARRO

Calle del Rubio, núm. 23

149881
575719

PQ
6523
G53A17
18--

DOS PALABRAS.

Poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable, siquier alguna vez adolezca de difuso ó de incorrecto; novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott; crítico de juicio penetrante; ámplio y seguro, y pintor tan galano como discreto y exacto de *impresiones de viajes*, monumentos, tipos provinciales y escenas de costumbres, fué Enrique Gil uno de los astros más brillantes que desde 1837 hasta 1845 resplandecieron en los horizontes de la patria literatura. Y tan luminoso rastro dejó en pos de sí, que á pesar del tiempo transcurrido y de las trascendentales revoluciones acaecidas en el modo de ser moral y político de nuestra nación, á que han sido consiguientes otras no ménos profundas en el gusto del público, todavía hoy conserva alto

prestigio entre cuantos á las bellas letras rinden culto; prueba inequívoca de que sus producciones encierran no escasos quilates de mérito real y positivo, independiente de los pasajeros caprichos de la moda, que á tantas medianías suele encumbrar al pináculo de la fama, para dejarlas caer luego en la sima del descrédito, y, en breve plazo, del olvido.

Hános parecido, por tanto, tarea digna y honrosa la de reunir en coleccion los varios é interesantes escritos de aquel malogrado ingenio, salvándolos así del peligro de desaparecer para siempre, á que por lo efímero de casi todas las publicaciones donde salieron á luz, se hallaban tan expuestos, y facilitando juntamente su lectura á los amantes de lo bueno y de lo bello. Ya ántes de ahora hubo quien concibiese tal idea. Sabemos que Pastor Diaz fué excitado alguna vez á ponerla por obra. Móviles muy poderosos para inducirle á ello eran el patriotismo, el interes literario y la buena memoria de Enrique Gil, con quien tan estrecho cariño le unia; pero los cuidados de la política por una parte, y por otra la dificultad de allegar los numerosos periódicos en que dichas obras quedaron desparramadas, impidiéronle realizar empresa tan grata á su corazon de amigo, de español y de literato. Nosotros, más desasidos de los negocios públicos, y sin poder competir con el ilustre publicista sino en el buen deseo, la hemos acometido arrostrando no pequeños obstáculos.

los, en la confianza de hacer una cosa, aunque imperfecta, meritoria. Dímonos, pues, á recorrer y examinar raras colecciones de los diarios y revistas de que fué redactor ó colaborador Enrique Gil; y no sin fortuna, pues creemos que pocos frutos de su privilegiado ingenio se habrán escapado á nuestras diligentes pesquisas. En cuanto á las poesías—que ocupan este primer volumen—pecaríamos de ingratos y poco sinceros si callásemos qué nos ha evitado no corto trabajo el Sr. D. Joaquin del Pino, hermano político de nuestro autor, proporcionándonoslas por mediación del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, amigo cariñoso de Enrique Gil, y propicio siempre á cuanto puede redundar en beneficio de la pública ilustracion y del buen nombre de la patria.

Pensábamos en un principio encabezar esta coleccion con un detenido exámen crítico de las obras que ha de contener; mas la falta de salud, el deseo de no dilatar la publicacion del presente tomo y, sobre todo, la consideracion de que semejante trabajo podrá hacerse al fin con mayor copia de datos y seguridad del acierto, nos han inducido á dejarle para *epílogo*, en vez de ponerle como *prólogo*. En cambio hallará el lector á continuacion (y no tememos afirmar que con placer sumo) la biografia del autor, escrita por su hermano D. Eugenio y por nosotros adicionada mediante algunas notas, tres poesías del mismo,

consagradas á su recuerdo, otra en octavas reales del Sr. D. Fernando de la Vera é Isla, y, por último, una epístola del Sr. D. Eulogio Florentino Sanz, dedicada á conmemorar el día en que falleció el simpático y tiernísimo cantor de *La violeta*.

G. LAVERDE.

UN ENSUEÑO.—BIOGRAFÍA. (a)

Si el sueño es un reflejo de la muerte, ¿cómo dudar que algo debe haber más allá de la tumba, cuando también durmiendo sentimos, gozamos y sufrimos?

I.

El 9 de Mayo de 1848, una cruel pesadumbre rompió el más fuerte de los lazos que por entonces me ligaban á la vida. Como en las cinco ó seis noches que precedieron á mi desgracia, apenas se habian cerrado mis párpados un solo instante,

(a) Este ingenioso escrito, con las tres poesías que siguen, fué impreso en Leon por la viuda é hijos de Miñon, en 1855, en un folleto de 26 páginas, en 4.º Las notas señaladas con letras, son del colector; del autor de la biografía, las restantes. Quizá se repare en la forma algo hiperbólica y extraña de ésta; pero las buenas dotes literarias que denota, el interés que le da la circunstancia de ser obra de una persona tan allegada al autor, y la consideración de que tratándose de un poeta romántico, no deja de tener sus razones de congruencia el presentar el relato de su vida en forma romántica, creemos que basten para justificar su reimpression en el lugar que aquí le damos.

el insomnio y el dolor de una pérdida que yo creía irreparable, me produjeron uno de esos accesos de fiebre, bajo cuya influencia el pensamiento recorre los espacios del delirio, á la manera de una leve pluma arrebatada por un huracan impetuoso.

Horribles pesadillas me asaltaron. Creíme lanzado á los aires por una mano invisible y poderosa, formando séquito fúnebre en torno mio grupos de fantásticas figuras con pálidos semblantes bañados en lágrimas, que una tras otra venian á sacudir sobre mi frente, cayendo en ella como plomo derretido. Las fibras de mi cerebro, ya excitadas por la calentura, latian aceleradamente con estremecimientos convulsivos, ora contrayéndose como las cuerdas de un arpa á la accion del fuego, ora dilatándose cual si fueran á romperse, y ambas transiciones me causaban dolores tan intensos, que sin perder la razon ó la existencia no siempre podrian soportarse.

Por un supremo esfuerzo de mi delirante imaginacion, tal vez debido á la misma intensidad del sufrimiento, logré adelantarme hasta perder de vista los fantasmas que ántes me asediaban, aturdiéndome con espantosos alaridos. El cielo, que habia aparecido sobre mi cabeza cubierto de lóbregas nubes, pesadas para ella como enormes montañas, fué recobrando de pronto toda la pureza de su éter y ostentando en profusion infinita sus brillantes luminarias. Era aquello un océano sin fin de azul y fuego, y ¡cosa extraña! á pesar del vivísimo resplandor de las estrellas, cuyos discos se habian más que centuplicado á mis ojos, fijábanse en ellas ávidos de luz, como pudiera clavar los suyos en el faro de cercano puerto un marinero próximo al naufragio.

Así seguí en mi delirio hendiendo rápido el espacio, no sé por cuanto tiempo; recuerdo solamente que si alguna vez descendia mi mirada há-

cia la tierra, se me presentaba como un pequeño punto negro, formando rudo contraste con los infinitos mundos iluminados que sobre mi frente giraban. ¡Extasis delicioso despues de la pasada agonía! ¡Extasis que súbito interrumpió una voz venida de las alturas, mandándome bajar de nuevo á la oscura mansion que habia abandonado!

II.

Héme aquí por encanto de mi ensueño en el cementerio de la parroquia católica de Berlin, llamada santa Eduvigis. Héme aquí arrodillado ante un modesto, pero elegante sepulcro, rodeado de flores, y ostentando una cruz de hierro con los extremos dorados y en su bajorelieve un ángel en actitud llorosa. ¿Qué restos inanimados encierra esa tumba cuya propiedad está asegurada por cien años? ¿Qué mano generosa levantó en ella el signo de nuestra redencion y plantó esas flores? (1) Leamos.

Á DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO
FALLECIDO EN BERLIN
EL 22 DE FEBRERO DE 1846,
SU AMIGO
JOSÉ DE URBISTONDO.

Ahogada con los sollozos, barbotaba mi garganta estas palabras, al paso que dos hilos de

(1) El conocido escritor D. Fernando de la Vera completó la obra de amistad del Sr. Urbistondo, hallándose de secretario de la legacion de España en aquella capital. La familia de Enrique Gil bendice esos dos nombres y rinde aquí un público testimonio de gratitud hácia los señores conde de Adanero, Sierra Pambley, del Bosque y Álvarez Quiñones, que probaron ser generosos amigos de aquel infortunado joven, áun despues de su muerte.

lágrimas caían sobre la funeraria losa. Una y mil veces estampé en ella mis labios; una y mil veces lancé á la soledad de que me veía rodeado tremendos gritos llamando al hermano que allí dormía el profundo sueño de la muerte; y Dios sin duda hubo de tener piedad, pues que de pronto un hondo suspiro respondió á mis ayes.

¡Era él! ¡Ay! ¿Qué digo? Sus hundidos ojos no reflejaban ya el azul de los cielos: lirios reemplazaban las rosas de otro tiempo, y en su dilatada frente, espejo en vida del alma más noble y generosa, leíase el triste epílogo de una historia escrita con lágrimas sobre su corazón, en que aún seguía fija la descarnada mano *como se le encontró despues de muerto!*

Quise, loco de dolor, precipitarme en sus brazos; pero un ademan de silencio me contuvo enclavado al pié de la cruz, y con voz solemne y triste me dijo:

—¡Cielo santo! ¿Qué desesperacion, qué gritos tan desgarradores turban el reposo de los muertos! Y ¿eres tú, hermano, quien los exhala: tú, que al descender de esa resplandeciente bóveda, debías comprender que el que sobre ella fija su planta no puede ser llorado?

—Bien sé, le respondí, que la vida de los ángeles gozabas, cuando con las manos en cruz, los ojos yertos, cadáver te trajeron á este sepulcro: bien sé que en el mundo eras un peregrino fatigado, un moribundo cisne sin lagos en él donde posar tu vuelo; y sin embargo, corren mis lágrimas al ver que tus restos descansan en tierra extraña; al ver la soledad en que los tuyos hemos quedado con perderte; al ver destruidas la fe del corazón, sus esperanzas más dulces y la ventura de nuestra madre.

—Óyeme, pues; que no en balde permite Dios que el espíritu torne otra vez á su antigua cár-

cel. Hablaré contigo y calmaré tu pena; pero ántes verás en sus principales fases mi tránsito por este enlutado valle que tú vas atravesando para llegar pronto también á sus confines. Hé aquí este cristal de una óptica santa, misteriosa, que el Señor te entrega por mi mano ¡pobre alma enferma! Mira por él y dime lo que á tus ojos vaya presentándose.

III.

—Estoy viendo una poblacion, situada casi en los confines occidentales de la provincia de Leon. Es Villafranca del Bierzo, y en el templo de santa Catalina imprimen ahora en la frente de un hermoso niño el primer sacramento de nuestra religion. Ha nacido dos dias ántes, el 15 de Julio de 1815 y su nombre es el tuyo (b).

—Prosigue.

—Nueve años han pasado, y en este momento te veo en Ponferrada (c), á las márgenes del Sil, arrojando ramos de madreselva en su corriente. Nuestros padres vienen á tu encuentro con la sonrisa en los labios, y tú, loco de alegría, corres á sus brazos. ¡Qué cuadro de felicidad tan seductora! ¡Cuán en armonía con el sublime panorama que Dios desenvuelve ante mi vista! Nubes de púrpura y nacar extienden un velo vaporoso sobre el sol de occidente: en imponentes masas se elevan los torreones y murallas del castillo del *Temple*, donde profesó tu *Señor de Bemibre: el rio de las ondas claras y las arenas de oro* se desliza en sonoro curso lamiendo la áspera falda, sobre cuya cresta tiene sus cimientos la ruinosa for-

(b) Fueron sus padres D. Juan Gil y doña Manuela Carrasco, de honrado linaje y medianamente acomodados de bienes de fortuna.

(c) Allí comenzó y acabó sus estudios de latinidad con los Padres Agusínos.

taleza: los verdes almendros mecidos por la brisa, las colinas de viñedo coronadas, los montes Pajaríel y Castro, gigantes y silenciosos centinelas de la villa, las tres riberas de frondosas huertas plantadas de frutales en que multitud de ruiseñores interrumpen el silencio de las noches de Mayo y Junio con sus inimitables cantos; y en último término, la cordillera de montañas que circundan el Vierzo; todo esto veo. ¡Oh, gracias, hermano mio; que tambien en ese delicioso verjel se arrulló mi infancia despues que la tuya!

—¿Cómo no aparecer alfombrado de azucenas el camino que me ves ir siguiendo? Pero ¡bramará la tempestad, las lágrimas caerán sobre las tristes flores, y heridas de muerte quedarán!... Continúa, hermano.

—El crepúsculo de la niñez te envuelve entre sus sombras. ¿Dónde estás? ¡Ah! ya acierto: en el pórtico del silencioso monasterio de Espinareda (d). Los religiosos benedictinos mezclados con los novicios y colegiales se agrupan en torno tuyo. ¡Cómo te abrazan! ¡Cómo lloran contigo al despedirte! No te aflijas, hermano, que ese culto de cariño que abandonas, tendrás en todas partes.

La sombría ciudad de Astorga va pasando por esta óptica con su antigua catedral, bajo cuyas bóvedas nuestras oraciones de la niñez se elevaron al cielo algunas veces. Tambien te veo en su seminario con la beca y ropon de colegial. La escena cambia, pues en este momento paseas por los claustros de la universidad de Valladolid (e);

(d) En este monasterio estuvo de alumno interno y principió los estudios de filosofía que terminó dos años despues (1831) en el seminario conciliar de Astorga.

(e) En esta universidad empezó la carrera de leyes; pero desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos á la prosecucion de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de su familia. Por fin, los terminó en Madrid, recibíendose de abogado en 1839.

pero ¡ay hermano mio! ó este cristal se empaña, ó la tempestad de que ántes hablabas ha descargado ya, segun es melancólica la nube que oscurece tu frente.

¡Lo último era verdad! Has llegado á Madrid; pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido! Quince meses de nuevas angustias, despues de seis años de lágrimas, han desarrollado en tu generoso, impresionable corazon, el gérmen de la melancolía que será hasta la muerte el distintivo de tu carácter pensador y profundo. Si Dios no te envia *una gota de rocío*, ¿qué será de ti, pobre lirio de veintiun años?

¡El milagro se ha obrado! *La Gota de rocío* (f) ha caido del cielo para cambiar la oscura faz de tu vida! Es el primer canto de un jóven rui señor, frescó como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor.

Veo en tu redor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que *te sacó de las tinieblas del desierto*! ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!

¿Por qué has vuelto á los campos de tu niñez, pobre rui señor del Vierzo? ¿Será que el hijo va á despedirse para siempre de su madre? ¡Ay! El ángel de la muerte ha debido darte el primer aviso, porque en tu rostro distingo la profunda y re-

(f) Alude á la poesia de este título, inserta en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, por la cual Enrique Gil empezó á ser conocido y apreciado en los círculos literarios. Sucesivamente dió á luz en el *Semanario pintoresco*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Liceo*, *El Entrecanto*, *El Iris*, y principalmente en *El Correo nacional*, casi todas las que forman la presente coleccion. Escribió tambien gran número de artículos de crítica literaria, costumbres, viajes, etc., en *El Correo nacional*, *Semanario pintoresco*, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*.

ciente huella de una enfermedad gravísima; pero las auras del otoño reaniman tu sangre; la primavera de 1840 completa la obra, y tres años más tarde brotará de tu pluma *El Señor de Bembi-bre* (g); ¡noble y melancólica figura sobre un fondo de lágrimas que un ángel va derramando en su corta peregrinación!

¡Cuán rudo golpe descarga ahora sobre tu corazón la suerte! Espronceda acaba de morir! (h) Las tumbas del cementerio de San Sebastian repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. *El águila hermosa* remontó su vuelo para esperarte más alta que el sol: ¡cuánto tiempo te aguardará?

Hemos llegado al 20 de Mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo el *Fenicio*, elegante vapor frances de la carrera del Mediterráneo, pronto á hacerse á la mar para Marsella. Sobre cubierta te diviso en un religioso y profundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella población, la última que miras de tu patria. ¡Ay! ¡Adónde vas, hermano mio? Vuelve á esa playa que abandonas. Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frío tu corazón antes que pasen dos años! Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la misión que llevas á Alemania (i); pero ¡ay! la muerte

(g) Esta interesante novela fué publicada por Mellado en la *Biblioteca popular*.

(h) El día 23 de Mayo de 1842. Se alude á la elegía que va al fin de este volumen.

(i) Las instrucciones que recibió del ministerio de Estado le prevenían que en su viaje por los diferentes reinos que formaron parte del antiguo *Cuerpo germanico*, fuesen objeto de sus investigaciones y estudio.

1.º El estado político de cada país, sus relaciones con los demas de la *Confederación* y potencias extrañas, población, rentas y fuerzas militares.

2.º Leyes que constituían la organización general, provincial y municipal.

se interpondrá en tu camino y entónces ¿qué será de tu anciana madre y de sus hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlin la tuya!

Como arrebatadas por un furioso torbellino pasan ante mi vista las ciudades que tú vas recor-

3.º Estadística.

4.º Instrucción primaria, secundaria y superior, y establecimientos científicos y literarios.

5.º Agricultura, sus adelantos y situación.

6.º Cria de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios á que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7.º Exámen de la industria en los ramos principales á que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8.º Comercio de importacion y exportacion: artículos principales en uno y otro, consumos del país, productos de nuestro suelo ó industria que tuviesen demanda, ó que ofrecieran útil despacho y medios adecuados para introducir su uso.

9.º Organización del Zollverein ó *liga telónica* de Alemania, estados que se hubiesen adherido á la union aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasionase, y relaciones utiles que la España pudiera establecer con el Zollverein.

10. Navegacion de los Estados alemanes, situados á orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de la de las ciudades anseáticas, y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11. Líneas de caminos de hierro.

Tal era en resumen la vasta comision que el Gobierno confiaba á su proverbial aplicacion y reconocido talento, aparte de las instrucciones reservadas que respecto á política pudiera haberle dado, atendida la incomunicacion diplomática en que por entónces se hallaban las dos Córtes.

Para la formacion de un cuadro de tan colosales proporciones, indispensable era prepararse convenientemente, no sólo adquiriendo un completo conocimiento del idioma aleman, sino tambien relaciones con los altos funcionarios á quienes necesariamente tendria que recurrir en demanda de datos. El primer escollo logró dominarlo con el no interrumpido estudio de seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió; y respecto al segundo, en el ministerio de Estado debe constar por sus comunicaciones oficiales hasta qué punto supo con exquisito tacto y mejor fortuna relacionarse con los altos empleados de la administracion prusiana en todos sus ramos.

La muerte vino á sorprenderle ántes de concluir sus trabajos sobre el Zollverein, escritos en francés: asunto á que por su gran interés creyó deber dar la preferencia.

riendo con la de un viajero observador y profundo, cuanto lo permite el apresuramiento de tu marcha. Francia, Bélgica, Holanda, las orillas del Rhin y parte de Alemania me presentan sus más notables poblaciones... ¡Dios de misericordia! ¡Hé aquí el término de tu viaje, pobre peregrino! Ya has llegado á Berlin.

Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de Setiembre. A los pocos dias, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu mano entre las suyas, el famoso baron de Humboldt será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montessny su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y á su ejemplo los demas individuos del cuerpo diplomático. Ya ha cesado de todo punto tu soledad, pues en este momento un consejero íntimo del rey Federico Guillermo viene á invitarte oficialmente para el festin régio con que S. M. solemniza la exposicion de las artes é industria que se verifica en la capital de su monarquía.

Son las dos de la tarde del 6 de Octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distincion, los hombres más notables de la Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar á Potsdam recibe á la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hácia el parque y bosques de Sans-Souci. Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro

en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansion en la más *real* que la imaginacion puede crearse. Despues de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sans-Soucí, que, iluminado interiormente con infinitad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salon de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusion de dulces y ramilletes de diversas clases. El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta á la sala, hallando para todos una sonrisa ó una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey inteligente y benévola respira satisfaccion al verse objeto de veneracion y amor por parte de los concurrentes: la de la Reina, á pesar de sus padecimientos, tiene una expresion que la realza, y revela tesoros de angélica dulzura.

Despues de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlin, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la corte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atencion aún más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra ó sale, todos los circunstantes se ponen en pié con el mayor respeto y en silencio profundo.

La concurrencia pasa al salon de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. Á ella son admitidas algunas personas, entre otras lord Pálmerston y su esposa: los de-

mas toman asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Principes y Princesas con más despacio que la vez primera recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del Interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Vitgensein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente á S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasion oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro dia (1). El salon va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban, regresan á Berlin despues de media noche en el mismo órden que de allí salieron.

Desnudos de verdor comienza á mostrar sus árboles el *Thiergarten* (2): marchitas las hojas se arrastran por el suelo á impulso de los vientos septentrionales que anuncian la llegada del invierno. A pesar de sus rigores y del profundo estudio á que consagras las horas, tu salud no se ha alterado todavía. ¿Permitirá la misericordia de Dios que la planta del Mediodia se aclimate entre las nieves del Septentrion? ¿Escuchará los ardientes votos que por tu existencia van derechos á su trono? Esta esperanza debiera alentar mi pecho, y sin embargo, ¿por qué me parecen tan tristes las galas de esa nueva primavera?

(1) La presentacion del autor de estas obras á las princesas de Prusia se verificó por el baron de Humboldt al poco tiempo, en un baile que dió el ministro de Negocios Extranjeros, baron de Bulow. La conversacion giró en los diez ó doce minutos de su duracion, sobre España, el clima de Berlin y el viaje del autor. Algunas noches despues, en otro concierto dado por el conde de Arnim, ministro del Interior, sus altezas reales se dignaron dirigirle la palabra algunas veces. Convidado á comer el dia de Reyes del siguiente año por el príncipe Carlos de Prusia, llevó éste su bondad hasta el punto de convidar igualmente al marqués de Lucchesini como amigo del difunto Gil. En varias ocasiones obtuvo despues la misma honra.

(2) El parque de Berlin.

¿por qué los perfumes que deben exhalar esas flores que estoy viendo, no llegan hasta mí, ni los rayos de ese sol que las vivifica, penetran en las tinieblas de mi corazón? Las flores se agostan: las mieses de los campos van adquiriendo su color dorado y pronto caerán bajo la hoz del segador, como las generaciones de la tierra vienen cayendo una tras otra bajo la guadaña de la muerte.

.....

.....

¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! Ella te escoge ahora por blanco de sus tiros! Un torrente de sangre brota de tu pecho y enrojece tus descoloridos labios. ¡Qué horrible sepulcral silencio reina en ese aposento del dolor, interrumpido únicamente por tu respiración anhelosa! Hé aquí el segundo aviso del ángel de los sepulcros, y de esta vez ¡ay de mí! no te salvarán las auras de la Silesia, adonde acabas de llegar con el germen de una enfermedad incurable. ¡Oh cuán pronto las profecías de tu corazón (1) se cambiarán en espantosa realidad!

Un segundo ataque, más terrible que el primero, te postra nuevamente moribundo. El doctor Welzel (2) tiene que dejar sin sangre tus venas

(1) Véase lo que decía en el artículo primero de su *Bosquejo de un viaje á una provincia del interior*, inserto en *El Sol*, correspondiente al 2 de Febrero de 1845:

«Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora. ¡Extraña manía la del pobre entendimiento humano, que á toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!»

Ocho años ántes de su muerte ya había simbolizado la alegoría del cisne en algunas de sus poesías.

(2) Hé aquí la traducción de la última carta que con tal motivo escribió al íntimo amigo del enfermo.

«Al Sr. D. Joaquín del Pino, el doctor Carlos Welzel, médico de los baños de Reinerz.

para prolongar algunos meses tu existencia. La voz de tu próximo fin se esparce por Reinerz, y multitud de personas desconocidas se agolpan á las puertas de tu casa para informarse de tu situacion con interes profundo. En Berlin, en Paris y más allá de los Pirineos, tus amigos te lloran por muerto, para cambiar su afliccion en alegría al saber al poco tiempo que aún existes, si existir se llama llegar á la capital de Prusia en el deplorable estado en que te veo. La enfermedad hace rápidos progresos, y el médico de cámara del príncipe Carlos y el doctor Heim que te asisten con celoso esmero, reconocen la inutilidad de sus esfuerzos para salvarte. Tampoco para ti es un misterio ¡pobre hermano mio!, y no obstante, seis dias ántes de tu muerte escribes entre congojas profundas y con mano trémula á nuestra madre, ocultando la gravedad del mal é infundiéndola esperanzas que tú no abrigas. ¡Oh! ¡Hasta en el borde del sepulcro no se desmiente la sublime abnegacion de tu alma!... El valor abandona á la mia para continuar mirando por este enlutado cristal, segun se acerca la catástrofe. Deja que descanse, hermano mio, si no quieres verme morir á tus piés.

»Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré á usted en mis cartas del 6 y del 13 de este mes, salió de aquí para Berlin el dia 18.

»¡Oh dolor! Una emolisis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmonares desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso á la vida, aún cuando de una manera leve se reproduzca.

»Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frio de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar á su otra patria (Berlin), no quiso permanecer aquí más tiempo.

»No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia.

»Por lo demas, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonal sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia á la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al ménos pueda llegar á Berlin el desgraciado!—Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, á 20 de Setiembre de 1845.»

—Pues bien; yo concluiré por ti—respondió la sombra amada.—Contados son los momentos que puedo permanecer á tu lado, y quiero que apures hasta la última gota del cáliz, para que tu alma se eleve despues sobre los dolores que aún habrás de atravesar.

—Cúmplase tu voluntad, hermano mio.

—En la mañana del 21 de Febrero conocí que mis padecimientos tocaban á su término. Una terrible angustia me oprimia el pecho: los objetos todos, confusos é informes, se movian á mi rededor: en mis oidos resonaban incesantemente ecos de lúgubres campanas, y el cerebro trastornado con la próxima disolucion de mi sér, apenas podia coordinar una sola idea.

Aquella mañana vino como de costumbre á verme mi generoso amigo Urbistondo. Triste y en un silencio sepulcral pasó la hora que estuvo á mi cabecera: al marcharse estreché su mano como quien se despide para las desconocidas regiones de la muerte, y recuerdo que la convulsiva carcajada que entónces me arrancó el delirio, heló la sangre en el corazon del noble jóven.

Las últimas sombras de la tarde fueron invadiendo mi triste y solitaria habitacion, y los síntomas empezaron á declararse mortales en el más alto grado: á media noche hice entender por señas á mi leal From que rodase el lecho hasta el medio de la sala, pues cada vez me ahogaba más la falta de aire. ¡Dios mio! balbuceé: ¡bendita sea tu misericordia! Hé aquí los precursores de la agonía final; pero *si caro infirma, spiritus quidem promptus*. De repente el pensamiento, rompiendo las redes que le envolvian y recobrando su postrer destello, á la manera de una antorcha que ántes de apagarse despide más vivo resplandor, se lanzó hácia vosotros, ó más bien vinisteis á su llamamiento, porque en torno de mi lecho

de dolor se me figuró ver á nuestra madre contigo y sus tres hijas llorando de rodillas. Mis ojos estaban secos, pero el corazon tambien vertia lágrimas que se mezclaban á las vuestras; porque el alma, aunque ya en los umbrales de su patria, apegada todavía á las afecciones terrenales, sondeaba con inefable mirada el pasado y el porvenir de los seres sin ventura que venian á darme el último adios ¡Ay! ¡cuánto sufrí en aquellos momentos! ¡Qué iba á ser de la que me llevó en sus entrañas, muerto el hijo que tanto idolatraba? ¡Qué de aquellas criaturas huérfanas que compartian su desesperacion? Ví que la indigencia amenazaba inexorable sus breves dias, porque no hallarian compasion en sus semejantes, á pesar de haberse llamado amigos míos: ví la no lejana muerte de nuestra hermana mayor, mártir en su padecer, santa en su resignacion, cuya vida hubiera podido prolongarse á no haber carecido de los cuidados que, por mezquinos, desprecian los nombrados poderosos de la tierra: ví el abandono de todos por doquiera y las lágrimas diarias de vuestros ojos que en vano intentarían enjugar algunas manos generosas. La lucha era demasiado cruel para que pudiera sostenerse muchas horas: recogí, pues, mis fuerzas moribundas para enviaros un beso de amor á cada uno: llevé la mano al corazon y en aquel instante el alma dejó de ser su compañera (1).

Tú no podrias comprender, hermano mio, los goces del espíritu que desde el valle de las tinieblas y del llanto se lanza á las fuentes de luz, y de pronto se encuentra entre los escogidos del Señor, en medio de su gloria infinita, oyendo los himnos de amor y de ventura de los ángeles y recorriendo aquellos paraísos sin limites y embal-

(1) Eran las siete de la mañana del domingo 22 de Febrero de 1846.

samados con el aliento de Dios; pero al saber que yo soy uno de esos bienaventurados, ¿te atreverás todavía á exhalar una queja sacrílega? ¿Podrá justificar tus lágrimas mi ausencia? ¡Oh! Bien haces en caer de rodillas sobre esta tumba, que pronto volverá á encerrar el cuerpo en que te habla mi espíritu: bien haces en implorar el perdón del Criador y agradecerle que yo haya bajado á rasgar los velos de tu entendimiento. Acabas de ver el cuadro sinóptico de mi primera existencia: ¡arroyo miserable y de aguas turbias que corrió presuroso á hundirse en el gran mar de la eternidad! ¡Y esto es lo que vosotros llamais vida! ¡Reposar la cabeza en la almohada de la cuna, para dejarla caer en la del féretro despues de un sueño más ó ménos largo, pero siempre corto! Alza del suelo, hermano, y prosigue mirando hácia vuestro mundo: ¡vasto teatro decorado con las ruinas del paraíso, en que, desde la caída del primer hombre, la humanidad representa sus miserias y dolores, sus deleznable alegrías, sus crímenes nefandos! Ya no verás sobre su faz más que un cadáver y el desamparo de los tuyos; pero no olvides que la mano del Redentor ha grabado en la bóveda del cielo estas palabras: *Si tus hermanos te rechazan, ¿por qué lloras? Llegarás á mí purificado con tus sufrimientos y tuyo será el reino de mi Padre.* No olvides que las lágrimas de resignacion caen en las flores que *arriba* nos esperan, como en las flores de *aquí abajo* cae el rocío de los cielos. Y ahora continúa, que ya te escuchó.

—Tu cadáver es en efecto lo primero que á mi vista se aparece: tu cadáver, que despues de tres dias conducen en este momento al cementerio católico en que nos hallamos. Varios coches del cuerpo diplomático y de algunas personas distinguidas siguen el convoy fúnebre, mientras en la

casa mortuoria se hallan el baron de Humboldt, el mayordomo del principe Carlos de Prusia, el banquero Mendelssohn y el ministro del Brasil. Las últimas lágrimas de tus amigos Urbistondo y D. Mateo Ballenilla, oficial de la república de Venezuela, caen sobre tu rostro helado. ¡Ay de mí! También yo miro por la vez postrera esas facciones dulces, melancólicas, que nada se han alterado durante esos tres días. ¡Oh desventura! ¿Qué queda en la tierra de tantas esperanzas, de tan rica juventud? ¡Un sepulcro á cuatrocientas leguas de tu cuna!

Un empleado civil del gobierno prusiano y el canciller de la Embajada de Francia han extendido el acta de tu fallecimiento, autorizándola como testigos Urbistondo y Ballenilla. Los sellos se ponen en seguida sobre todos tus efectos: ¡reliquias preciosas que los tuyos no llevarán nunca á sus labios, porque la Providencia ha decretado que el dolor sea completo! Dos mil setecientos cuarenta y un francos importan las deudas liquidadas por gastos de tu enfermedad, entierro, derechos de justicia (1) y otros varios, y como tus créditos no alcanzan á cubrirlas, *justo es que judicialmente se vendan en pública subasta y á precio ínfimo tus ropas, tus libros, los muebles de tu casa, para que el decoro del nombre español no padezca.* Pero ¡ay pobre hermano! Todo ello no alcanza aún para pagar á tus acreedores, y es preciso que á los ocho meses de tu muerte, el Embajador de

(1) En la liquidacion remitida por la Legacion de Francia al ministerio de Negocios Extranjeros figura una partida de 787 francos por gastos de justicia; efecto, sin duda, de la competencia suscitada entre aquella y el Tribunal prusiano, y de los procedimientos á que dió lugar el abandono en que se dejó la testamentaria de aquel jóven por espacio de ocho meses con sorpresa de sus numerosos amigos en aquella corte. ¡Fatal estrella la de algunas familias, que aun al través de las nieblas del sepulcro, sigue alumbrando sus pasos por los más ásperos senderos de la suerte!

España en París se obligue á hacerlo en nombre del gobierno, si no han de correr la misma suerte la medalla de oro que debiste al rey de Prusia y otras alhajas de corto valor. ¡Oh! ¡gracias, gracias, ministros de mi patria, por haberlas salvado del naufragio! Verdad es que llegará el día en que haya necesidad de ofreceros esas mismas alhajas (1): los acreedores no hicieron más que mudar de nombre, y el tesoro de España, *para salir de sus apuros, reclamará los tres mil cuatrocientos doce reales que anticipó generosamente (i)*; pero siquiera no volverán los extranjeros á admirarse con el espectáculo de una almoneda española, y aún cuando la desvalida anciana que más adelante se acercará á pedirnos una limosna, tuviera que desprenderse de aquellos recuerdos, no os maldeciría por eso. ¡Una madre tiene bastantes con los de su propio corazón!

IV.

¿Por qué da la vuelta este cristal por sí mismo, hermano mío? ¡Ah! ya comprendo: este lado representa sin duda el porvenir de tu familia. Más de cuatrocientas leguas me apartan de tu sepulcro apenas cerrado todavía, y con planta vacilante recorro de nuevo los sitios en que se meció tu cuna. Allí está la Aguiana, desde cuyo elevado pico tu vista de águila desentrañaba un tiempo las bellezas del país que domina: allí la fértil ribera de Bemibre, el lago de Carucedo con sus tranquilas aguas, el Sil con sus bulliciosas ondas y la gradería de frondosos sotos que

(1) Histórico.

(i) Amargas palabras de un alma lecerada por el dolor. El Ministerio de Estado no reclamó nunca el reintegro de aquella cantidad.

arrancan de Corullon hasta la cumbre del monte... ¡Oh cuán desolados y tristes debieron parecer á *María* los campos de Jerusalem despues que *Jesus* hubo dado su último suspiro en la cruz de redencion! ¡Tristes se fijan tambien los ojos de una madre en esos campos del Vierzo adonde me trasporta esta óptica del cielo!

¿Quién es esa anciana que de rodillas ante la imágen de la *Virgen de los Dolores* está rezando el rosario de cada noche? ¿Por qué espira en la garganta su voz al querer articular un *Pater noster*, y á su acento, tembloroso por la emocion y los años, responden los ahogados sollozos de sus hijas arrodilladas á su lado? Es nuestra madre, Enrique, que reza por el descanso de tu alma; nuestras hermanas son, que lloran tu pérdida y su desamparo. Una de ellas, segun pronosticaste, irá pronto á reunírsete en los cielos; pero á las demas aún les reserva el Omnipotente largas horas de lágrimas y privaciones.

Hé ahí á esa misma anciana, que obligada por la imperiosa ley del vivir, se acerca por segunda vez con el corazon partido al Congreso de los diputados, diciendo: *Si de algo valen los méritos del hijo que me robó la muerte, dadme un pedazo de pan, porque yo soy pobre y no tengo á quien volver los ojos: hacedme el bien que yo hacia á mis semejantes cuando Dios me daba medios para ello.* Magníficos discursos se pronuncian á tu memoria, hermano mio. Oigamos á uno de tus amigos, de ardiente corazon y sublime inteligencia:

«Muy breves palabras voy á decir al Congreso. Unido con vínculos de cordial amistad al distinguido cuanto malogrado jóven D. Enrique Gil, y habiéndoseme hecho instancias para que apoye esta peticion, así en el Congreso como cerca del Gobierno de S. M., me levanto á abogar por una causa afortunadamente bastante

justa para no necesitar defensor. Segun deberá constar de un documento de que no se hace mérito en el dictámen, hace ya dos años que la desgraciada madre de D. Enrique Gil presentó al Congreso otra peticion igual á esta. Yo no tenia entónces el honor de ser diputado; pero recuerdo que fué calorosamente apoyada, y que esta idea fué acogida por la comision y por el Congreso con visibles muestras de simpatía. Ni podia ser de otra manera, señores. Todos los hombres que han pertenecido á la generacion literaria á que perteneció Enrique Gil, á esa generacion que tiene dignos y nobles representantes en este sitio, han pronunciado alguna vez aquel nombre con encomio y alabanza. Yo no haré su elogio: baste decir que, nombrado por el Gobierno para desempeñar una comision científica y literaria en Alemania, el rigor del clima y su constancia en el estudio le acarrearón una enfermedad que le condujo en breve tiempo al sepulcro, dejando en la orfandad á una madre anciana y pobre. ¿Y no es justo, señores, que á esta anciana le demos nosotros un pedazo del pan que ha perdido al perder á su hijo? Yo de mí sé decir que cuando se presenta un proyecto pidiendo una pension para la madre ó para la hija de un soldado que ha muerto en el campo de batalla, tengo una satisfaccion en votar ese proyecto. Ahora bien, los hombres de la ciencia son tambien una especie de milicia que da gloria á su patria. El Sr. Gil era un noble soldado de esa noble milicia de la inteligencia, y ha muerto sirviendo á su país. No insistiré más. Estoy seguro que si esta cuestion pudiera presentarse bajo su verdadera forma, el Congreso la votaria por unanimidad. Pero ya que esto no pueda ser, desearia que algun individuo de la comision se sirviera apoyar esta peticion en el mismo sentido que he tenido el honor de hacerlo.»

«Pocas veces (se le contesta) la Comision ha tenido que sujetarse al reglamento con más disgusto que en la ocasion presente. Trátase de una recompensa merecida á la madre de un jóven ilustre por sus talentos y por sus servicios, y la Comision, que no puede más que proponer resoluciones de puro trámite de las tres á que está limitada, ha adoptado la más satisfactoria, la que puede producir más resultado. El Congreso no puede entrar en actos de gobierno, ni conceder nada, si no viene por medio de un expediente promovido y sustanciado por el Gobierno. La Comision, pues, ha propuesto lo que creia más favorable, y siente mucho que el reglamento no le permita proponer algo sobre el fondo de la cuestion.»

«Igual peticion, señores, (añade otro de tus buenos amigos) fué hecha en la legislatura pasada, y los señores de aquellos bancos y de estos la apoyaron igualmente. D. Enrique Gil cuenta en unos y otros muchos apasionados. Era el apoyo y sosten de su familia: ella miraba en él su porvenir. El Gobierno le destinó de secretario de legacion á la córte de Berlin, y aquel clima no le convenia; sin embargo, aceptó el cargo honroso que se le conferia y en él sucumbió. ¿Negará el Ministerio la pension que su familia desolada reclama? Seguramente que no; pensiones tan justas honran á los Congresos que las piden y á los ministros que las otorgan.»

«El señor ministro de Estado (replica uno de los consejeros de la corona) no se halla presente por estar indispuerto: yo le transmitiré los votos del Congreso, y no dudo que, acogiéndolos como deben ser acogidos, propondrá la resolucion conveniente.»

¡Oh sér bienaventurado! ¿Asoma á tus labios una sonrisa de amargura? ¿Conoces que esos

arranques de un entusiasmo generoso, esas hermosas frases darán por resultado, como en la vez primera otras no ménos bellas, una compasion estéril y pasajera? ¿Conoces que la promesa que acabamos de escuchar no pasará más allá del recinto en que se ha pronunciado y que en el camino de la caridad el hombre se cansa pronto? Pero ¡cuán injusto soy en quejarme de su abandono! Olvido que esa pension de gracia seria una usurpacion al Estado, harto pobre tambien para poder soportar tan inmenso sacrificio. ¿En qué méritos se fundaria por otra parte? Es cierto que tú, hermano mio, falleciste víctima de tu aplicacion y del riguroso clima de Alemania; es cierto que tú preparaste en Berlin la opinion pública para el reconocimiento de mi Reina, destruyendo prevenciones desfavorables que abrigaban elevadas personas, augustas algunas de ellas, y aceleraste el ansiado dia en que dos naciones abriesen recíprocamente las puertas á su industria y comercio; pero ¿son servicios bastantes para recompensa tan grande como se pide? Resérvense éstas para otros séres más dignos. No muy lejano contemplo el dia en que mi triste patria se verá invadida por una epidemia devastadora: habrá entre sus víctimas hombres mártires, ante quienes yo inclino mi frente desde ahora con santo respeto: habrá otros que perecerán sin hacer abnegacion de su vida. Unos y otros dejarán viudas, huérfanos, cuyo porvenir será preciso asegurar de una manera espléndida. ¡Ay! las migajas de ese pan que les alargará la patria, bastarian sin embargo para nuestra indigente madre! ¿No podrias, hermano mio, hacerme un hueco en tu sepulcro?

—Y ¿crees tú que en las tumbas de los amados del Señor caben acaso los que así se rebelan contra sus decretos? ¡Ay de ti, mísero hermano, si

dejas que avasallen tu pensamiento los terrores de un infortunio pasajero! ¡Ay de ti, si no comprendes que las lágrimas aquí derramadas se convierten en cristalino río, por cuya apacible corriente boga el alma hasta los cielos! ¿Estarian estos tan poblados sin las catacumbas de Roma? ¡Los que tú acusas de inhumanos, son los sin ventura, que en la hora de su tránsito final no verán las blancas apariciones del bien! Compadéceles sin odiarles, porque al fin la Providencia que vela sobre el egoismo de los hombres, no os ha negado *el pan de cada día* hasta el presente, ni abrigo á vuestros cuerpos, ni un techo que de la intemperie os guardezca. Enmudezcan vuestros dolores ante el dolor futuro de un pueblo que Dios inscribe en el libro de los desastres expiatorios. ¡Ay! Tú lo has dicho: llegará por desgracia un día en que un azote cruel diezmará hasta por tercera vez los habitantes de tu patria: vendrá en pos otra guerra fratricida que regará con sangre los frutos de sus campos y acaso la mano del Eterno derrumbará los tronos viejos para erigir otros nuevos (j). Lloras, sí; pero lloras como el profeta la ruina de Jerusalem, y reconociendo tu obcecación, torna á la senda de que así te apartas. Prométeme ser resignado y fuerte en lo que vosotros llamais desgracia y *arriba* nombramos fuente del bien; prométeme ser compasivo con el triste, generoso con quien te ofenda y humilde en las dichas que Dios pueda enviarte para probar tu corazón. ¡Es tan fugaz vuestra vida, que sus dolores y alegrías ¡merecen acaso que aparte un solo instante el alma sus miradas de la patria que la espera? Yo volveré á bajar en tus noches de delirio para acabar de fortalecer la tuya; pero ahora es forzoso separarnos, porque la luz del

(j) ¡Extraña profecía!

alba se acerca. Ya oyes las campanas de Berlin que la anuncian, excepto las de santa Eduvigis que doblan á muerto. Adios, pues, hermano mio. Yo, habitante de estas sombras en que te dejo, me despediria diciéndote: *hasta dentro de unos años*. Espiritu de las alturas, me alejo de ti diciéndote: *hasta luego*.

¡Ay! Extendí los brazos, porque la adorada vision desaparecia de mis ojos en serena ascension á la morada del Eterno. Ya á una distancia inmensa, me pareció ver que un ángel en la primera infancia, radiante de felicidad, de hermosura y de inocencia, le salia al encuentro y le asía de la mano. Despues ya no ví más, y caí de rodillas sobre el helado granito del sepulcro.

.....

V.

Habia llegado el momento de despertar; mas fué para continuar creyéndome aún bajo el dominio del ensueño que en aquel instante terminaba. Las primeras vislumbres de la aurora penetraban en efecto por los cristales de los balcones: las campanas de San Martin de Salamanca anunciaban á los fieles con sus lenguas de bronce que en el templo iba á celebrarse misa de ángel, y una pobre madre sin hijos sollozaba convulsivamente á la cabecera de mi lecho. Aquellos sollozos profundos, desgarradores, me volvieron la conciencia de mi situacion. Acababan de llevar de mi desierta casa el cadáver de un niño: ¡Tambien se llamaba Enrique! ¡Tambien en el cielo estaba!

¡Perdon, Dios mio, si á pesar de tu profético aviso, corrieron mis lágrimas nuevamente!

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

Á MI HIJO.

Tu corazon, hijo mio,
 No comprende el egoismo
 Del mundo, ni el hondo abismo
 Que á veces se encuentra en él;

Mas pasarán harto pronto
 Los años de tu inocencia
 Y en pos vendrá otra existencia
 De desventura crüel;

¡Que hay de lágrimas legados
 Y el triste da vida al triste!

Por eso sé que naciste
 Para sufrir y llorar;

Mas recuerda, hijo del alma,
 Cuando comience tu llanto,
 Que tambien entre quebranto
 Ví mis dias resbalar.

Y recuerda que al Eterno
 Siempre ofrecí mis dolores,
 Porque en ellos via flores
 Para otra vida mejor.

Así los tuyos ofrece,
 Pobre lirio, cuando vengan,
 Y ¡los cielos te sostengan
 En la virtud y el honor!

Al bajar á la tumba el sér que lloro,
 Tú, serafin del cielo, aún no vivias:
 Años despues á iluminar venias
 Mis noches de tinieblas y afliccion.

Iris de luz y de esperanza fuiste,
 Resurreccion feliz de otros amores:
 Y el bien que me tragiste ¿con dolores
 Ha de pagar mi amante corazon?

¿Hé de rasgar la venturosa venda

Con que hoy cubres tus ojos infantiles,
Las rosas deshojar de tus pensiles,
Donde juegan los ángeles del bien?

No obstante es fuerza; que la voz de un padre
Que reclama la tumba es cariñosa,
Y encierra profecía misteriosa
Que puede ser del huérfano sosten.

¡Huérfano, si, que al espirar tu infancia
Y al nacer otra edad brillante y pura,
Este valle de sombras y amargura
Habré dejado para siempre yo!

Y ¿qué fuera de ti, pobre hijo mio,
A la vida lanzándote inexperto?
¿No ves que entónces estará ya muerto
El padre que hasta aquí te protegió?

Esas lúgubres páginas que he escrito,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Te mostrarán del mundo los abrojos,
Ofreciéndote al par una lección.

Aprende en ella lo que el mundo vale,
Y sin buscar sus dichas engañosas,
Tus ojos vuelve á las fragantes rosas
Que al triste aguardan en la azul mansion.

Flor como tú, de mágicos colores,
Fué otro Enrique tambien ¡pobre hijo mio!
Quizá la más feliz entre las flores,
Amada por el sol, por el rocío.

Serenó el cielo de su frente pura,
Claras las fuentes de su vírgen alma,
No duraba su llanto más que dura
El rocío en las hojas de la palma.

Unos tras otros sus primeros años
En un espejo seductor veia,
A los embates del dolor extraños,
Reflejar de los cielos la alegría.

Breve, hijo mio, fué tan bella aurora,
(Aún ménos ¡ay de mí! duró la mia)

Que dichas de la tierra engañadora
Nacen y mueren en un solo día.

Cambiáronse las de *él* en triste suerte,
Y aunque despues le sonrió la gloria,
Estando herido el corazon de muerte,
¿Cómo no ser su luz, luz ilusoria?

¡Ya ves lo que quedó de dicha tanta!
Un sepulcro en Berlin, lágrimas, duelo!
Pero no olvides que con leve planta
Hoy recorre los ámbitos del cielo.

No olvides que al vivir que aquí arrastramos,
Debiéramos más bien nombrarle muerte,
Pues que á vivir tan sólo comenzamos
Cuando en la tumba somos polvo inerte.

No olvides que las lágrimas han sido
Siempre sendero que á los cielos guió:
El que lloró *aquí abajo* escarnecido,
Dichas y luz sin fin *arriba* halló.

Sé resignado en la desgracia y fuerte,
Modesto y generoso como *él* fué,
Y humilde en los favores de la suerte
Y cariñoso con el triste sé.

Perdona al que te ofenda; á todos ama,
Que Dios por todos espiró en la cruz,
Y de sublime caridad la llama
Ilumine tu dulce juventud.

Sigue, hijo mio, sigue mis consejos
Cuando al alcance estén de tu razon,
Que del amor de un padre son reflejos,
E intérpretes de Dios los padres son.

Diciembre de 1854.

LA PRIMAVERA DE 1846.

(Á la memoria de mi hermano.)

Corre otra vez la sávia de los árboles
En transparentes lágrimas de vida
Y en las florestas óyese sentida
Vaga canción de amante ruiñeñor.

Visten de nuevo los flotantes prados
Su manto de amapolas y esmeralda,
Y de los montes la pendiente falda
Vistosa cubre la retama en flor;

Y el sonoro torrente á desatarse
En caprichosas trenzas de alba espuma,
Besando de los pájaros la pluma
Que beben en su límpido caudal;

Y la luna su luz dando á las flores,
Con sus rayos el sol borrando nieves,
Y las auras balsámicas y leves
Rizando de las fuentes el cristal,

Otra vez tornan; pero en vano ¡ay mísero!
Con los ojos del alma gozar quiero
Panorama tan dulce y hechicero
Que en otro tiempo mi deleite fué.

Si hay en los campos el verdor de siempre,
Si igual murmurio la cascada arroja
Y el ruiñeñor renueva su congoja
Entre las ramas de su nido al pié;

Sirven no más para evocar recuerdos
Que acrecientan del alma los dolores:
¡Ya para mí no hay sol, torrentes, flores,
Bosques, praderas, luna, claridad!
¡Doloroso contraste! ¡doble pena!

La primavera allí con sus alfombras,
 En mí el invierno con sus negras sombras,
 Con sus noches de insomnio y soledad!

¡Ay del que jóven la esperanza pierde
 Y el no existir espera con afán!
 ¡Miseró aquel que como yo recuerde
 Ensueños que ya nunca volverán!
 ¡Qué fué mi corazón? Corona verde
 Un tiempo de jazmines y arrayán:
 Blanca y fragante rosa sin espinas.
 ¡Qué eres hoy, corazón? ¡Lágrimas, ruinas!
 Busco en el mundo el sér que lo ha dejado
 Por decretos de Dios que yo bendigo,
 Y de buscarle en balde fatigado,
 ¡Cuántas veces en tierra doy conmigo!
 Peregrino sin fe, desalentado,
 Lo que los hombres aman yo maldigo;
 Pero quiere el Señor que en mi agonía
 Siga esta cruz llevando todavía.

¡Vivir, vivir con la esperanza muerta,
 Marchita el alma, el corazón partido,
 Al borde de una tumba, siempre abierta,
 Mansion postrera de un amor perdido!
 Tal es mi porvenir: ¡noche cubierta
 De horrible soledad, luto y olvido!
 ¡Noche sin luz, de lágrimas sembrada,
 Imágen espantosa de la nada!

No extrañes, no, primavera,
 Que tus magníficas galas
 Indiferentes hoy miren
 Ojos que llanto derraman.
 Bien sabes que en otro tiempo,
 Pasada apenas mi infancia,
 Era un hijo cariñoso
 Que en tu regazo soñaba
 Juveniles ilusiones

Con tus flores ataviadas:
 Bien sabes que por tus campos,
 Cual mariposa esmaltada
 Que liba de flor en flor
 De los céfiros en alas,
 Enajenado corria
 Al primer fulgor del alba,
 Por gozar en los misterios
 Que á mi vista desplegabas.
 ¡Cuántas veces en tus fuentes
 Mis labios ¡ay! reposaban,
 Contándoles mis amores,
 Pidiéndoles esperanzas!
 ¡Cuántas veces sus cristales
 Dieron sepulcro á mis lágrimas
 Con armónicos suspiros
 Que, llevados por las auras,
 A su vez entre las flores
 Hallaron muerte temprana!
 ¡Cuántas veces escuché
 De tus invisibles hadas
 El dulcísimo concierto
 Con todo el fervor de un alma,
 Virgen, inocente, pura
 Y á los dolores extraña!
 Al sueño entónce mis ojos,
 Acuérdate, se cerraban,
 Y en tanto que yo dormia,
 Con tristes notas pausadas
 Cantaban los ruiñeñores,
 Los rosales sus guirnalda
 Y su cáliz la azucena
 Sobre mi frente doblaban
 En blandas ondulaciones,
 Temiendo que despertara,
 Como la madre que al hijo
 Enfermo el sueño le guarda.

Hoy como entónces ¡ay misero!
 Tienes campos de esmeralda,
 Torrentes, árboles, flores
 Y ruiseñores que cantan:
 Hoy como entónces murmuran
 Tus fuentes, y embalsamadas,
 Las brisas de las florestas
 Sentidos ayes exhalan;
 ¡Mas para mí todo en vano!
 Si tus encantos resaltan
 Como siempre, por un prisma
 Enlutado los ve el alma,
 Y alma que en llanto rebosa,
 La tumba sólo con ánsia
 Mirar puede y deleitarse
 Del no ser en la esperanza.

¡Ay alma! ¡Lloras,
 Porque tu primavera
 Pasa tan pronta?
 Tambien esos rosales
 Que el viento mece,
 En espinas los hielos
 Despues convierten.
 Tambien los ruiseñores
 Que hoy trinan tanto,
 En los meses de invierno
 Quedan callados,
 ¡Ay! ¡Lloras, alma,
 Porque tu primavera
 Tan pronto pasa?
 Tambien esos collados
 Que cubre el césped,
 En llegando el estío
 Su verdor pierden.
 Tambien esos arroyos
 Que así murmuran,
 En los mares encuentran

inmensa tumba,
 Donde principia
 Otra vida para ellos,
 Grande, infinita,
 Y ¡lloras, alma mia,
 Viendo esa esfera,
 Que es el mar de las almas,
 La vida eterna?

Abril de 1846.

UN LIRIO POR CORONA.

Flores busqué para en la tumba aislada
 ¡Ay hermano infeliz! donde reposas
Una corona de brillantes rosas
 Suspende con mis lágrimas regada.

Tu memoria en las sombras de la nada,
 Las emociones tiernas, generosas,
 Muertas hallé. ¡Las nieblas silenciosas
 Del norte sean tu *corona* helada!

Sólo una cruz y rosas naturales,
 Ofrenda pura de amistad sincera,
 En derredor de tu sepulcro veo.

¿Quién ha puesto esa cruz? ¿Quién los rosales?
Urbislando la cruz, las flores *Vera*.
 ¡Oh! perdon, amistad! Aún en ti creo.

Octubre de 1853.

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

EN LA TUMBA DE D. ENRIQUE GIL. (k)

No de altivo laurel rama frondosa
 Colgaré yo con mano temeraria
 Donde tu tierno corazon reposa
 Bajo tumba modesta y solitaria;
 Blanca azucena y encendida rosa,
 Llanto afectuoso y sincera plegaria
 Serán los dones, que mi amor te ofrece,
 Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave
 Pasó sin ruido por el triste suelo,
 Como la blanca estela de la nave,
 Cual la línea que forma con su vuelo
 Sobre el tendido firmamento el ave:
 Así pasaste de la tierra al cielo,
 Dejándola bañada en armonía
 Los ecos de tu dulce poésia.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
 Ni al rumor de tumultos populares
 Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
 Ni la ambicion lo guarda en sus altares.
 Pura, como tu vida, tu memoria
 Quedará en tus dulcísimos cantares,
 Como queda en el vaso cristalino
 La rica esencia de licor divino.

Adios, dulce poeta, tierno amigo,
 Que en los helados brazos de la muerte
 Hallaste al fin impenetrable abrigo
 Contra los tiros de envidiosa suerte.
 Si tu espíritu baja á ser testigo

(k) El autor de estas bellas octavas, que se hallaba en Berlin como Encargado de Negocios pocos años despues de la muerte de Gil, hizo plantar flores en la tierra que cubre los restos de su infeliz amigo, y sobre la cual D. José de Urbistondo habia hecho levantar, á sus expensas, un sencillo y elegante monumento.

Del llanto acerbo que mi pecho vierte,
Huelle á lo ménos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envia,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fria,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imágen son á mi angustiada mente
Del bien pasado y del dolor presente.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

EPÍSTOLA Á PEDRO. (1)

Berlin, 1.º de Febrero de 1856.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del rio
Se hace mencion en circunstancias graves)

Mora un semi-aleman, muy señor mio,
Que, entre los rudos témpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frio.

Léjos de mi Madrid, la villa y córte,
Ni de ella falto yo porque esté léjos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.

Pues sueña con la patria, á los reflejos
De su distante sol, el desterrado,
Como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y á tu lado,

(1) Esta magnífica composicion, dirigida por el Sr. Sanz, siendo secretario de nuestra legacion en Berlin, al renombrado Sr. Calvo Asensio, fundador de *La Iberia*, salió á luz en este diario y fué reproducida con elogio por otros periódicos.

Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles
 En carroza triunfal rompe hácia el Prado!...
 ¿Ries?... Juzga el volar, cuando no vuelas...
 Átomo harás del mundo que poseas,
 Y mundo harás del átomo que anheles!

Al sentir *coram vulgo*, no te creas...
 Al pensar *coram vulgo* no te olvides
 De compulsar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
 Donde quiera que estés, ya echarás ménos
 Esa patria de Dólfos y de Cides;

Que obeliscos y pórticos ajenos
 Nunca valdrán los patrios palomares
 Con las memorias de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son á mis cantares
 Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
 Recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!... ¡ay! ¡quién no ha oído
 Desde cualquier region, ecos de aquella
 Donde niñez y juventud han sido!...

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
 Múltiple se repite en mis memorias,
 Como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en el alma las historias
 De dolor ó placer, y allí se hacinan,
 Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
 Si al soplo de un suspiro se estremecen,
 ¡Aún consuelan al alma!... ¡ó la asesinan!

Cuando al partir del sol las sombras crecen,
 Y, entre sombras y sol, tibios instantes
 En torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, férvidos ántes,
 Se pierden ya en el alma indefinidos,
 Á la luz y á la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,
 Crepúsculo moral, en que indolente
 Se arrulla el corazon con sus latidos,

Pláceme contemplar indiferente
 Cual del dormido Sprée sobre la espalda
 Y en lúbrico chapin sesga la gente:
 O recordar el toldo de esmeralda
 Que ántes bordó el Abril, en donde ahora
 Nieve septentrional tiende su falda:
 Mientras la luz del Héspero incolora
 Baña el campo sin fin, que el Norte rudo
 Salpicó de brillantes á la aurora!

.....
 ¡Hijo de otra region, trémulo y mudo
 Con la mirada que por tí paseo,
 Nieve septentrional, yo te saludo!
 Una tarde de Mayo (casi creo
 Que salta á mi memoria su hermosura
 De este cuadro invernal, como un deseo),
 Una tarde de flores, y verdura,
 Rica de cielo azul sin un celaje,
 Y empapada en aromas y frescura;
 En que, al son de las auras, el ramaje
 Trémulo de los tilos repetía
 De otros lejanos bosques el mensaje;
 Yo, con mi propio afán por compañía,
 Del recinto salí que nombró el mundo
 Córtete del rey filósofo algun día.
 A su verdor del Norte sin segundo,
 De un frondoso jardín los laberintos
 Atrajeron mi paso vagamundo...
 En armoniosa confusion distintos,
 Cándidos nardos y claveles rojos,
 Tulipanes, violas y jacintos,
 De admirar el verjel dierónme antojos;
 Y perdíme en sus vueltas, rebuscando.
 Ya que no al corazón, pasto á los ojos.
 Y una viola, que al favonio blando
 Columpiaba su tímida corola,
 Quise arrancar...—Mas súbito, clavando
 Mis ojos en el césped, donde sola

Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped, la viola...

¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardin de sepulturas!

Pero jardin. Allí, cuando los llores,
Aún te hablarán la amante ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...

¡Y de tu santo afan mudo testigo,
Algo en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo!

Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales,

Índice de la nada en simetría,
Que á la madre comun roba los muertos
Para henchir su profana estantería;

Ruin estacion de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas,
Por alquilar los túmulos abiertos!

De tierra sobre tierra fabricadas,
Más solemnes quizá, por más sencillas,
Las del santo jardin tumbas aisladas,

Con su césped de flores amarillas,
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que llore, al besarlas, de rodillas.

¡Mas sola allí... sin flores... sin verdura...
Bajo su cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!...

Delante de su cruz tuve mi planta...
—Y soñé que en su rótulo leía:

«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»

¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algun dia!

Mas, ¡ay del rui señor que, en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!

¡Ay del vate infeliz que, amortajado
 Con su negro ropon de peregrino,
 Yace en su propia tumba desterrado! (1)
 Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
 Como enjendra el dolor supersticiones,
 Llamé tres veces al cantor divino.
 Y de su lira desperté los sonos,
 Y turbé los sepulcros murmurando
 La más triste cancion de sus canciones...
 Y á la viôla, que al favonio blando
 Columpiaba allí cerca su corola,
 Volvi turbios los ojos... Y clavando
 La rodilla en el césped (donde sola,
 Era airon sepulcral de una doncella)
 Desprendí de su césped la viôla.—
 Y al lado del cantor volví con ella;
 Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
 La del pobre cantor misera estrella:
 Bien te dice mi voz que soy tu hermano...
 ¿Quién saludára tus despojos frios,
 Sin el ¡ay! de mi acento castellano?
 Diéronte ajena tumba hados impíos...

(1) Entre los epitafios alemanes del cementerio católico de esta ciudad, se lee sobre una cruz de hierro la siguiente inscripcion castellana.

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO,
 FALLECIDO EN BERLIN EL 22 DE FEBRERO DE 1846,
 SU AMIGO
 JOSÉ DE URBISTONDO.

Contemplando su tumba se vienen dolorosamente á la memoria estos tristes versos del malogrado poeta:

«¡Quizá al pasar la vírgen de los valles,
 Enamorada y rica en juventud,
 Por las sombrías y desiertas calles
 Do yacerá escondido mi ataud,
 Irá á coger la humilde violeta
 Y la pondrá en su seno con dolor!
 Y llorando dirá: ¡pobre poeta!
 ¡Ya está callada el arpa del amor!»

¡Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los mios!

Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...

*¡Por las desiertas y sombrías calles,
Donde duerme tu féretro escondido
No pasa, no, la virgen de los valles!*

Una vez que ha pasado... no ha venido...
Trajéronla con rosas... á tu lado,
La virgen, desde entónces, ha dormido...

Si su pálida sombra, al compasado
Son de la media noche, inoportuna,
Flores entre tu césped ha buscado,

Bien habrá visto á la menguante luna,
Que en el santo jardin, rico de flores,
Sólo yace tu césped sin ninguna (II).

¡No tienes una flor!...—¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores?...

Sólo al riego de lágrimas naciera...
Y de tu fosa en el terron ajeno

¡Quién derrama una lágrima siquiera!

¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz... ¡Adios!...—Y si á deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;

Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
Con su idioma español el viajero
Te llama aquí tres veces, y aquí llora;

Dígale el son del aura lastimero
Cuál en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del Sur lloré primero...

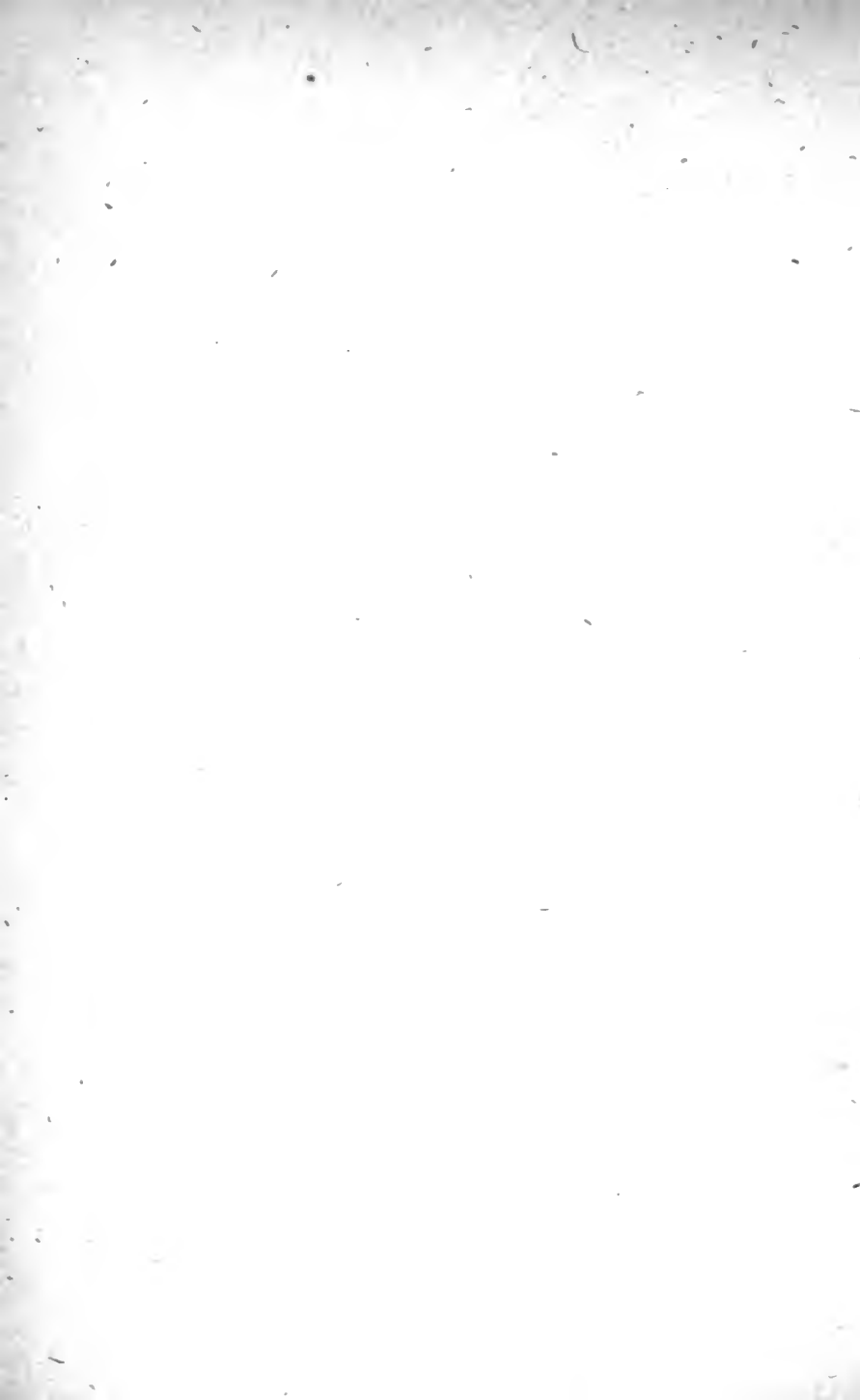
(II) Sin duda, al escribirse estos versos se habrían marchitado ya las plantadas por el Sr. de la Vera é Isla.

XLVIII

Recibe con mi adios *tu violeta!*
La tumba de la vírgen te la envia...
.....
Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el dia!...

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

POESÍAS LÍRICAS.



POESÍAS LÍRICAS.

UNA GOTA DE ROCÍO.

Gota de humilde rocío
Delicada,
Sobre las aguas del río
Columpiada;
La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Trasparente,
Mece tu bello arrebol
Vaporoso
Entre los rayos del sol
Cariñoso.
¡Eres, di, rico diamante
De Golconda,
Que, en cabellera flotante
Dulce y blonda,
Trajo una Sífide indiana
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?
¡Eres lágrima perdida,
Que mujer

Olvidada y abatida
 Vertió ayer?
 ¿Eres alma de algun niño,
 Que murió,
 Y que el materno cariño
 Demandó?
 ¿Ó el gemido de espirante
 Juventud,
 Que traga pura y radiante
 El ataud?
 ¿Eres tímida plegaria,
 Que alzó al viento
 Una virgen solitaria
 En un convento?
 ¿O de amarga despedida
 El triste adios,
 Lazo de un alma partida
 ¡Ay! entre dos?

Quizá tu frágil belleza,
 Quizá tus dulces colores,
 Tus cambiantes y pureza,
 Y tu esbelta gentileza,
 Tus fantásticos albores,
 Son imágenes risueñas
 De contento y de ventura;
 Son citas de una hermosura,
 Son las tintas halagüeñas
 De alguna mañana pura.
 Que acaso bella te alzaste
 Entre el cantar de las aves,
 Y magnífica ostentaste
 Tu púrpura y oro suaves,
 Y con ellos te ensalzaste.
 Que acaso en cuna de flores
 Viste la lumbre del día,
 Y blando soplo de amores
 Te llevó una noche umbría

En sus alas de colores.

Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oíste trova perdida,
En el perfumado ambiente
Por los ecos repetida.

Ruiseñor enamorado
Cantaba encima de ti,
Y junto al tronco arrugado
Oíste un beso robado
Á unos labios de rubí.

Misterios, y colores, y armonías,
Encierras en tu seno, dulce sér,
Vago reflejo de las glorias mías,
Tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fugaz,
Que es un vapor tu púrpura vistosa
Que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,
Ni más recuerdo que mi triste amor.

Si tu vida fué un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,
No caigas, no, sobre esta tierra impura
Desde tu verde tronco de abedul.

Pídele al sol que con su rayo ardiente
Disipe por los aires tu vivir,
Ó á un pájaro de pluma reluciente
Que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad;
Tú, más baja que espíritu del cielo,
Más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oracion,

Que sólo el verte la esperanza inflama
Y alienta al quebrantado corazon.

Quizá al pasar un ángel solitario
Te cubrirá con su ala virginal...
Si caes envolverá frio sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

Á LA MEMORIA DEL GENERAL TORRIJOS.

Ondas del mar de Málaga la bella,
Que visteis apagarse en vuestra orilla
Del cielo de Cortés la última estrella
Con el último nieto de Padilla;

Arenas, que con peine de cristales
Pule esa mar tan lánguida y sonora,
Do flotaron del Cristo las señales
Ante el pendon de la falanje mora;

Aguas, de espuma coronad la huesa
Donde duerme el caudillo de los bravos,
Arenas, amparad en sombra espesa
La víctima inmortal de los esclavos.

No guarda el mar el rastro de su barca,
Ni su huella la márgen floreciente:
Serenó el mar la mano de la parca,
Borró su huella sangre del valiente.

Costas del mar de Málaga encantada,
Si por vosotros algun dia errante
Se extendiera mi vista desolada,
Se perdiera mi paso vacilante;

Arrodillado, con los ojos fijos,
Esa tumba sagrada adoraria,
Y la gigante sombra de Torrijos
Entre el sol del ocaso buscaria.

Paz, le dijera, á tu desierta losa;
Yo te cantara, y si laurel tuviera,

Yo dejaria su guirnalda hermosa
En la tranquila paz de esta ribera.

Mas, huésped de la bella Andalucía,
Cisne sin lago, bardo sin historia,
Mi perdido cantar empañaria
El rutilante sol de tu alta gloria.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA.

Rica es, señora, el alba de la vida
Cuando brilla la flor de la esperanza,
De líquidos diamantes guarnecida
Y halagada por brisas de bonanza.

Bello es mirar con ojos infantiles
El pintado tropel de los amores
Volar por entre mágicos pensiles
Con sus alas cambiantes de colores.

Pero en tu frente virginal asoma
Eterno día de eternal pureza,
Y la flor de esperanza con su aroma
En tus labios ostenta su belleza.

Y es tu voz la de un ángel cariñoso
Que canta amores y de amor suspira,
Céfiro que girando vagaroso
Estremece las cuerdas de la lira.

Tú brillas con la luz de la mañana,
Y sólo ves fulgentes mariposas,
Y brotas entre flores, flor temprana,
En las praderas del Abril frondosas.

Embalsama los campos de la vida
Mientras dure tu alegre primavera,
Y yo te cantaré, flor hechicera,
Del sol y de los céfiros querida.

Sí; yo te cantaré, porque tu frente
Refleja su esperanza en mis canciones,

Y vuelven en tropel resplandeciente
Al alma las perdidas ilusiones.

Y es tal en mi abrasada fantasía
De tus hechizos y tu fe el tesoro,
Que á tus plantas mi lira arrojaria
Para morir diciendo: *yo te adoro.*

LA CAMPANA DE LA ORACION.

Trémulo son
Vibra en el viento...
¿Es el acento
De la oracion?
¿Es que suspira
La brisa pura,
Que se retira
Por la espesura?

¿Es que cantan las aves á lo léjos
Con voz sentida al apagado sol,
Bañadas en los últimos reflejos
De su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas
De los genios del dia y de la luz,
Que van á desplegar sus ricas galas
A otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,
Que trueca su mugido bramador
En un himno dulcísimo y doliente,
Himno de paz, de religion, de amor?

No, que esa voz misteriosa,
Como el crepúsculo vaga,
Cual la niebla vaporosa,
Solitaria y melodiosa,

Como la voz de una maga;
 Es más que el leve murmullo
 Del aura que se despide
 Y besa el tierno capullo
 Y un instante más le pide
 Con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar
 De los pájaros pintados,
 Que contemplan admirados
 Nube rojiza empañar
 Del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora
 Que se escapa del torrente
 Y en himno tímido llora
 El muerto sol de occidente,
 Y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada
 Que la confusa armonía
 Del ala tornasolada
 Del espíritu del día,
 En los aires agitada;

Que es la voz de la campana,
 Voz de alegría y tristeza,
 De alegría en la mañana,
 Triste en la noche cercana,
 Sepulcro de la belleza.

Voz que dulce y apagada
 En la oscuridad solloza,
 O que rica y acerada
 Corre los vientos alada
 Y entre misterios se goza;

Que tal vez recuerda el alma
 Despertada por su son
 Horas de plácida calma,
 En que, solitaria palma,
 Florecía el corazón.

Y entónces las oraciones
 De la infancia bulliciosa

Pasan en blancas visiones
Cual aéreas ilusiones,
Por el alma pesarosa.

Y las dulces confianzas
De solícita amistad,
Las doradas esperanzas,
Abandono y bien-andanzas
De la venturosa edad.

Y las pláticas de amor
Entre flores y verdura,
Que cantaba el ruiñeñor
Y embellecía el pudor
De conturbada hermosura.

Todo en los ecos se mece
Del misterioso metal,
Pero confuso aparece
Y sin contornos se ofrece
Como vapor matinal.

Que son harto delicados
Aquellos suaves placeres
En que yacen apiñados
Ensueños idolatrados
Con semblante de mujeres.

Porque en otro pensamiento
Se miran sobrenadar,
Y siguen su movimiento,
Cual marchan al son del viento,
Las escuadras por el mar.

Pensamiento, sí, infinito,
Que vaga por el espacio,
Pensamiento de proscripto,
En las cabañas escrito,
Y en la frente del palacio.

Las músicas de la vida,
El silencio del no ser,
Y la amarga despedida,
Y la queja dolorida
De las hojas al caer.

La idea consoladora
De otro mundo de virtud,
Y la madre que nos llora
Y que, aún muertos, nos adora
Contemplando el ataúd.

La imagen de la doncella
Que su fe nos dió al pasar,
Y que tal vez nuestra huella
Busca en moribunda estrella
Con distraído pensar;

Y el ánima desatada
Que va á llamar congojosa
A la puerta nacarada
De la mansion perfumada,
Donde el querubin reposa;

Y Dios y la majestad,
Y el son de las arpas de oro
En la mística Ciudad,
Y aquel inefable coro
Por toda una eternidad!!

Ideas son que oscurecen
Las memorias infantiles,
Y ante quienes desaparecen
Y en humo se desvanecen
Los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,
Desde allí enseñorea al huracan,
Soberana de un mundo solitario
De grave y melancólico ademan.

¡Por qué, di, tanto gozo en la mañana?
Por qué al oscurecer tanto pesar?
¡Por qué en tus ecos, lánguida campana,
Haces así mi corazón rodar?

¡Ay! cantas la esperanza en la alborada,
La fe sencilla del primer amor,
Y en la noche las sombras de la nada,
Desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa
 Por do se sube á espléndida region;
 Tal vez eres la senda tenebrosa
 Que guia al ignorado panteon.

Paréceme en las noches más oscuras
 Oir entre tus ecos de metal
 Unas palabras tímidas y puras,
 Perdidas en tu acento funeral.

Palabras de abandono y confianza,
 Blando perfume de inocencia y paz,
 Ideas de fantástica esperanza,
 Memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,
 Del malogrado amigo que perdí,
 Que repartia su placer conmigo,
 Y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazon de niño,
 Como el alba las hojas de la flor,
 Y suavizó con maternal cariño
 Mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada
 Cuando vas á cantar la última luz,
 Y cruzando la boveda estrellada
 Mezcla á tu son el son de su laud?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio,
 De entrambos mundos eternal confin,
 Más alto que la cresta del palacio,
 Y postrer escalon del serafín?

.....
 Tú eres, campana, el punto misterioso;
 Sobre la tierra levantado estás,
 Y tú sin duda al celestial reposo
 Del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,
 Pues que en ella le escucha mi pasion;
 Si es ilusión, campana bienhechora,
 ¡Ay! déjame morir en mi ilusion:

Porque es triste perder el sér que amamos,

Y los sueños con él perder también...
 ¡Para qué averiguar si deliramos?
 ¡Para qué razonar si obramos bien?
 ¡Ay! es tan dulce al alma abandonarse,
 Y mecerse en memorias de placer,
 Y luego melancólica lanzarse
 A buscar la esperanza en el no ser;
 Que Dios sin duda te colgó en el viento,
 Como flor del perdido corazón,
 Cual llama, que el helado pensamiento
 Convierte en un aroma de oración.
 Tú que me traes al rayar el día
 Vagos recuerdos de la bella edad,
 Y por la noche pálida y umbría
 Me muestras la confusa eternidad;
 Tú que entre sombras y tiniebla vana
 Evocas una forma celestial...
 ¡Bendita seas, lúgubre campana!
 ¡Bendito, sí, tu acento funeral!

EL RUISEÑOR Y LA ROSA.

El ruiseñor.

Reina hermosa del verjel,
 A mi cantar
 Abre tu cáliz de olores;
 Sé cariñosa con él
 Y el viento irán á poblar
 Tu alabanza y mis amores.
 Dulce flor tímida y bella,
 Tan galana,
 Que eres amor del jardín;
 Nunca mi amante querella

Arrullará en la mañana
 Tu desmayado carmin.

Solamente por la noche
 Doy al viento
 Mi vagarosa cancion,
 Y amo tu dormido broche,
 Y muere en su verde asiento
 El eco de mi pasion.

Yo que canto de los cielos
 Las venturas
 Y la eterna juventud,
 Y doy al mundo consuelos,
 Y soy en las amarguras
 Una fuente de salud;

Pobre pájaro que tengo
 Por riqueza
 Sólo amor y libertad,
 Y á cantar al mundo vengo
 De la vírgen la pureza
 De las aguas la beldad;
 ¿Cómo no adorarte, rosa
 Tan lozana,
 Perfumada, y juvenil,
 Tan delicada y vistosa,
 Sonrisa de la mañana,
 Y vanidad del pensil?

Mi amor volaba algun dia
 Pasajero
 Como un céfiro fugaz,
 Y ante la ronca armonía
 Parábase placentero
 De la catarata audaz.

Y bañaba yo las plumas
 De mis alas
 Y mi pico de cantor
 En sus rápidas espumas,
 Y de su fada las galas
 Celebraba con mi amor.

Pero su ronco gemido

Pavoroso

De mi cantar eco fué,

Y mi amor vago y perdido

Desencantado y lloroso

Á otras beldades canté.

Y á esas nubes nacaradas

Que en los cielos

Mece el aura matinal,

Con sus sílfides aladas,

Con sus fantásticos velos

Guarnecidos de coral,

Llevaba yo el amor mio

Candoroso

Como á las islas del bien,

Mas luego huracan sombrío

Disipaba el lustre hermoso

De aquel vapor del Eden.

Y vagaba entre las flores

Solitarias,

Demandándoles amor,

Y sus hojas de colores

Cerraban á mis plegarias

Sus matices y primor.

Y amé los genios del viento,

Y del espacio

Los espíritus de luz,

Y buscaba un blando acento

En el rumor del palacio,

De las tumbas en la cruz.

Y aquella voz de esperanza

Y de alegría,

No encantó mi soledad,

Y mis sueños de bonanza

Volaban del alma mia

Con su dulce claridad.

Y una noche que cantaba

Mi perdida

Melancólica pasión,
 Y á la luna confiaba,
 Como al genio de mi vida,
 La pena del corazón,

Sentí una nube de olores
 Invisible

En torno mio vagar,
 Como una trova de amores,
 Y lánguida y apacible
 En mi pluma resbalar.

Y mi amor batió sus alas,
 Dulce rosa,
 De tu cáliz al redor,
 Y de tus dormidas galas,
 Y de tu frente amorosa
 Fuí enamorado cantor.

Porque eres tan delicada,
 Frágil, pura,
 Como débil es mi sér,
 Y á la luna plateada
 Se adormece tu hermosura
 Inocente como ayer.

¡Ay! cuando tus tiernas hojas
 Esparcidas

Lleve el viento bramador,
 Y mis amantes congojas
 Con ellas desvanecidas
 Canten sólo mi dolor,

¡El espíritu amoroso
 Que en ti habita,
 Mis penas escuchará,
 Y paisaje delicioso
 A mi esperanza marchita
 Por las noches pintará?

¡Y cuando llegue otro Mayo
 Cariñoso
 Rico en flores y en amor,
 De la luna el triste rayo

Reflejará tembloroso
 En tu amante ruiseñor?
 Pura flor del amor mio,
 Dulce rosa,
 Yo te amaré hasta morir!
 Gota es mi amor de rocío
 Que va en tu copa olorosa
 A buscar su porvenir.

La rosa.

Dulce es oír un pájaro que canta,
 Como tú cantas, suave ruiseñor;
 Dulce es oír vibrar en tu garganta,
 El eco de las arpas del amor.
 Dulce es soñar en la desnuda tierra
 Con un amor aéreo y celestial,
 Tener un cáliz lánguido que encierra
 Tanta belleza pura y virginal.
 ¿De qué sirven la pompa y los colores?
 ¿De qué sirve la gala y juventud,
 Si el corazón sediento está de amores,
 Y late solitario en su inquietud?
 Idoló soy de espíritus suaves
 Ricos en hermosura y en candor;
 Lucientes plumas de vistosas aves
 Desplegan al volar en mi redor.
 Y me besan tal vez cuando la aurora
 Tiñe el oriente en púrpura y carmin,
 Y me dicen su amor cuando colora
 El sol poniente occidental confin.
 Mas de tus cantilenas el acento
 Nunca en sus trovas acertó á sonar;
 Y vale más tu voz que lleva el viento
 Que su más tierno y plácido cantar.
 ¡Qué blanda y melancólica armonía,
 Qué dulces quiebros y apagado son
 Lánguidos pasan por la frente mía

Si me cantas tu tímida pasión!

Si yo tuviera un eco solamente
Con que poder decirte mi querer,
¡Cuánto amor vieras en mi seno ardiente!
¡Cuántas promesas vagas de placer!

Tú eres feliz!... Tú envías á las nubes
Tus cantilenas y á su cielo azul,
Y el mundo hechizas si á cantar te subes
A la copa de altísimo abedul.

Pero mi muda voz es un aroma
Que hiende el aire trémulo y fugaz,
Y el tímido arrullar de la paloma
Es, á par de él, altísimo y audaz.

Y á veces cuando el céfiro ligero
Entre sus alas lleva su vapor,
Y va como celeste mensajero
A llevarte venturas de mi amor;

Sopla quizá del lado del desierto
Impetuoso y turbio el huracán,
Y mi amor puro en triste desconcierto
Y mi alegría deshojados van.

Canta, pájaro tierno, tu esperanza;
De primavera al rutilante sol,
Que allí está mi vivir y mi bonanza
Y es de su luz traslado mi arrebol.

Cuando me agoste el fuego del estío,
Mi espíritu los aires cruzará,
Y el perfume del tímido amor mío
A tu marchito pico llevará.

Y al soplar de las brisas de otro Mayo
Florecerá mi amor y dulce bien,
Y pálida luna con su rayo
Te alumbrará en un árbol del Eden.



EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Dulce Madre y Señora,
Vuelve á la paz de tus tranquilos lares,
Como la blanca aurora
Que endulza los pesares
Y luz derrama y esperanza á mares.

Ven, que llagada el alma,
Harto tu amiga voz echó de ménos:
Torne á brotar la palma
Que en dias más serenos
Nos vió á su sombra de pesar ajenos.

¡Oh! cuánto apetecia
El corazon rendido que te amaba
Ver tan alegre día;
¡Oh! cuánto el alma esclava
Por sus dulces cadenas suspiraba!

Al murmullo del rio,
Al son, entre los árboles, del viento
En tierno desvarío
Pedíamos tu acento
Y á ti volaba el triste pensamiento.

El astro de esperanza,
Blanco fanal de nuestro oscuro cielo,
Reposo y bienandanza
Y júbilo y consuelo
Prometia tal vez á tanto anhelo.

¡Bendito su albor santo
Que tan hermosas horas nos brindaba,
Que en halagüeño canto
Las lágrimas trocaba
Y al amor de tus hijos te guiaba!

¡Bendito, sí, mil veces
Y siempre nuestros ojos ilumine
Y escuche nuestras preces
Sin que su luz decline,

Ni del ocaso al término se incline!
 Y goza tú en buen hora
 De tus dulces amados las caricias:
 Tu estrella bienhechora
 Al alma pida albricias
 De un siglo de contento y de delicias.
 Que si es amar la vida,
 Si en el amar la dicha está cifrada,
 ¿Quién como tú querida?
 ¿Quién como tú esperada?
 ¿Quién como tú de todos deseada?

LA NIEBLA.

Recuerdos de la infancia.*

Niebla pálida y sutil
 Que en alas vas de los vientos,
 No así callada y sombría
 Desparezcas á lo léjos,
 O en pos de ti correré,
 Sin vagar y sin sosiego,
 Porque está sedienta el alma
 De tus sombras y misterios.
 Acuérdate, engañadora,
 Del inocente embeleso
 Con que, niño embebecido,
 Contemplaba tu silencio,
 Por ver si en él resonaban
 Perdidos y blandos ecos
 De las arpas melodiosas
 De las magas de los cuentos.
 Crédulo entónces y puro
 Rasgar intenté tu velo,
 Pensando que me ocultaba

Sus palacios hechiceros,
 Sus fantásticos pensiles,
 Sus músicas y torneos,
 Y los flotantes penachos
 De encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
 Cual perdido pensamiento,
 Te vi envolver cuidadosa
 Y con solícito anhelo
 Las almenas carcomidas
 Del alcázar, que en un tiempo
 Escándalo fué del mundo
 Por su pompa y devaneos,
 Sin ver que era vano afán
 Y descabellado intento
 Velar sus rotos blasones
 Y sus mutilados fueros
 Con tu liviano ropaje,
 Y más liviano deseo;
 Y con todo alguna vez
 El sol te daba contento
 Reverberando apacible
 Del torreón altanero
 En el musgo húmedo y triste;
 Roja chispa de su fuego,
 Que después tú disfrazabas
 Hasta mentir el reflejo
 De perfilada armadura
 O de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
 Con dolosos sortilegios,
 Haciéndome atropellar,
 Desapoderado y ciego,
 Las ruinas del castillo,
 Cándido infante, creyendo
 Mirar de pie en su poterna
 Membrudo y alto guerrero
 Como lúgubre guardian

De la prez de sus abuelos!
 ¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
 Por tus mentiras corrieron
 Al ver que mi fantasía
 Y mi dulcísimo ensueño
 Tornábanse entre mis manos
 Manojos de musgo seco,
 Que en vagas ondulaciones
 Flotaba á merced del viento!
 Y á la verdad no era mucho
 Que el sol oyera tu ruego;
 Porque nunca le engañaste
 Para mostrarse severo:
 Y, á pesar de tus engaños,
 Yo te adoraba en extremo.

Y aún te adoro, parda niebla,
 Porque excitas en mi pecho
 Memorias de bellos días
 Y purísimos recuerdos;
 Porque hay fadas invisibles
 En el vapor de tu seno,
 Y porque en ti siempre hallé
 Blando solaz á mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
 Á sus ilusiones muerto!
 ¡Ay de la flor que fragancia
 Consume y pura elegancia
 En apartado desierto!

¡Ay del corazón de niño
 Que se abrió sin vacilar,
 Sin reserva y sin aliño,
 Pidiendo al mundo cariño,
 Y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor
 Y de mi infantil desvelo
 Amparo consolador,
 Que sola bajo del cielo

Comprendias mi dolor;
 ¡Qué mucho que yo te amara,
 Yo, desterrado del mundo,
 Que en ti perdido vagara,
 Y á ti sola confiara
 Mi desamparo profundo!

Tú á mi espíritu algun día
 Dabas tus húmedas alas,
 Y, demente de alegría,
 El vago viento corria
 Descomponiendo tus galas.

Cuando, en el llano tendida,
 Los contornos de los montes
 Ocultabas atrevida,
 Fingiendo en los horizontes
 Vaga mar desconocida;

Y de la verde montaña,
 Que asomaba la cabeza
 Con altiva gentileza,
 Isla formabas extraña
 De delicada belleza:

Bogaba la fantasía
 Por tu misterioso mar,
 Y en su ignorancia creía
 La vírgen isla lugar
 De ventura y de alegría.

Y crédula la soñaba
 Puerto en la vida seguro,
 Y desde allí imaginaba
 Un porvenir que llegaba
 Sereno radiante y puro.

En tu piélago tal vez
 De gótica catedral
 La fábrica colosal
 Flotaba con altivez,
 Ó fortaleza feudal.

Y el ánima embebecida
 En entrambas se fijaba,

Y ya la veleta erguida,
 Ya la almena esclarecida
 Solitaria acompañaba.

Que en los mares de la edad
 No flotan, no, de otra suerte
 Mundana pompa y beldad,
 Hasta que en la oscuridad
 Relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
 En tu seno aparecía,
 Vaporoso y nacarado
 Y en celajes mil velado
 Como luna en noche umbría.

Y la mente virginal
 Que sólo á ver alcanzaba
 Las rosas en el zarzal
 Y otros vientos no soñaba
 Que la brisa matinal;

Tus enigmas resolvía
 A favor de la inocencia,
 Y calma tan sólo vía,
 Y solamente escondía
 Amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera
 De vistosos arreboles,
 Pura como azul esfera,
 De espléndida primavera
 Y mágicos tornasoles,

En que se goza el dichoso
 Porque en la dicha confía,
 En que se goza el lloroso
 Viendo fanal luminoso
 Allá en la bruma sombría.

De pura nieve y carmin
 Formada está el alma nueva:
 No es mucho, pues, que se atreva
 Con el destino, y que beba
 En las copas del festín.

Vaga niebla sin color,
No es mucho que vea en ti
Serenas noches de amor,
Labios de ardiente rubí
Y verdes prados en flor.

No es mucho; porque ilusiones
De tan vistoso jaéz
Pasan tan sólo una vez
Para velar sus blasones
En perpetua lobreguez.

Su blanca luz placentera
Brilla un instante no más,
Y en la amorosa carrera
De juventud hechicera
No vuelve á lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver
En tu misterioso espejo
Los verjeles del placer,
Que el corazón está viejo
De quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entónces tú me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataúd.

Mas, ya que has sido mi amor,
Envuélveme con tu velo,
Dame sombras y consuelo,
Que tú sola mi dolor
Has comprendido en el suelo.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Hojas del árbol caídas,
 Juguete del viento son:
 Las ilusiones perdidas
 ;Ay!... son hojas desprendidas
 Del árbol del corazon.

ESPRONCEDA.

Caed, hojas, caed; y mi esperanza
 Ya sin verdor llevad:
 Venid vientos de otoño, sin tardanza
 Su encanto arrebatad.
 ;Oh! de esta vez
 El invierno más triste llegará;
 Que el corazon perdió el aroma ya
 De la feliz niñez;
 Caed, hojas, caed.

Mis ilusiones ¡ay! amarillentas
 Perdieron el verdor,
 Que mostraban del día soñolientas
 Al matinal albor.
 Sólo el ciprés
 Con hojas queda en medio del jardín;
 Mas nunca hará su nido el colorín
 Allá en su lobreguez;
 Caed, hojas, caed.

De mi laud las últimas canciones
 Marchitas volarán
 Con vuestras esmeraldas y festones
 Que lleva el huracán.
 Con su jaez,
 Desnudo de colores y arrebol,
 Vestirá del Enero el turbio sol

Su amarga viudez;

Caed, hojas, caed.

¿Quién sabe dónde vais, hojas galanas

Que orlabais el pensil

Al murmurar las ráfagas tempranas

Del céfiro de Abril?

Fué vuestra red

Magnífico palacio á mi ilusion,

Que de fe henchia el jóven corazon.

¡Ay! hojas, responded:

Mas no, caed, caed.

Y en alas de los vientos del otoño

Doradas hojas id,

Y del sol del Abril en el retoño

Segunda vez lucid,

Que yo no volveré,

Mustia yedra que el viento derribó,

A vestir de un alcázar que se hundió

La colosal pared:

Caed, hojas, caed:

Fresca y leve guirnalda de los años,

¿Qué leccion ofreceis á nuestros ojos!

¿Pasan así del hombre los engaños,

Pálida flor, que morirá entre abrojos?

Son hojas el poder y la grandeza;

Hojas serán los lauros de la gloria;

Hojas tambien amores y belleza,

Y hojas, en fin, las hojas de la historia.

Frágiles son los árboles de vida,

Que en el Eden no mecén su follaje;

Y al soplo de la muerte sacudida

Pierde su copa el delicado encaje.

Los godos ensalzaron á Toledo,

Y con sus fiestas la pobló Rodrigo.

¿Señalaría un ángel con el dedo

Do fué el alcázar del placer testigo?

Los árabes danzaban en la Alhambra

Al son de sus metálicos lelés
 Los mágicos compases de la zambra
 De los abencerrajes y zegries.

El árbol de su pompa despojaron
 Los vientos de Aragon y de Castilla,
 Y náufragas sus hojas hacinaron
 Del africano mar junto á la orilla.

¡Oh! si esa mar con encumbrado vuelo
 Rauda cruzara la encendida mente!
 ¡Si el sol de los desiertos desde el cielo
 Fulminara su luz sobre mi frente!

Debajo el manto de su arena roja
 ¡Cuántas hundidas glorias no encontrara!
 ¡Cuánta huella gigante en su congoja
 Mi desolada planta no borraría!

Hojas del árbol de la humana alteza,
 Babilonia! Persépolis! Palmira!
 En polvo vuestra pompa y gentileza
 Con el turbion de los desiertos gira.

Las piedras ve rodar del Capitolio
 Roma vuestra señora deshojada,
 Sin que vea las menguas de su solio
 La púrpura imperial despedazada.

Árbol de libertad, corona un día
 De esa Polonia que canté por triste.
 Santa ilusion de gloria y alegría,
 ¿De tu verdura sin igual, qué hiciste?

El huracan desnudo te ha dejado,
 Y circundó tu tronco de miseria,
 Tus bellas hojas, ¡ay! han alfombrado
 Los páramos incultos de Siberia.

Los bosques que en el Vístula se miran,
 Blandos al soplo del Abril se mecen;
 Pero las dulces auras que suspiran
 El árbol que murió no reverdecen.

Roma la prostituta corrompida
 Vió agostarse su flor entre los vicios;
 Y el templo de Persépolis hundida

Entornó á la virtud los áureos quicios.

Y cayó por cobarde Babilonia

Con sus murallas, fiestas y pensiles;

Mas tú, infeliz magnánima Polonia,

¿Dó escondes el laurel de tus abriles?

Crímenes y virtud juntos descansan

¡Oh mi Dios! en la noche de la huesa:

Y las mortales ráfagas amansan

Sólo al cruzar por su tiniebla espesa.

Arbol es ¡ah! la gloria de este mundo,

Que en el otoño pierde su beldad,

Y un huracan lo azota furibundo

Que sopla de la oscura eternidad.

Mas si pasan las naciones,

Y los fuertes, sin espada,

Van por desiertas regiones;

Si ha perdido sus blasones

La virtud abandonada;

¿Qué eres tú, esperanza mia,

Del Agosto exhalacion,

A quien por frágil queria,

Y que en mi engaño fingia

De perpetua duracion?

¿Qué eres tú que henchiste el alma

De zozobras y de encanto,

De dulcísimo quebranto,

Cuando te cedí mi calma

Y me dejastes el llanto?

Era mi amor dulce nido

Colgado en tan frágil hoja,

Que con el viento ha caído,

Y yo ¡triste! le he perdido

Por no haber quien le recoja.

Sombra de la clara fuente,

Do los pájaros cantaban;

Do yo canté blandamente

Cuando las brisas volaban

Del estío por mi frente;
 Tus plantas desnudas hoy
 Con susurros no acompañan
 Las quejas que al viento doy,
 Y zarzas sólo enmarañan
 El camino por do voy.

Cuando tornen á su canto
 Las aves en primavera
 Y el Abril tienda su manto
 De flores por la pradera,
 Borrando huellas de llanto;
 ¿Me volverá á mi las flores,
 Vírgenes de juventud?
 Y sus dulces ruiseñores
 ¿Volverán á mi laud
 El cantar de los amores?

Hojas de mi gloria, el nido
 Con vosotras ha volado
 A los campos del olvido,
 Y sólo yo lo he llorado,
 Porque sólo lo he querido.

Y nunca más tornará
 De tan opacas regiones...
 Adios, célicas visiones!
 Que el alma ha perdido ya
 La fe de las ilusiones.

Hojas doradas, últimas, queridas,
 Que mi amor cariñosas amparasteis;
 Que de encanto y placer estremecidas
 A sus pasadas trovas murmurasteis:
 Hojas, que, como yo, volar le visteis
 Y que sin mí le seguireis en breve,
 Que entónces mi dolor compadecisteis;
 Veladle ¡ay Dios! con vuestro manto leve.

Veladle: y, tristemente susurrando,
 «El poeta, decidle, nos envía,
 Que en tinieblas sin fin se quedó allá,

Su amor, su pena, y soledad cantando:
 Mas canta, blanco cisne, en su agonía:
 Y su cítara en breve callará!»

AL DOS DE MAYO.

Roncos clarines, negros atambores,
 Música triste, pompa sacrosanta,
 Que alzais eco de gloria y de dolores
 Al sol que del oriente se levanta;
 Venid, vibrad en mi enlutada lira
 Con un cantar de inspiracion y duelo,
 Y la llorosa vírgen que suspira
 Tienda en sus cuerdas el flotante velo.

Venid, hermosas, y en doliente coro
 Cantemos de la patria la amargura:
 Reguemos, sí, con encendido lloro
 El sauce de esa noble sepultura.

Cayeron los hermosos y valientes
 Que el pendon levantaron de Padilla:
 Allí sin vida las hidalgas frentes
 Rodaron sobre el suelo de Castilla.

Hélos allí! Sobre el triunfante carro
 Tal vez despiertan del eterno sueño:
 Tal vez palpita el corazon bizarro
 Al sacudir el eternal beleño.

Alzan quizá la indómita cabeza
 En el lugar de su valor testigo,
 Y revuelven la vista con fiera
 En busca del pendon del enemigo.

¿Dónde están sus famosos estandartes?
 ¿Dónde reluce su nombrado acero?
 ¿Por qué los españoles baluartes
 No derrumba el cañon del extranjero?
 Sus águilas de sangre amancilladas

Traspusieron la cima de los montes,
Y el león las llevó despedazadas
Bajo el sol de los patrios horizontes.

Allí otra vez los lauros de Pavía,
Allí otra vez de San Quintín la gloria,
Coronaron tu sien ¡oh patria mía!
Con su diadema de inmortal memoria.

¡Prez á los esforzados que murieron!
¡Himnos sin fin al castellano nombre!
Nunca los siglos tan feliz lo vieron,
Nunca tan alto lo soñara el hombre.

Doblad, soldados, la gallarda frente:
Dormid en paz el sueño de la huesa;
Que el sol de vuestro honor resplandeciente
Ya no nos roba el águila francesa.

Hijos y hermanos á llorar venimos
Al pié de ese sarcófago sagrado,
Donde morir con alta frente os vimos,
Do la noche tal vez hemos llorado.

¡Francia, Francia! la intrépida guerrera
Que un día paseaste
Por la vencida y humillada Europa
La tricolor bandera;
Que déspotas soberbios derrocaste
Cuando de libertad en la áurea copa
La sed de las naciones apagaste:
Tú, la de los valientes y esforzados,
Que al galope tomaban los navíos,
Cuando eran tus soldados
El rayo de la guerra
Que los fuertes alcázares sombríos
Barrian de la sierra,
Cual barre el sol la bruma de los ríos;
¡Por qué tan rica, tan feliz cosecha
De porvenir, de libertad y gloria
Entregaste deshecha
En las manos de un déspota? Tu historia

Escrita con la sangre del esclavo,
 Con la sangre del bravo,
 Con la sangre del rey y del pechero,
 Coronada de llamas,
 De nobles oriflamas
 Rotas por el cañon del extranjero;
 ¿No era, di, levantada y refulgente
 Más que el cometa ardiente
 Que, al rodar por los ámbitos del cielo,
 Alumbra con su luz y espanta el suelo?
 ¿No te bastaba, dime,
 Mandar en el soberbio capitolio,
 Despertar en su tumba á los romanos,
 Y en impetu sublime
 Volver á la República su solio;
 Romper de lós germanos
 La indómita falanje
 Con tu acerado y destructor alfanje?
 ¿No bastaban las brisas
 De la encantada Italia y sus riberas
 Para mecer ligeras
 Tus palmas, tus laureles y divisas?
 Y nó que confiada
 Y en tu orgullo y valor desvanecida,
 Haciendo de tus huestes vano alarde,
 A un capitan rendida
 Le ceñiste tu acero por la tarde
 Y te dormiste alegre y descuidada
 En brazos de tu próspero destino,
 Soñando triunfos, juventud preciada,
 Y oro y placer al fin de tu camino...
 Te despertastes ebria de esperanza,
 De sangre y de conquista;
 Y al extender la vista
 Por la española tierra,
 Blandiste loca la probada lanza
 En la encumbrada sierra
 Y te digiste: «Al pueblo castellano

» Mis hazañas deslumbran y mis hechos;
 » Le tenderé con amistad la mano;
 » Su honor y sus derechos,
 » Sus generosos timbres y blasones
 » Mis bardos cantarán en dulces sonos.

» Y cuando adormecido
 » A su traidor y mentiroso acento
 » Yazga el leon de España,
 » Con ligaduras le ataré sin cuento.
 » En vano el monte atronará su saña,
 » Me sentaré en el trono de sus reyes;
 » Y regirán mis leyes
 » A los soberbios dueños de dos mundos,
 » Y domaré sus pechos iracundos.»

Y con traidora oliva
 Bajaron de las cumbres tus guerreros:
 Cruzó el cañon los campos españoles,
 Y aciaga lumbré esquivó
 Derramaron tus fúlgidos aceros.
 ¡Vergüenza sobre ti que en torpe dolo
 Al soldado indefenso acometiste!
 ¡Vergüenza sobre ti, terror de Europa!
 La de los caballeros sin mancilla!...
 Porque el honor perdiste
 Del lento Manzanares en la orilla;
 Que del leon al áspero rugido
 Hambrientos sus cachorros acudieron,
 Y tú con el renombre mal hallada
 Que tus hijos hubieron,
 Convertiste en puñal la noble espada,
 Y tu luz y valor se oscurecieron.
 Tú que en el Tiber y en el Rhin triunfabas,
 Tú que en las ondas del distante Nilo
 El sol de los desiertos reflejabas
 De tus aceros en el limpio filo;
 Tú, la que en las pirámides gigantes,
 Al trueno de tu ronca artillería,
 Escribiste con letras relumbrantes

Tu prez republicana y su valía;
 ¡Por qué estrellar los niños inocentes
 Y beber de las vírgenes el lloro
 Y emplear el fusil de tus valientes
 En manchar tu esplendor y tu decoro?
 De la sangre de un pueblo de guerreros
 Sacias, mezquina, el corazon bastardo;
 ¡Dónde están los famosos caballeros
 Del pendon de Luis y de Bayardo?

Con bajo ardid y con mentira aleve
 De los fuertes el brazo desarmaste,
 Y de la flor de Mayo el alba nieve
 Con su sangre caliente matizaste.

¡Por qué no los venciste en la pelea
 Si eran valientes, nobles y leales;
 Si al sol que en el oriente centellea
 El resplandor le hurtaban sus señales?

Tú te digiste: «En un sangriento lago
 »Sumergiré de su leon la raza,
 »Temblarán de mis lanzas al amago
 »Cuando resuene el cuerno de mi caza.»

Pensaste ¡vive Dios! como cobarde,
 Que el corazon no hiel a el torpe miedo
 Donde la llama de los héroes arde
 Que alzó Padilla en la imperial Toledo.

¡Goza en tu crimen, miserable, goza!
 ¡Harto de llanto y de dolor te viene:
 Que á tu espalda la invicta Zaragoza
 Luengos y oscuros lutos te previene!

Tú, que soñabas triunfos y quimeras,
 ¡Por qué cubre el rubor tu altiva sien?
 ¡Dónde están los cañones y banderas
 Que atronaron los campos de Bailén?

Llegó tu hora: el español coraje
 Se despertó del sueño en que yacía;
 Y ver pudistes el nefando ultraje
 Como el genio del mal en tu agonía;
 Que, al mirar en la noche de la Albuera

Irse apagando el faro de tu gloria,
 Ya el águila cantaba lastimera
 La sangrienta jornada de Vitoria.
 ¡Caiste! Para ti no hay esperanza:
 Carcomió el crimen tu luciente arnés;
 Secó tus lauros y rompió tu lanza:
 Sobre tu tumba crecerá el ciprés!...

Venid, doncellas hermosas,
 Venid, niños/inocentes,
 Y con laureles y rosas
 Y con las ramas llorosas
 De los sauces de las fuentes,
 Coronad el mármol frío,
 Templo de nuestra grandeza;
 Miéntas que el cántico pio
 De religion su pureza
 Vierte cual suave rocío.

El himno de los cañones
 Con esa mística nube
 De inciensos y de oraciones
 En vagarosos festones
 A la azul boveda sube.
 Y un pueblo entero postrado
 Viene á rezar por los muertos,
 Y ardiente y acelerado
 Late el corazon honrado
 Ante sus despojos yertos.

¡Oh cuán hermoso es morir
 Por la patria que se adora!
 ¡Cuán puro y noble dormir
 Bajo el mármol que atesora
 La fama y el porvenir!

La vírgen que se arrodilla
 Sobre el césped del guerrero,
 Cuando del cielo en la orilla
 La luna pálida brilla
 Por las noches del Enero;

Y el jóven que por su frente
 Siente pasar generoso
 Del honor el soplo ardiente
 Que murmura sonoro
 En los lauros del valiente;
 Y el rugoso y noble anciano
 Que siente en su corazon,
 Ante el mármol soberano,
 Zumbar el eco lejano
 De la guerrera cancion;
 Angeles son de consuelo,
 De la noche dulces flores
 Que derraman sus olores
 De las tumbas en el duelo,
 De la ausencia en los dolores.

La voz de los cañones se ha apagado
 Que retumbó de Mayo á la memoria:
 Solos quedais en el desierto Prado,
 Solos con el arcángel de la gloria.

Y á su pié vibra el arpa del poeta
 Para cantar los himnos de la tumba;
 Miéntas el aura de la noche inquieta
 Entre los sauces desmayados zumba.

Régia corona, campos milagrosos
 Que ve el conquistador en sus ensueños,
 Crepúsculos de amor esplendorosos,
 De juventud pensiles halagüenos,

¿Qué sois ante la tumba del soldado
 Que por la patria libertad cayó?
 ¿Qué sois al pié del nombre blasonado
 Que en letras de oro la virtud grabó?

¡Gloria á vosotros, que, de patria al nombre,
 De libertad al generoso acento,
 La luz alzasteis del honor del hombre
 Sobre las alas del sonante viento!

¡Imágen santa de la patria mia,
 Mi corazon adora tu bandera!

Yo las guirnalda del amor daria
Por un sepulcro en tu feliz ribera.

Por un sepulcro que tu llanto riegue,
Por un sepulcro que tu flor corone,
Y á dó en la noche palpitante llegue
Cántico triste que tu voz entone.

Héroes de Mayo, el fuego de la guerra
Los déspotas encienden en los montes,
Y empaña el humo á la española tierra
El sol de sus brillantes horizontes.

Mi brazo es débil, y en el arpa mia
Los cánticos no vibran de Tirteo;
Y su lánguido son apagaria
La tromba del gigante Pirineo:

Mas si despunta el alba de la gloria
Al áspero silbar de la metralla
Y descuellan las palmas de victoria
Entre el ronco fragor de la batalla,

Yo arrojaré mi lira en el torrente
Con sus trovas de amor y de pesares,
Y humillaré con religion la frente
Al pié de vuestros ínclitos altares.

Y de ese mármol del honor testigo
Descolgaré la generosa lanza
Y ante al plomo al caer del enemigo,
Muriendo allí, repetiré: ¡Venganza!

UN DIA DE SOLEDAD.

L' esprit de la priere et de la solitude
 Qui plane sur les monts, les torrents et les bois,
 Dans ce qu' aux yeux mortels la terre a de plus rude
 Appelé de tout temps des ames de son choix.

LAMARTINE.

Hay una voz dulcísima, inefable,
 De tierno encanto y apacible nombre,
 Alada, pura, mística, adorable,
 Música eterna al corazón del hombre.

Es *soledad* su nombre acá en la tierra;
 Mas bendición los cielos la apellidan:
 Un misterio sin fin allí se encierra,
 Y á su festín los ángeles convidan.

En alas de un espíritu divino
 El alma vagarosa se levanta,
 Hiende el éter azul y cristalino,
 Y envuelve en nubes su ardorosa planta.

Y cuando acaba triste, acongojada,
 Su peregrinación de luz y gloria,
 Cuando llega hasta el suelo quebrantada,
 Pobre en ventura, espléndida en memoria;

Entonces mira en rutilante espejo
 Reflejarse de Dios la omnipotencia,
 Y, de la gloria pálido bosquejo,
 Estremecerse el mundo á su presencia.

Y el sol, esplendoroso mensajero,
 Los prados matizar de bellas flores,
 Cual esclavo rendido y placentero
 Que prepara el festín de sus señores.

Ve al céfiro mecer las arboledas
 En homenaje al Rey del firmamento,
 Y cual pendones de flotantes sedas
 Ondear sonoras en el viento.

Hombre es ya el alma que ángel se miraba,
 Sér formado de muerte y esperanza.
 Nave rota la quilla y en mar brava,
 De dudas y de fe triste balanza.

Y con todo, la luz y la armonía,
 Las aguas y los bosques y collados,
 Los himnos de tristeza ó de alegría,
 Los árboles sombríos y apiñados,

Vuelven la paz al conturbado pecho,
 Apagan el volcán de las pasiones:
 Duérmese el alma, cual en blando lecho
 Tímida vírgen llena de ilusiones.

Sí; porque un eco á nuestra voz responde,
 Cual la bóveda santa á las plegarias,
 Y un ángel Dios en cada gruta esconde
 Para oír nuestras quejas solitarias.

¡Oh! ¿por qué el genio triste y abatido
 Cuya cabeza abraza un pensamiento,
 Y que le ve marchito, escarnecido,
 Rodar de la ciudad el pavimento;

Por qué, Dios mío, busca en la amargura,
 Léjos del mundo, asilo y esperanza?
 ¿Por qué corre á ocultarse en la espesura,
 Cual ciervo herido de enemiga lanza?

Nuestro espíritu es obra de tus manos,
 Infinito cual tú, señor del mundo;
 Y todo el esplendor de los humanos
 No llenará vacío tan profundo.

Para escuchar tu voz consoladora
 El sér contemplador deje los hombres,
 Que vanidad ridícula devora
 Y mueren por las letras de sus nombres.

Tú pueblas de visiones apacibles
 La dulce soledad, inmenso templo,
 Formas aéreas, suaves, bonancibles,
 De tu poder y tu bondad ejemplo.

Por eso en los suspiros de las ramas
 Suena la voz de un padre cariñosa,

Y el alma de un amigo en dulces llamas
Arde tal vez en nube silenciosa.

Por eso mira el enlutado amante
Allá á lo léjos entre parda bruma
Flotar la virgen que perdió distante,
Cual en mar borrascosa blanca espuma.

¡Oh Dios! ¿qué explica el delicioso llanto,
La dulce turbacion que agita el alma,
Bálsamo de amargura y de quebranto,
Brisa templada en la profunda calma?

¿Es precursora de la paz divina,
La paz que goza el alma solitaria?
Y ese fanal de amor que la ilumina
¿Es de tu gloria santa luminaria?

¡Oh Dios! ¿una morada en el desierto,
Un pájaro que cante tu alabanza,
Con una flor sobre el peñasco yerto
Meciéndose, cual nave en la bonanza!

¿Para qué más riqueza ni ventura?
¿Para qué vanidades pasajeras?
¿De qué sirven amores ni hermosura,
Las palmas de la gloria lisonjeras?

¡Ay! nuestro corazon es un abismo
Y cegar lo con flores un delirio:
Es el hombre verdugo de sí mismo
Y por mentida fe sufre martirio.

Buscad la paz orilla de los mares,
Pedídsela á la bóveda estrellada,
Buscadla en las ruínas y lugares
Que recuerden los tiempos y la nada.

Que delante de Dios y lo infinito
Truena la voz la verdad sonora;
Y cruza el alma, mísero proscrito,
Un golfo hácia su patria encantadora.



POLONIA.

Al príncipe Luciano Woroniecki.

Héla allí moribunda y quebrantada,
 Por el suelo la rica cabellera;
 Héla allí solitaria, abandonada,
 Cual náufrago bajel en la ribera.

Héla allí que los déspotas cobardes
 Vienen á escarnecerla en su agonía,
 Y aprietan sus cadenas por las tardes
 Para dormir tranquilos hasta el día.

¡Polonia! ¡vírgen pura de los hielos,
 Generosa, entusiasta, enaltecida!
 La noche del sepulcro entre sus velos
 Guarda tu juventud rica y florida.

Poco valió tu blasonado escudo,
 Melancólica fada de las nieblas,
 Y el guerrero atambor descansa mudo
 Y velado en inmóviles tinieblas.

Que te fueron infieles tus memorias,
 Solitaria nacion entrada á saco,
 Y cayeron tus héroes y tus glorias
 Bajo la inmunda planta del cosaco.

Tus antiguos pendones y estandartes
 Se arrastraron por tierra moscovita,
 Y ondea en tus feudales baluartes
 La enseña de los déspotas maldita.

El Vístula se arrastra lentamente
 Con cadáveres, armas y banderas,
 Y lleva entre los muertos de tu gente
 Tus vírgenes de blondas cabelleras.

Y á veces por piedad á tu memoria
 Refleja vencedoras bayonetas,
 Y te pinta ilusiones y victoria
 Entre las brumas de sus aguas quietas.

Ilusiones; que el mísero cautivo
Sólo deleites mira en lo pasado,
Y á tu dolor ¡oh vírgen! tan esquivo
Solamente memorias han quedado.

Pasó SOBIESKI el noble y el guerrero,
El que alzó tu pendon resplandeciente;
PONIATOWSKI el hermoso, el caballero,
Bajo las aguas escondió la frente.

La libertad tus pueblos levantaba:
La libertad te hacía grande y bella...
¡La libertad murió para la esclava
Y perdió sus amores la doncella!

Hoy, vírgen, solitaria y dolorida,
Madre sin hijos, reina sin blasones,
Tu blanca ropa en sangre está teñida,
Y tu frente sellada con baldones.

Y esa Europa que via tu quebranto,
Esa Europa que culta se llamaba,
Que miró tus ultrajes y tu llanto
Y tu flor que en la sangre se ahogaba;

Esa Europa del débil protectora
¿Te tendia una mano de consuelo?
¿Fué á levantarte al despuntar la aurora,
Cuando hollada rodabas por el suelo?

No; que tembló decrepita y cobarde,
Y apegada á villanos intereses,
Hizo de humanidad pomposo alarde,
Pero plantó tus campos de cipreses.

Dijeron sus ministros y sus reyes:
«Escribid una nota en favor suyo:»
Y á la merced de un déspota sin leyes,
Dejaron el honor y nombre tuyo!

¡Te han dejado morir, vírgen del polo!
¡Te han dejado morir! ¡malditos sean!
Que ellos hundieron con innoble dolo
Tus derrumbadas torres que aún humean.

¡Ah! no pongas en ellos tu esperanza,
Porque te venderán cual te han vendido,

Porque dobla sus brazos una lanza,
 Porque el orin sus armas ha podrido
 ¡Miserables! el día del combate
 ¿Dó buscarán la fuerza y valentía?
 Pagarán con dinero su rescate!
 Llorarán cual mujeres su agonía!
 Cuando vean sus niños estrellados,
 Cuando vean sus hijas sin decoro,
 A ti se volverán desesperados,
 Y tú responderás: «Sálveos el oro!»

Mas otro porvenir guarda la suerte,
 Polonia, para ti, y otros blasones;
 Mira la juventud alzarse fuerte,
 Rica de libertad y de ilusiones.

Mírala, sí, y espera en tu agonía,
 Porque ella ve tus lágrimas de duelo,
 Y no está léjos el hermoso día
 Que un sol de libertad muestre en el cielo.

Tus hijos van por ignoradas tierras,
 Lleno su corazón de tus encantos,
 Pensando en los amores que tú encierras,
 En la fe de sus padres y sus santos.

Tus hijos volverán á tus llanuras,
 Y sollozando abrazarán tu suelo,
 Y al recordar pasadas amarguras,
 Los turbios ojos alzarán al cielo.

Que es el Eden la patria de la vida,
 Primer amor que el corazón inflama,
 Estrella en una mar embravecida,
 Perdida voz que nos cautiva y llama.

Cuando guerrera lidiabas
 Era yo débil y niño;
 Pero el alma entusiasmabas,
 Y yo te dí mi cariño,
 Tan sólo porque penabas.
 Llegó al fin la juventud

Con su celaje liviano,
Y en mi ardorosa inquietud
Yo miré en ti la virtud
Luchando contra un tirano.

Y murieron ilusiones
En las que el alma creia;
Mas tu amor en mi crecia,
Al compas que tus baldones
Mayores son cada dia.

Y al contemplar tus pesares
Sintiendo mi sangre hervir,
Sentí grande mi vivir;
Acallé tristes cantares;
Tuve fe en el porvenir.

Y acaricié en mis ensueños
Auroras de libertad,
Días para ti risueños;
Lanzados de tu ciudad
Vi tus despóticos dueños.

Que es tu causa la del mundo,
La del cielo y de los hombres;
Virgen pura no te asombres,
Si ves en el cieno inmundo
Los déspotas y sus nombres.

Que el cielo se cansará
De tamaños desafueros;
Que el cielo quebrantará
Como un vidrio sus aceros,
Y ese dia llegará.

Y ese dia no habrá nubes,
Sino arreboles de gloria,
Himnos de paz y victoria,
Y escribirán los querubes
Con fuego tan rica historia.

Y entonces te alzarás pura
De esa mancha que hoy te afea,
Espléndida en hermosura,
Cual faro que centellea

Sobre una playa insegura.
 ¡Virgen! el Dios que murió
 Por el bien de los humanos
 La libertad nos dejó:
 ¡Perezca el día que vió
 Levantarse á los tiranos!
 Mas los días pasarán,
 Y las naciones verán
 Tu amargura y tu abandono,
 Y entonces desplomarán
 Sobre el verdugo su trono.
 Y otra vez serás gloriosa,
 Y otra vez afortunada,
 Y triunfal música honrosa
 En ti sonará velada
 En tu niebla silenciosa.

Espera, sí, que es bella la esperanza,
 Que el cielo nos la dió para el pesar;
 Y á ti, infeliz, te toca la mudanza,
 Porque sobrado fué tu sollozar.
 ¿No escuchas, dime, en alas de los vientos
 Que de Siberia llegan hasta ti,
 Sentidos y dulcísimos acentos,
 Blandos como un perfume de alhelí?
 ¿No sientes, dime, en la callada noche,
 Entre tinieblas, soledad y horror,
 Alzarse de tus huesas un reproche
 Contra tu odioso y bárbaro señor?
 Es la voz de tus hijos, que allí esperan
 La aurora de la dulce libertad:
 Tus muertos son, que helados vituperan
 Al que llevó arrastrando tu beldad.
 Y siempre fué solemne profecía
 La voz que de los tómulos salió:
 Siempre del desterrado la agonía
 Al cielo melancólica subió.
 No temas, no, sin héroes eclipsarte,

Solitaria viuda con tu afan,
 Que si tus hijos mueren, á poblar te
 Del destierro los ángeles vendrán!

EL CISNE.

Monarca de los pájaros marinos,
 Cisne hermoso,
 Que á veces por los golfos cristalinos
 Vas vistoso;
 Que á veces cortas solitario estanque,
 Barco alado,
 Desafiando al viento y á su arranque
 Desbocado;
 Oyeme, y no así loco te envanezcas
 Con tu pluma,
 Porque los besos y el amor merezcas
 De la espuma:
 Que siendo tan espléndidas tus alas,
 Solo un día
 No es plazo que la suerte con sus galas
 Fijaria.
 No la provoques, no, que débil eres
 Para ella,
 Y no por blancos burlanse los séres,
 De su estrella.
 ¡Ay! guarda, guarda esa liviana pompa,
 Que es muy loca;
 No sople el viento, y misero te rompa
 En una roca.
 Que el cielo no te dió tanta belleza
 Por jactancia,
 Ni dió á la flor por eso gentileza
 Y elegancia.
 Formóte Dios para que viera el hombre

Tu existencia,
 Y amara bajo el velo de tu nombre
 La inocencia.
 Y es la inocencia tímida y graciosa,
 No liviana,
 Flor que apartada crece y candorosa,
 Nunca vana.
 Oye un momento, pájaro orgulloso,
 No te ciegue
 Ver que el agua en cambiante tan vistoso,
 Tu ala riegue.
 La veleta en la torre por altiva
 Llama al rayo,
 Y á veces, por audaz, llora cautiva
 Flor de Mayo.
 ¡Ay! no despliegues tan liviana pompa,
 Que es muy loca,
 No sople el viento, y misero te rompa
 En una roca.

Mas ¡ay de mí! porque dudo
 Cuando grave te aconsejo,
 Y el pensamiento desnudo
 Titubea, pobre viejo,
 Sin creencia y sin escudo.

Que el alma vaga perdida
 En semejantes combates,
 Y ve empañarse la vida,
 Y en la pelea reñida
 Perder la fe sus quilates.

Porque, humilde y cariñoso,
 Como vano y altanero,
 Sobre tu cuello vistoso,
 Sobre tu plumaje hermoso
 Veo blandirse un acero.

Si hay luz en el firmamento,
 Y si hay blando movimiento
 En las olas de la mar,

Águilas hay en el viento
Que te quieren devorar.

Hasta en las aguas verdugo
Hay para ti, blanco sér,
Que en todas partes un yugo
Al sér eterno le plugo
En tu cerviz imponer.

Para desdicha mayor,
À mirarte alcanzó el hombre,
Y le prendó tu candor,
Y le encantó tu color,
Y halló sonoro tu nombre.

Entónces, adios paseos
Por las llanuras del mar,
Adios gala y contoneos:
Pasaron los devaneos,
Llegó la hora de cantar.

Cantar, dejar de existir,
Palabras iguales son
Para ti, que al sucumbir,
Del cantar y del morir
Vienen á ser eslabon.

Canta, sí, canta tu muerte,
Que si posible te fuera
Ver la suerte que te espera,
Comenzaras á dolerte
En cancion más lastimera.

No alcanzarás un suspiro
Cuando, vil mercadería,
Consumas en el retiro
La pompa que en leve giro
Cortar los mares solía.

Y en lugar de las caricias
Con que el agua te halagaba,
Cuando eras tú sus delicias,
Darán tu pluma en albricias
Tal vez á mísera esclava.

O serás perdida alhaja

De alguna infame ramera,
Que en su garganta altanera
Te convertirá en mortaja
De la virtud hechicera.

En impuras bacanales
Empañaráse el candor
De tus alas virginales:
Perderse ¡ay! veo la flor
De tus gracias celestiales.

¡Ay, pájaro sin ventura!
Si morir es tu destino,
Si allá de la sombra oscura
Llega la muerte segura
En el ronco torbellino,

¡Por qué no gallardearte
Cuando la vida es tan bella,
Y á su magia abandonarte,
Y vistoso engalanarte,
Como la gentil doncella?

Tus memorias nada más
Sobradas á defenderte
Debieran ser de la muerte;
Ni en tu belleza jamás
Debió cebarse la suerte.

Que en las doradas edades
Cobijó tu pluma un Dios:
De ti salieron beldades
Soberanas de ciudades,
Y luceros dos á dos.

Y si tu encanto es igual
Al que en la Grecia risueña
Te elevó á sér celestial,
¿Cómo ya sólo animal
Eres de forma halagüeña?

Pero si vas á morir,
¿Qué importa un misterio más?
¡Ay! el dejar de existir
Misterio es, que á concebir

No alcanzó el hombre jamás.

Pues bien, si morir es ley,
Envanécete en la vida,
Alza la frente florida,
Que tu corona de rey
No está del todo perdida.

Deja un recuerdo de orgullo,
Si tu vivir se acabó;
La rosa de su capullo,
La fuente de su murmullo,
Cada una lo dejó.

Mas ¡ay! ¿de qué sirviera, desgraciado,
Loca memoria tras de ti dejar?
No mueras, no, soberbio y rebelado,
Más vale melancólico cantar.

Más vale; que á la tumba solitaria
Del que bueno y sin culpas espiró,
Lleva el viento la tímida plegaria
De otro sér que en la vida le adoró.

Si alguna vez desconocido el justo,
El mundo cruza y muere en su confin,
Baña su losa con llorar angusto
Arrodillado blanco serafín.

¡Pobre cisne, tan puro y reluciente!
La desesperacion no es para ti:
Si la huesa te llama tristemente,
Piensa que el hombre al cabo pára allí.

Mírala como un puerto de esperanza,
Do los peligros cesan y el afán,
Como tierra de paz y bienandanza,
Sembrada de jazmines y arrayán.

Que si para los hombres hay un cielo,
Mar para ti sereno habrá tal vez,
Más azul que los mares de este suelo,
Y más lleno de luz y brillantez.

Porque es tanta tu gracia y tu inocencia,
Tan puro de tus alas el lucir,

Que, al acabar tu plácida existencia,
Miras tal vez rosado porvenir.

Tal vez por eso melodioso cantas,
Y te despidas sin pesar del sol,
Y el cuello moribundo ya levantas,
Por gozarte al morir en su arrebol.

Abandónate al mar en que naciste,
Que amor y espuma tuvo para ti;
¡Ay! morir en la cuna nunca es triste,
Que el maternal dolor aguarda allí.

Piensa además que, emblema de pureza,
Al pasar has dejado una leccion...
Si el mundo la recibe con tibieza,
¡Lástima para él y compasion!

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

El Sil.

Rio de las ondas claras
Y las arenas de oro,
Que en los remansos te paras,
Y de sus sombras amparas
Tu codiciado tesoro;

Yo, que mi frente infantil
Miraba en ti reflejar,
Sin que su terso marfil
Pudiera el ardor febril
De la pasion empañar;

¿Por qué no escucho un acento
De los días de mi infancia
En tu raudal violento?

¿Por qué pasas turbulento
Con tu espuma y tu arrogancia?
¿Desdeñarán tus cristales

Ser espejo de tristeza,
 Cual si pudieran mortales
 De mi frente las señales
 Ir á empañar tu pureza?

Los días de tu cariño
 Fueron y de mi consuelo,
 Cuando, bullicioso niño,
 Via por ti sin aliño
 Volar las nubes del cielo.

¡Oh quién pudiera volver
 A tan rosadas auroras!
 ¡Quién pudiera detener
 El huracan de las horas
 Que llevaron mi placer!

¡Quién volverá al alma mia
 Los perdidos pensamientos
 Con que tus ondas seguia,
 Y allí los desvanecia
 Pesarosos ó contentos?

Y aquel acento sin fin
 Con que tu blando murmullo
 Halagaba en tu confin
 De la tórtola el arrullo
 Y el cantar del colorin;

Y la voz ronca y sonora
 Con que al pasar saludabas,
 Con que triste lamentabas
 Murallas que son ahora
 De la torpe yedra esclavas;

¿Do están, rio cristalino,
 Que las perdió el corazon?
 ¿Fué su encanto peregrino,
 Fué su prestigio divino,
 Calenturienta ilusion?

Cruzan tus aguas mis ojos
 Hoy solitarios y oscuros,
 Y no encuentran sus enojos,
 Ni los helados despojos

De aquellos sueños tan puros.

¿Será que en la mente sólo
Moran ventura y pesar,
Y que el mundo es un lugar
De mentiras y de dolo,
Que disipa el despertar?

Que tus aguas corren hoy
Como corrian ayer;
Sólo yo mudado estoy,
Porque los pasos que doy,
Son pasos hácia el no ser.

Temerarios pensamientos
Cruzan mi frente marchita,
Y en dudosos sentimientos
Trémula el alma se agita,
Cual nave en contrarios vientos.

Esas aguas que llevaron
Con mi niñez mi ventura,
¿En dónde, río, pararon?
¿Quizá las abandonaron
En el mar de la amargura?

Cuando fié mi esperanza
De tus frágiles arenas,
Soñaba sólo bonanza,
Paz y bienaventuranza
En tus orillas amenas.

Pero tormenta furiosa
Tus márgenes ensanchó,
Y mugiendo cenagosa,
Tus arenas arrastró
Con mi dicha candorosa.

Que luego jóven y triste
Por tus orillas busqué
La paz que dejar me viste,
Y á encontrarla no alcancé,
Y sólo en la mente existe.

Y sin embargo es hermoso
Cabe tus aguas soñar,

Y el paisaje deleitoso
De un pasado venturoso
En tus cristales mirar.

Es hermoso, claro río,
Amontonar las quimeras
Sobre tus ondas ligeras,
Junto á ese alcázar sombrío,
Que descuella en tus riberas.

Que si á tientas caminamos
Por las nieblas del vivir,
Y cuanto más avanzamos,
Otro tanto recelamos
Del oscuro porvenir,
No es mucho que inquieta el alma
Vuelva á mirar lo que fué,
Y llore si yerto pié
Huella la pasada calma
Y de la infancia la fe.

¿La ilusion es la verdad?
¿O es la verdad ilusion?
¿Es la ciencia vanidad?
¿Es la gloria soledad
Del humano corazon?

Las dudas ¡ay! atormentan,
El ánima combatida,
La turban y la amedrentan,
Y las flores ahuyentan
Del sendero de la vida.

Un tiempo descollaron en tu orilla
Altas memorias de gigantes hombres,
Resplandecientes armas sin mancilla,
Nombrados hechos, y gloriosos nombres.

En ti el romano, vencedor del mundo,
Llevó á beber sus miserables siervos:
Tú consolabas su dolor profundo
Delante de los déspotas protervos.

Y tú, al pulir el oro del romano,

Que mercenarias manos le labraban,
Viste cómo los ojos del tirano
Con la codicia vil centelleaban.

Tú sumidos los viste en torpe mengua,
Bien así como impúdicas mujeres,
Mover tan sólo la cobarde lengua
Para cantar sus lúbricos placeres.

Tú miraste la bárbara cuchilla
Sus crímenes lavar con sangre roja,
Y caer los tiranos en tu orilla,
Como en otoño macilenta hoja.

Viste despues en la vecina altura
Flotar al viento el pabellon templario,
Y su alcázar de gótica estructura
Retratarse en tu espejo solitario.

Sus nobles y cumplidos caballeros
Cantaban en tu márgen cristalina
Las empresas y honor de sus aceros,
El sepulcro de Dios, la Palestina.

Magnánimos, de lustre esclarecido,
Con tantas prendas de memoria eterna,
¡Cómo ¡ay Dios! sus blasones han caído
En pedazos al pié de su poterna?

Ellos tan valerosos y alentados,
Ellos tan grandes, de ánimos tan nobles,
¡Yacen bajo la yedra sepultados!
¡Allí descansan lúgubres é inmables!

Pasaron los romanos desafueros,
Pasaron sus impuras bacanales,
Pasaron los templarios caballeros.
Con sus lucientes armas y señales:

Y de los dos la infancia fué segura,
La juventud de entrambos rica y fuerte:
Y ambos cruzaron como sombra oscura
Los silenciosos campos de la muerte.

Y tú, rio, llevaste sus blasones,
Bien como la gentil infancia mia,
Bien como llevarás las ilusiones

De mi caduca frente en algun día.

Ya que perdí mis dichas infantiles,
Tráeme, río, de entónces una flor,
Una flor nada más de sus pensiles,
En cuyo cáliz vierta mi dolor!

Gentil y vistosa infancia,
Delicado y puro sueño,
Flor que un cáliz de fragancia,
Ufana con tu elegancia,
Viertes en valle risueño;

Pues por mi mal te perdí,
Ven mi mente á sosegar:
Recuerda que niño fui,
Que entónces no conocí
Las tinieblas del pesar.

Tú eres para mí el amor,
Un amor triste y perdido,
Blando y lejano sonido,
Que lleva un viento traidor
Al desierto del olvido.

Por la noche y á la luna
Cruzan blancas tus memorias
Las aguas de la laguna,
Como encantadas historias,
Como prendas de fortuna.

Y el alma vaga con ellas
Abandonada y dichosa,
Olvidando sus querellas
A la luz de las estrellas
Vacilante y misteriosa.

Y entónces me creo niño,
Y sueño blanca mi frente
Como la piel de un armiño,
Y soy hermoso, inocente,
El hijo de tu cariño.

LA VIOLETA.

Flor deliciosa en la memoria mia,
Ven mi triste laud á coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez á resonar.

Mezcla tu aroma á sus cansadas cuerdas;
Yo sobre ti no inclinaré mi sien,
De miedo, pura flor, que entónces pierdas
Tu tesoro de olores y tu bien:

Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes del Abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,
Yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor;
Y en ti miré el emblema de mi vida,
Y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la yerba tu frescura,
De la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y á tu ventura asemejé mi dicha,
Y á tu prision mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arrebol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos á mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,

Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!

Yo me decia: «buscaré en las flores
Séres que escuchen mi infeliz cantar,
Que mitiguen con bálsamo de olores
Las ocultas heridas del pesar.»

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
De ti, bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazon llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
Ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor:
Léjos ya de la paz y del contento,
Mirame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;
Tal vez moraba una ilusion detras:
Mas la ilusion voló con su pureza,
Mis ojos ¡ay! no la verán jamás!

Hoy vuelvo á ti, cual pobre viajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo á buscar la huesa vengo yo.

Vengo á buscar mi huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto á ti,
Ya que escuchaste un día mi plegaria,
Y un sér hermano en tu corola ví.

Ven mi tumba á adornar, triste viola,
Y embalsama su oscura soledad;
Sé de su pobre césped la aureola

Con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataud,

Irá á cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «¡pobre poeta!
Ya está callada el arpa del amor!»

IMPRESIONES DE LA PRIMAVERA.

Otra vez en los árboles las hojas
Pueblan los vientos de murmullos leves,
Y se deshacen en las cumbres rojas
Al sol de Mayo las brillantes nieves.

Límpidos los arroyos se dilatan
Por su márgen vestida de jazmines,
Y sus cantos suavísimos desatan
Los tiernos y pintados colorines.

Y cantan la esperanza y los amores,
Mientras las plantas aman y florecen,
Y en el nítido cáliz de las flores
Las amorosas auras se adormecen.

¿Por qué no amar, y al himno de natura
Juntar mi voz que por el yermo suena?

¿Por qué la frente jóven y segura
No levanto á la par de la azucena?

¿Por qué si el alma en ímpetu sublime
Puede medir los ámbitos del cielo,
Solitaria y oscura y triste gime
En pos de los amores y el consuelo?

¿Por qué en selvas vestidas de esmeralda
Y encantadas con música apacible,
Buscar una fantástica guirnalda,

Corona de una imágen imposible?

¡Ay del que eterna juzga del oriente
La blanca luz al despuntar la aurora!
Porque el sol de la tarde falleciente
Sólo la paz de los sepulcros dora.

Jóven y bella estás, naturaleza:
Ricas tus flores son, tu estrella amiga,
Tus céfiros aliento de pureza,
Y misterios y amor tu seno abriga.

Yo que, al dormir gozoso en tu regazo,
Despertaba al acento de tus fiestas,
Yo que estreché con ilusorio abrazo
El ángel protector de tus florestas;

Yo te miro volver sin alegría
Con tu ropa brillante de colores;
Que la tímida flor del alma mia
Perdió por siempre juventud y olores.

Sí; que al pasar el cierzo de las penas
El perfume robó de su corola,
Y la luna tan sólo en las serenas
Noches la envuelve en pálida aureola.

Jamás tu relumbrante panorama,
Espléndida y vistosa primavera,
Me volverá la consumida llama,
Los sueños de oro de mi edad primera.

Yo te via llegar enajenado
Y mirarte en las aguas de los rios,
Rico de amor, ajeno de cuidado,
Perdido en esplendentes desvarios.

Tú pasaste una vez y otra pasaste,
Y mis sueños de amor no se cumplieron,
Y una vez y otra vez luego tornaste,
Y una vez y otra vez ellos volvían.

Mas llegó Julio, y la esperanza rota
Honda arruga selló sobre mi frente,
Y del pesar por la region remota,
Busqué la paz del ánima doliente.

Tambien en ella el ruiñón cantaba,

Tambien la fuente sin parar corria;
 Pero la fuente ronca murmuraba,
 Pero el doliente rui señor gemia.

Y era su trova moribunda y vaga,
 Canto de amor, de incertidumbre y pena,
 Postrer acento de nocturna maga,
 Flébil quejido que á lo léjos suena.

—«Pasan de Mayo las flores,
 Con ellas va la esperanza,
 Y apénas la mente alcanza
 Voz lejana de placer;
 Que, al tornar los turbios ojos
 Al campo de la memoria,
 Sólo encontramos la gloria
 Entre las sombras de ayer.

»Trovador de los pesares,
 Que te fingiste ventura,
 Paz, abandono y ternura
 En las músicas de Abril,
 Ven á escuchar mis acentos,
 Porque yo como tú lloro,
 Tambien yo una sombra adoro,
 Que fué orgullo del pensil.

»Yo suspiré en la enramada
 Dulces ánsias á la rosa,
 Y abrió su cáliz la hermosa
 Para escuchar mi cancion;
 Y la luna desde el cielo
 Con luz amante bañaba
 Su frente, que arrebolaba
 La esperanza y la ilusion.

»Y yo entre sueños perdido
 De fantásticos amores,
 Aspiraba los olores
 De su seno celestial;
 Y entre las frágiles alas
 Del aura de Mayo tierna,

Visiones de gloria eterna
Miró el alma virginal.

» Mas ¡ay! que el sol del estío
Mi esperanza peregrina
De la rosa purpurina
En el cáliz agostó;
Y una á una con sus hojas
Volaron mis ilusiones,
Y de mis tiernas canciones
Sólo un eco me quedó.

» Un eco triste y confuso
Que el campo de la amargura
Encanta con la ventura
Del desvanecido bien;
Y que en las cuerdas se mece
Del arpa de los pesares,
Al reflejar sus cantares
Las músicas del Eden.

» Ven á mí, triste poeta,
Arroja el arpa de oro,
Déjala al pie del tesoro
Que halagó tu juventud;
Que de tu amor los ensueños
Con mis ensueños volaron,
Y otro bien no nos dejaron,
Que un ciprés y un ataud.

» ¡Ay! la fe pasa y la ilusion se pierde:
Por lo de ayer el corazon suspira:
Cae de los campos la corona verde:
Lágrimas sólo quedan á la lira! »

Calló la voz del ruiseñor, y el alma
Dejó sus flores en la playa oscura,
Su porvenir y su amorosa palma,
Y su corona de inmortal verdura.

¡Oh! nunca, nunca, Abril esplendoroso,
Me traerás, con tus pájaros gentiles,
De lo pasado el campo venturoso,

La flor de mis creencias juveniles.

Volará la felice primavera,
Sin que un suspiro mio la acompañe,
Sin que furtiva lágrima siquiera
La palidez de mi semblante bañe.

Que no de Mayo en el feliz retoño
El término hallaré de mis congojas,
Y al soplo de los vientos del otoño
Veré volar las macilentas hojas.

Y cuando el alma en su dolor recuerde
Del corazon las flores esparcidas,
Yo cantaré el encanto que se pierde,
Como he cantado imágenes perdidas.

EL CAUTIVO.

Callada la noche está,
Callada, limpia y serena,
Sin más voz que la cascada
Que á lo léjos se despeña;
Sin más música que el canto
Del ruiseñor que enajena,
Ni más lumbré que el templado
Resplandor de las estrellas.
Cerró la flor su capullo;
Todo es paz, todo es tristeza;
Solo está el llano y el monte,
Y cual virgen soñolienta,
De la sombra entre los brazos
Se duerme naturaleza.

Dulce es vagar en la noche
Por la llanura desierta;
Ver sobre el lago pasar
En vapor y espuma envueltas,
Confusamente borradas,

Las flores de la existencia,
Y en las grutas de las rocas
Oír vaga y casi muerta
Del arpa de juventud
La voz del viento en las cuerdas.

Dulce es al alma cruzar
Con la brisa de las selvas
Esos aires que la luna
Confusamente platea;
Adormecer la razón
Con relumbrantes quimeras,
Y al alcázar de los sueños
Con desbocada carrera
Lanzar la imaginación,
De amor y gloria sedienta,
Y allí una imagen buscar
Inefable, hermosa, eterna,
Inmensa como el espacio,
Como el corazón inmensa,
De luz vestida y de galas,
De asombro y misterios llena.

Dulce es soñar si en libertad soñamos;
Son dulces esos sueños,
Con que del porvenir ataviámos
Los campos halagüeños.

¿Mas qué importa al cautivo engalanada
La noche ver de estrellas,
Si no puede en su cárcel olvidada
Decirles sus querellas?

¿De qué sirven los astros que iluminan
Los patrios horizontes
Cuando su disco sin color inclinan
Sobre ignorados montes?

¡Prisma encantado! ¡libertad gloriosa!
¡Del alma santa flor!
¿Qué es junto á ti la frente de la hermosa?
¿Qué es junto á ti el amor?

Del otro lado del hercúleo estrecho
 Hay un doncel cautivo,
 De hidalga sangre y levantado pecho,
 De corazón altivo.

¿Qué nombre esclarecieron sus mayores?
 ¿Dónde nació el cristiano?
 ¿La cumbre del poder y los amores
 Tocó tal vez su mano?

El misterio le envuelve y la amargura
 Y un mundo de pesares;
 Y sólo el mar en la tormenta oscura
 Escucha sus cantares.

Hélo, allí está; su frente generosa
 Surcan hondas arrugas;
 Así marchitan del Abril la rosa
 Mortíferas orugas.

Hélo, allí está: sus ojos distraídos
 Tal vez en busca van
 De los campos que un tiempo florecidos
 Miraron de arrayan.

De la noche al aliento regalado
 Sus labios ha entreabierto,
 Y escuchará su pena y su cuidado
 La noche del desierto.

«¡Noche! serena estás, mágica y pura:
 Ni un soplo turba tu feliz quietud:
 Eres un sueño de la edad futura
 Dorado por un astro de virtud.

Mas ¿por qué vienes ¡ay! tan encantada
 Con todos los luceros hacia mí,
 Si ya pasó la edad arrebatada
 En que los lauros del honor cogí;
 La edad en que la cítara amorosa
 Vibraba al son de mi primera fe,
 Cuando orlada de mirtos y de rosa
 Delante de mi amada la arrojé?

También amaba entonces las estrellas,

Noche serena, de tu manto azul,
Y esas nubes de nácar sin centellas
Que lo prendian como blanco tul.

Hoy de todas tus pompas y misterio
Sólo te pido sombra y soledad;
De todos los poderes de tu imperio
Las ráfagas que traen la tempestad.

Del otro lado de la mar, los mios
De la guerra cayeron al furor;
Y el ángel de mis tiernos desvaríos
Dejó en las aras de mi altar su amor.

Yo no tengo una madre ni una esposa
Que vengan á llorar en mi ataud,
Ni quien escriba en la extranjera losa
Las penas de mi amarga juventud.

Los lazos de la vida siento rotos;
La patria para mí perdida está,
Y el alma por los términos ignotos
De la duda y dolor cruzando va.

Y siento que estos muros y estas rejas
Van apagando el noble corazon,
Como el rumor se apaga de mis quejas
Sobre esa mar que azota el aquilon.

¡Oh! yo quiero volar por el desierto,
Correr por las orillas de la mar,
Y tras la nave que abandona el puerto
La fantasía juvenil lanzar.

Quizá pudiera la ilusion del alma
Del árabe en las tiendas entrever;
Tal vez al pié de solitaria palma
Me sonriera celestial mujer.

Y si la soledad es mi destino,
Y no ha de hallar un eco el corazon,
Si para siempre el resplandor divino
Se amortiguó de la primer pasion,

Las ciudades que fueron contemplara,
Y á su polvo diria mi pesar,
Y de mis cantos el poder bastara

De los siglos el duelo á despertar.

Sobre las aguas del soberbio Nilo
Viera el sol del desierto aparecer
Y, al morir, las pirámides tranquilo
En sus últimos rayos envolver.

Una leccion pidiera yo á la muerte,
Que descifrarse el libro del vivir,
Y ella rasgando el velo de la suerte
Me mostrara la faz del porvenir.

.....
.....

Sueños de libertad y de consuelo,
Sobrado puros sois para verdad:
Tended las alas y subid al cielo;
Sueños de encanto y de placer, volad!

Nunca veré pirámides ni arenas,
Mares azules, ni radiante sol,
Ni del pié de la palma las serenas
Tintas de la mañana y su arrebol.

Sólo esa mar por cuya espalda un dia
Volaba en la tormenta mi bajel,
Alzará su clamor en mi agonía,
A mi abandono y mis desdichas fiel.

Sólo esa mar, mi amor y mi delicia,
Si, en la noche, azotada del turbion,
Bramando melancólica, acaricia
La eterna tempestad del corazon.

El amor de esa mar es mi ventura,
Que arrullará mi duelo al espirar,
Y sus olas vendrán mi sepultura
De espumas y de limo á coronar.

La luna el firmamento plateaba
Pálida y bella la serena frente,
Y el ruiseñor la orilla arrebatava,
De aquella mar tan música y doliente.

El limpio azul de la celeste esfera
Playas sin fin mostraba al nuevo dia,

Y la aurora en la lánguida palmera
Ya sus primeras lágrimas vertía.

Un árabe á lo léjos galopaba;
Y entónces un suspiro el aire hendió,
Que en la prision cantaba:
¡«Ay de la flor que el viento deshojó!
¡Ay de la flor que de mirarse esclava
Toda su pompa y juventud perdió!»

A. F. O.

Dulce niña tan hermosa,
¿Por qué le pides cantares
Á mi lira,
Si está ronca y tenebrosa,
Y al eco de mis pesares
¡Ay! suspira?
Capullo de una flor pura,
Abierto al sol de la aurora
Placentero,
Guarda, guarda tu frescura
De la cólera traidora
Del Enero.

Cuando es para ti la vida
Un arroyo de mil flores
Coronado,
Que lleva su agua perdida
De mil pájaros cantores
Visitado;

Cuando tu serena frente,
Del corazon no revela
Tempestades,
Ni á la solitaria fuente,
Donde la luna consuela
Á las beldades,

Vas á decir tu agonía,
 Vas á cantar tu tristeza
 Ó tu quebranto;
 ¿Por qué empañar, alma mia,
 Esa angélica pureza
 Con mi llanto?

¿Acaso, juzgas, hermosa,
 Los misterios de amargura
 Y de dolores,
 Y ángeles ves cariñosa
 En ellos, de frente pura,
 Voladores?

No, mi vida, que es engaño
 Esa luz en que creemos
 Cuando niños,
 Y su horizonte es extraño,
 Y sin madre allí nos vemos,
 Ni cariños.

Vuelve, vuelve á la floresta
 Donde los pájaros cantan
 Sus amores,
 Limpia, angélica y honesta,
 Como rosas que levantan
 Sus olores.

Tu destino no es el mio,
 Que eres tú sobrado bella
 Y cariñosa:
 Nunca en mi cielo sombrío
 Relumbrará alguna estrella
 Tan hermosa.

Dulce niña, en mi laud
 El cantar de la esperanza
 Se ha perdido,
 Y á mi triste juventud
 El puerto de la esperanza
 Es el olvido.

Yo no te canto, ángel bello,
 No soy cantor de alegría

Ni venturas,
 Ni de tu frente un destello
 Derrama en el alma mia
 Sus dulzuras.

Adios, adios, mi lira se adormece
 En el hondo letargo de la pena:
 Tal brilla en los desiertos y parece
 La perfumada y cándida azucena.

Adios, adios; el arpa solitaria,
 Que tus abriles no acertó á cantar,
 Sonará al son de tu infeliz plegaria
 En las lúgubres noches del pesar!

Agosto de 1838.

A.....***

Sentimientos perdidos.

Es el amor del poeta
 Flor de un ignorado valle,
 De gentil y puro talle
 Y de encendido color.

Crece en la sombra confusa,
 En claras aguas se mira,
 Y en ella el aura suspira
 Con delicioso rumor.

Pero sólo se despliega
 A los rayos de la luna,
 Porque menguada fortuna
 Cupo á la triste tal vez;

Que es en verdad bien menguada
 Y melancólica suerte,
 Irse arrastrando á la muerte
 En amarga viudez;
 Sentirse rica en perfumes,

Sentirse rica en colores,
 Rica tambien en amores,
 Y solitaria llorar,
 Y no encontrar unos ojos,
 Con ser tan pura y tan bella,
 Que se reposen en ella,
 Y la miren con pesar.

Bien haces, flor sin ventura,
 En descorrer por la noche
 El tornasolado broche
 De tu cáliz de afliccion;

Que, á falta de humanos ojos,
 Las moribundas estrellas
 Llorarán tus hojas bellas
 Con lumbre de compasion.

¡Triste poeta! ¡palma descuajada
 De un campo de ventura!
 Nacido en una patria allá apartada
 De sombras y verdura;

¿Qué haces perdido en el helado suelo
 Vagando sin cesar,
 En busca de un acento de consuelo
 Que temple tu pesar?

¿No sabes, di, que el llanto de amargura
 Al mundo contamina,
 Y que anubla su paz y su ventura
 La frente que se inclina?

¿No sabes, desgraciado, que en el suelo
 Rotas se ven tus alas,
 Y que sólo en las bóvedas del cielo
 Desplegarás tus galas?

.....
 Escucha: yo era niño, y en mi frente
 Brillaba la esperanza,
 Y el porvenir abríase esplendente
 De gloria y bienandanza.

Edificio de nácar y diamante

Era mi dulce vida:
 Iluminaba estrella rutilante
 Mi juventud florida.

Tierno latió mi coazon de niño
 Con delicioso amor,
 Y, á su compas, otro infantil cariño
 Latió consolador.

Entónces yo canté, yo fuí poeta,
 Que era bello cantar,
 Como es bello á la humilde violeta
 Su cáliz desplegar.

Mas el alma dormia confiada
 So nube tormentosa,
 Y vióse al despertar abandonada
 En noche tenebrosa.

Que soplaron los hombres en mi frente
 Con su furor impío,
 Y huyó con mi ventura velozmente
 El tímido amor mio.

Huyó el amor dichoso, esperanzado,
 El misero quedó,
 Y entre espinas y abrojos arrastrado,
 El alma ensangrentó.

Que sólo ofrecer pude al ángel mio
 Quebranto y maldicion,
 Y ante la muerte me tendí sombrío
 Con mi fatal pasion,

Y la canté con enlutada lira,
 Orillas del torrente,
 Que en ronca voz consuela al que delira
 Con abrasada frente.

Y por la noche la canté á la luna,
 Lámpara del pesar,
 Y regué con mis lágrimas la cuna
 Del turbulento mar.

Y mi amor en los aires exhalaba,
 Desterrado del mundo,
 Y otro mundo de duelo me formaba

En mi dolor profundo.

Otro mundo sin luz y sin placeres,
De llanto y soledad,
Poblado de fantasmas de mujeres
De juvenil edad.

Mujeres, que llorosas se volvian
Para mirar su infancia,
Y al cabo de la vida bendecian
Sus años de ignorancia.

Lentas cruzaban la tiniebla oscura,
Con suelta cabellera,
Cantando en bajo son su desventura
Con trova lastimera.

Y una entre todas pálida y doliente
Mirábame al pasar,
Y su mirada fija tristemente
Me hacia palpar.

Que era ¡ay Dios! el ensueño de mi vida,
La virgen que adoré,
Solitaria en las sombras y perdida
Moviendo el leve pié.

Una sonrisa triste y resignada
Sus labios entreabria,
Y en sus ojos estrella amortiguada
Reverberar se via.

Su mano cariñosa me apartaba,
Con lúgubre inquietud,
De aquella oscuridad, que así empañaba
Su pura juventud.

Entónces desbocado torbellino
Llegaba bramador,
Y llevaba el fantasma peregrino
Con hórrido fragor.

¡Oh Dios! bien melancólico era el sueño:
Mas ¡ay! que al despertar,
Al lado de la vida era risueño
Su llanto y su pesar.

Mi triste corazon ha sucumbido

Con tanto y tanto afán,
Y su alegría leve polvo ha sido
Que lleva el huracán.

Que es la justicia, que pregonaba el hombre
Diabólica ironía,
Y su fe y su virtud mentido nombre,
O vil mercadería.

¡Ay de mí! ¡ay de mi infancia bulliciosa,
Purísima azucena!

¡Ay de mi juventud dulce y hermosa
Que se pasó en la pena!

¡Ay de mi amor, de su esperanza y gloria
Paisaje peregrino!...

¡Sólo ruina sois en mi memoria!

¡Troveos del destino!

¡Pobre poeta! ¡Serafin caído!

Busca otra patria, sí:

Búscala, que en el mundo empedernido
No hay patria para ti.

¡Ángel de blancas alas que pecaste
Y lloras desterrado!

¿Quién sabe si con lágrimas lavaste
La mancha del pecado?

¿Quién sabe si mañana será el día
De gloria y claridad,
Si esconde el mármol de la huesa fría
Tu dulce libertad?

¡Ay! para ti en la vida hay esperanza,
Y en las tinieblas luz,
Y un mundo de justicia y confianza
Detrás del ataúd.

Tú con tintas suavísimas coloras
El negro porvenir,
Y cruzas en las nubes voladoras
Los campos de zafir.

¡Poeta! enigma oscuro y tenebroso
Es tu vivir fugaz:

Desconocido pasas y lloroso
Con encubierta faz.

Ave de paso triste y solitaria,
Cruzas tiniebla oscura,
Mas si ruegas, tu tímida plegaria
Al cielo va segura.

Si el eterno gozar lo gana el llanto,
El llanto y la tristeza,
Si es escalon la pena y el quebranto
De celestial pureza,

Espera, poeta, espera,
Espera y no llores más:
Que tu enlutada carrera
Un día en la azul esfera
Finalizada verás.

LA ISLA DESIERTA.

Isla dichosa que levantas pura,
En el inquieto seno de los mares,
Tu frente coronada de verdura
Y tus bosques poblados de cantares:
Tierra inocente y vírgen todavía,
Que imaginé en mis noches de tristeza
La solitaria cuna en que dormía
Un ángel de inocencia y de pureza;

Hoy huésped de tu playa silenciosa,
Vengo á pedirte soledad y calma,
Porque desamparada y ruinosa
En el mundo dejé la paz del alma.

Si mis lágrimas corren, no te asombres,
Hija querida de la mar hirviente,
Que el sosiego y placer que dan los hombres
Son arrugas sombrías en la frente.

Tal vez mi pié marchitará tus flores,
Y secará la yerba de tus prados,

Y callarán tus dulces ruseñores,
De oír llorar confusos y admirados.

Pero no tiembles, no, por tu hermosura,
Que mi huella en tu frente será leve:
¡Ay! para un sér de amor y desventura
Largo es el duelo, mas la vida breve!

Hay además belleza en los pesares,
Y tiene encantos el doliente pecho...
¡Duérmete, pues, corona de los mares!
¡Duérmete pura en tu inocente lecho!

Duérmete, sí, porque jamás la vida
Igualó las venturas del soñar;
Abandonada duérmete y mecida
Por los arrullos del inmenso mar.

Puro y sin nubes cual tu edad temprana,
A tu sueño demanda el porvenir;
Si la tarde es igual á tu mañana,
Flor de las aguas ¿qué podrás pedir?

Sol, espléndido cielo y alegría
A tu cuna sirvieron de dosel,
Y sin héroes, ni gloria todavía
Brotó en tu seno el inmortal laurel.

¡El laurel! profecía misteriosa,
Cuna de ensueños, cuna de ambicion,
Que abriga con su copa generosa
Y hace latir guerrero corazon!

¡El laurel! que fué emblema de los reyes,
Y emblema de los pueblos fué despues,
Cuando, más altos que menguadas leyes,
Rugiendo las postraron á sus piés!

¡Arbol inmóvil! ¡árbol del destino!
Que anida la zozobra y el afan,
A lo léjos fantasma peregrino,
De cerca espectro en lúgubre ademan!

Mas ¡ay de tu candor! isla inocente,
Que es su misterio enorme para ti,
Y empañará la gracia de tu frente,
Cual sol de Julio el tímido alhelí.

Si, porque es el pensamiento
De un destino turbulento
En una frente infantil,
Y es la idea agigantada,
Y es la frente delicada
Flor de ignorado pensil.

Porque fuente de pesares,
Gala y amor de los mares,
Será para ti el laurel,
El laurel que tú criaste,
Y solicita regaste,
Como encendido clavel.

¡Ay de tí! que en tu inocencia
No viste que era demencia
Así la muerte abrigar,
Y soñaste el mar vacío,
Y su horizonte sombrío
Imposible valladar.

Tu árbol tiene bello nombre,
Y lo bello busca el hombre
Aún á riesgo del vivir;
Que es una imagen divina,
Que misteriosa ilumina
Las brumas del porvenir.

Que es un destello del cielo,
Que relumbra de este suelo
En el borrado confin,
Voz del arpa melodiosa,
Que en la mansion venturosa
Pulsa alado serafin.

Para tu mayor desdoro,
Sobre montones de oro
Plantaste el árbol fatal;
Como orgulloso guerrero,
Que agita leve plumero
Sobre el casco de metal.

Entónces, ¡ay! tu esperanza
Se deshizo y tu bonanza,

Como malogrado amor;
 En los aires se exhaláron,
 Y al exhálarse dejáron
 Un acento de dolor.

Bien hacían si lloraban,
 Si por tu amor entonaban
 Una trova funeral,
 Que desde entónces perdida
 Vieron la gala florida
 De tu frente virginal.

Que en busca de tu pureza,
 De tu infantil gentileza
 Sólo cruzaría el mar
 El hombre desventurado,
 Por el mundo lastimado,
 Corroído de pesar.

Pero jamás su existencia,
 Y la paz de la inocencia
 Respetó el doliente sér,
 Que es la amargura un bautismo
 Recibido en el abismo
 De la vida ó del placer.

Amor de su alma serías,
 Como de las ondas frías
 Del piélago bramador,
 Y tal vez fuera dichoso
 En tu profundo reposo
 El corazón pensador.

Mas, ¡ay de ti sin ventura!
 Que con llanto de amargura
 Vas á regar tu laurel,
 Porque el oro de tu seno
 Será para ti veneno
 En un cáliz de oropel,

Heredad de la codicia,
 Trofeo de la avaricia
 En adelante serás;
 Cuantos misterios encierra

Tu suelo, mísera tierra,
Profanados mirarás.

En vano furioso el mar
Te quisiera defender,
Porque el hombre domeñar
Sabe muy bien su poder,
Y sus furias enfrenar.

Y es el interés tan ciego,
Tan desaforado y loco,
Que la amenaza y el ruego,
Hasta el vivir y el sosiego
A su desenfreno es poco.

La nave que ántes cruzaba
Como perdido vapor,
Y al horizonte asomaba,
Y nunca te se acercaba
Por respeto ó por amor,
Hoy velera y atrevida
Tu valla atropellará,
Que, si la estima es perdida,
A la soberana erguida
La esclava se atreverá.

Y cuando deje en tu arena
La turba de hombres feroces
Que cobija con su entena,
Y que cantarán tu pena
Con sus destempladas voces,

Echará el ancla altanera
Con orgulloso ademan,
Se mecera en tu ribera,
Y gozará placentera
De tus lágrimas y afán.

¡Ay de ti, pura guirnalda
De los mares bramadores!
¡Ay de tu luciente gualda,
De tus campos de esmeralda,
Y de tus hermosas flores!

¡Ay de tus pintadas aves,
De tus rios solitarios,
De tus músicas suaves,
Y torrentes temerarios
Que lanzan mugidos graves!

Déjame ¡ay triste! llorar,
Ya que venturoso fui,
Cuando te escuché cantar
Y entre rosas y azahar
Adormecida te ví.

Tu ventura y mi ventura
Corrieron destino igual,
Que si fué tu frente pura,
La mia fué virginal
Y esplendente en hermosura.

Y así las dos se juntaron
Cuando el golpe recibieron;
Los que juntas las miraron,
Juntas las compadecieron,
Juntas despues las lloraron.

Que hay destinos paralelos
Adonde no alcanza el hombre,
Y á veces bajo los cielos
Arrastran los mismos duelos
Séres de distinto nombre.

Y pues hermanos nacimos
Tú sin alma y yo con ella,
Y con viento igual corrimos
Los mares, donde tuvimos
Por norte la misma estrella;

Deja que lloren mis ojos
Nuestros destinos hermanos,
Que sólo vía de abrojos,
Sólo amargura y enojos
Debimos á los tiranos.

UN ENSUEÑO.

¿Qué significa, Dios mio,
Esta memoria tirana
Que cual fatídica nube
Mi corazon así empaña?
¿Por qué tan vago misterio
Guarda la sombra borrada
De un sueño de desventura,
Que pasó en la noche opaca
Por delante de la mente,
Como traidora amenaza?
¿Es benéfico consejo?
¿Es profecía enlutada
De mi vivir, ó tal vez
Espejo que fiel retrata
La dolorosa agonía,
Que vida los hombres llaman?
¿Ay de mí! que á tal misterio
La fria razon no alcanza,
Porque hay doquiera lecciones
Para la vida sembradas,
Y es la muerte de los sueños
Y de las sombras hermana.
Mas cuando al cielo pedí
Reposo, y dulzura, y calma,
¿Quién ¡ay de mí! me dijera
Que mi doliente plegaria,
Como el himno de un festin
El viento desparramara,
Y que serian perdidas
Mis amarguras y lágrimas!
Perdidas fueron sin duda,
Porque en vez de la mañana
Pura y sin nubes, que en sueños
A los cielos demandaba,

Soñéme vagando solo
 Por una inmensa llanada,
 Sin flores y sin verdura,
 Sin torrentes, ni montañas
 Y sin pájaros cantores,
 Y sin fuentes solitarias,
 Indefinible, y confusa,
 Y descolorida, y pálida.
 Trémula luz de crepúsculo
 Moribunda la bañaba,
 Tan dudosa que los ojos
 A distinguir no acertaban
 Si eran de un sol agonías,
 Si eran vislumbres del alba.
 Y era tan triste aquel mundo,
 Tan tristes sus nieblas pardas,
 Que lo imaginé embrion
 Del caos ó de la nada.
 Mas luego á ver alcancé
 Melancólicos fantasmas,
 Que su oscuridad median
 Con lúgubre y yerta planta,
 Y que la calva cabeza
 Sobre su seno inclinaban.
 Un misterio tenebroso,
 Una idea inmensa, extraña,
 Su fantasía perdida
 Despótica sojuzgaba,
 Y su anhelar infinito,
 Y su flaqueza extremada,
 Y sus locos pensamientos,
 Y deshechas esperanzas,
 Reñían dentro su mente
 Cruda y áspera batalla,
 Y de inquietudes y penas
 Triste campo la tornaban.
 En vano á la luz se abría
 De luz su pupila avara,

Que el resplandor macilento,
 Que en la llanura brillaba,
 Más bien que lumbre de sol,
 Era luz de triste lámpara.
 Solos y oscuros doquiera
 Sus enojos arrastraban,
 Sin música, sin amores,
 Ni amistad, ni confianza;
 Que temblando por sus duelos,
 Cada pecho se cerraba,
 Temeroso de encontrar
 Acaso ironía amarga
 Por solaz á su congoja,
 Y por bálsamo á sus llagas.
 A veces jóven figura
 Lenta las sombras cruzaba,
 Cual ramo puro y frondoso
 Que de solitaria palma
 El huracan del desierto
 Desenfrenado arrebató;
 Mas de su frente marchita
 Las arrugas pregonaban,
 Si nó la vejez del tiempo,
 La vejez de la desgracia.
 Y aún así desaparecía
 Como exhalacion liviana,
 Y los semblantes adustos
 Otra vez tristes pasaban
 De los fantasmas que allí
 Como en su centro moraban,
 Arrastrando en pos de sí
 La postrimera esperanza.

Entónces sentí oprimido
 Palpitar mi corazon
 Atribulado y herido,
 Con tal pena dolorido,
 Y luto y desolacion.

Súbito en la oscuridad
Brilló una luz de consuelo,
Y con suave claridad
Bañó de la soledad
El descolorido suelo.

Y al volver los ojos ví
Dos figuras esplendentes,
Jóvenes y florecientes,
Con guirnaldas de alheli
En las purísimas frentes.

Inocentes y amorosas,
Y abandonadas y bellas,
Reverberaban vistosas
En sus ojos dos estrellas
De esperanza luminosas.

Tímida vírgen divina,
Y cándida y confiada,
Una de ellas, peregrina
Como rosa purpurina
Por Mayo desabrochada.

Por el campo de tristura
Movia la planta leve,
Como los ampos de nieve
Cuando visten una altura
Con su mágico relieve.

Partido el negro cabello
Sobre la frente morena
Y en ondas batiendo el cuello,
Ví un doncel de faz serena
Gallardo, y altivo, y bello.

Y en sus atrevidos ojos
Amorosa llama ardia,
Y en amorosos enojos
De su pasión por despojos
Su pecho se consumia.

Y ví que los dos amantes
Se buscaban con afán,
Inquietos y palpitantes,

Con encendidos semblantes,
Con impaciente ademan.

Y cuando al fin se miraron
Al dulce encuentro corrieron,
Y ciegos imaginaron,
Que ya las dichas llegaron,
Que en sus ensueños fingieron.

¡Ay del triste que confía!

¡Ay de los puros amores!

Yo vi de una huesa fría

Alzarse nube sombría

De mortíferos vapores,

Y atrevida desdoblarse

Entre los jóvenes bellos,

Sobre su frente posarse,

Sobre sus ojos plegarse,

Y consumir sus destellos;

Y convertirse en ceniza

Ví tanto amor y beldad,

Y su pura claridad

Trocarse en nube rojiza,

Que abriga la tempestad.

Llegó la desconfianza

Y mató el amor naciente,

Que en su funeral balanza

No pesa infantil bonanza

Más que la rugosa frente.

¡Pobres jóvenes hermosos!

¡Pobres flores deshojadas!

¡Tornasoles vaporosos

De las tardes abrasadas

De los estíos fogosos!

A los tristes ni siquiera

Les quedaron las memorias

De la niñez hechicera,

Ni una flor, ni una quimera

De sus juveniles glorias.

Vana sombra vacilante

De tanta gloria quedó,
Y su luz pura y radiante
Solitaria se perdió
En la tiniebla distante.

Y solitarios tambien
Los jóvenes caminaron
Sin amor y sin sosten,
Y, en vez de amor, encontraron
Soledades ó desden.

Y se perdieron llorosos
Allá en la confusa bruma,
Como en mares procelosos
Eclipsanse vaporosos
Los encajes de la espuma.

Y entónces yo de aquel sueño
A otro sueño desperté
De más anublado ceño,
Y que en el alma desdeño
Desde que á verlo alcancé.

Y este sueño es el vivir;
Porque vivir es dudar,
Y entre el dudar y el morir
Média un confuso lugar
Que apellidan *porvenir*.

¡Porvenir! ¡dulce palabra
En la aurora de la vida!
¡Mágica tela febrida
Que en su confianza labra
El alma desvanecida!

¡Porvenir! ¡linda vision!
¡Celestial aparicion
De nácar, y oro y carmin,
Que hace sombra al corazon
Con guirnaldas de jazmin!

Mas ¡ah! que al vernos en él
Admirados preguntamos
Por los bosques de laurel,
Por las galas del verjel

Que en la juventud soñamos;
 Y en lugar de sus primores
 Y perfumes y colores,
 Por el lánguido arenal
 De la duda, los rigores
 Sufrimos del vendaval;

Y vuela la flor del alma
 Entre sus alas marchita,
 Y el abandono y la calma
 De la fe, mística palma
 Que en los desiertos habita,

Trocamos por la amargura
 Que nos mina el corazon,
 Y del sol la lumbre pura
 Con insensata pasion
 Juzgamos débil y oscura;

Y vagamos sin consuelo
 Por las tinieblas perdidos,
 De incertidumbre y recelo
 Y pesares combatidos,
 Sin esperanza y sin cielo.

Tal vez nos rie el amor
 Celeste ilusion sin nombre,
 Espejo fascinador
 Que un Eden encantador
 Pinta á los ojos del hombre,

Y corremos desalados
 De sus fulgores en pos,
 Palpitantes y turbados,
 Y ciegos y deslumbrados
 Nos le fingimos un Dios.

Mas presto llega la duda
 Cadavérica y desnuda,
 Y con su mano lo toca,
 Y luego irónica y muda
 Sopla en él con yerta boca;

Y tórnalo espectro feo,
 Y repugnante, y mezquino,

Y cual pueril devaneo
 Disipa el puro deseo
 Que embellecia el destino;
 Y entónces en vez de amores
 Sólo abrigamos despecho,
 Y marchitamos las flores
 Con el aliento del pecho,
 Que es aliento de dolores.

¡Ay de mí! cuánto ha pasado
 Con su prisma engañador
 El fantasma del amor,
 Y ni un reflejo ha quedado
 De su brillo seductor:

Y la postrera esperanza
 Con él se eclipsa también,
 Y queda por todo bien
 La fría razón, que alcanza
 Inquietudes ó desden:

¿Por qué cobardes temblar
 Al acercarse la muerte?

¿Por qué con ánimo fuerte
 Su tiniebla no aceptar,
 Que emancipa de la suerte?

Porque aún dentro de la tumba
 Hay una voz que retumba,
 En el yerto corazón,
 Y que fatídica zumba:
 ¡Duda, desesperación!

UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS.

Yo ví en mi infancia descollar al viento
 De un castillo feudal la altiva torre,
 Y medité sentado á su cimiento
 Sobre la edad que tan liviana corre.
 Joven ya, y pensativo, y solitario,

La misma idea esclavizó mi mente,
Y del desierto alcázar del templario
En los escombros recliné la frente.

Un tiempo ví de lustre y poderío
Escrito en deleznables caracteres,
Porque pasó el honor y antiguo brío,
Como liviana pompa de mujeres.

Pasó porque era puro, y grande y noble,
Y por eso escupió en su frente el mundo,
Que de gloria y virtud corona doble
No sientan bien en su pantano inmundo.

De su pujanza y fama esclarecidas
Algunas cruces quedan conservadas,
Unas por las murallas esparcidas,
Otras en las ruinas sepultadas.

También nos queda un cristalino río,
Que allá en su juventud azul y puro
Velaba con vapores y rocío
El yerto pié de su gigante muro;

Y que hoy, más generoso que los hombres,
Enfrena al paso su veloz corriente,
En homenaje á los pasados nombres,
En homenaje á la olvidada gente.

Esto queda y no más de los blasones
Con que ornaron el mundo los templarios,
Y la yedra y sus lúgubres festones
Son hoy de sus cadáveres sudarios.

Pero flota en los mares de la muerte
Como encantada nave su memoria,
Porque es su nombre levantado y fuerte
Y colosal su portentosa historia.

Quizá sobre la losa de la tumba
Se ostenta el mundo libre y generoso,
Y la verdad sonora al fin retumba
En el silencio del final reposo.

Así dormid en paz ¡oh caballeros!
Dormid en paz el sueño de la muerte,

Graves, y silenciosos, y severos,
Al amparo del mundo y de la suerte.

Porque en el mundo fuisteis peregrinos,
Y lúgubres pasasteis é ignorados,
Y de nieblas vistieron los destinos
Vuestro blason de nobles y soldados.

No alcanzó el mundo su gigante altura
Y os coronó la frente de mancilla...

Dormid en la callada sepultura,
Paladines hidalgos de Castilla;

Que tal vez por su noche tenebrosa
Pasará el sol que iluminó esplendente
La templaria bandera victoriosa,
Que guarecía la invencible gente.

Grandes y puros fuisteis en la vida,
Grandes también os guardará la huesa,
Porque es para una raza esclarecida
Mágico prisma su tiniebla espesa.

Bien estais en la tumba, los templarios,
Porque si abriérais los oscuros ojos,
Y otra vez por el mundo solitarios
De la vida arrastraseis los enojos,

Tanto baldon, y mengua, y desventura
Vierais en él, y tanta hipocresía,
Que la seca pupila en su amargura
Otra vez á la luz se cerraría.

No parece sino que con vosotros
Todo el honor y lealtad llevasteis,
No parece sino que con nosotros
Todo el oprobio y vanidad dejasteis.

Porque en el día irónicos y secos,
Y menguados arrástranse los hombres
Para llenar sus corazones huecos
Del oropel mentido de sus nombres.

Pasó la fe y con ella la inocencia,
Y el candor que doraba vuestros años,
Pasó la dulce flor de la existencia
Cual pasa la niñez con sus engaños.

Hoy las ideas de entusiasmo y gloria
 Ceden el puesto á viles intereses,
 Y crecen en el campo de la historia
 Sobre la tumba del honor cipreses.

Y todo sentimiento generoso
 Vilipendiado rueda por el suelo,
 Y la fuerza, cual bárbaro coloso,
 Vela del mundo el funeral desvelo.

En vez del corazon la mente late,
 Tibia la sangre y pálida circula;
 Si un rey á su nacion lleva al combate,
 Sobre la muerte y destruccion calcula;

¿Dó estan vuestros escudos, caballeros,
 La lanza que en los aires rielaba,
 Los vistosos pendones tan ligeros,
 Que el moribundo sol tornasolaba?

¿A dónde fueron las templarias cruces
 Que un día vió Jerusalem divina,
 Y que bañaban con cambiantes luces
 La arena de la ardiente Palestina?

¿Dó está el batir sonoro de las palmas
 De tantos melancólicos cautivos,
 Que por merced de sus sublimes almas
 Vian del sol los resplandores vivos?

¿Dónde encuentran amparo las mujeres?
 El húrfano ¿dó encuentra valedores?

¿Dó la cabeza los dolientes séres
 Reclinan por descanso á sus dolores?

Poblada soledad es hoy el mundo,
 Pantano que Abril viste de guirnaldas,
 Abismo melancólico y profundo
 Coronado de aromas y esmeraldas.

Por eso vuestras palmas y laureles
 Silbó con su raquitica garganta,
 Y amontonó mentiras y oropeles
 Para borrar vuestra soberbia planta.

Para baldon y vergüenza

La juventud hoy comienza
 Do paró vuestra vejez;
 Mas ¡ah! que en nosotros falta
 Vuestra hidalgía tan alta,
 Y fama, y valor, y prez.

Y falta vuestra inocencia
 Y pundonor, y creencia
 Y religiosa piedad,
 Y vaga el hombre inseguro
 Por el crepúsculo oscuro
 De la duda y vanidad.

Y no hay estrella en sus mares,
 Ni esperanza en sus cantares,
 Ni en su mente porvenir,
 Porque el mundo que le engaña,
 En su corazón empaña
 El espejo del sentir.

Que en la juventud florida
 Bella y desapercibida,
 El ánima virginal
 En busca va de los hombres,
 Fascinada con sus nombres,
 Y su apariencia leal.

Y ángeles ve en las mujeres
 Y amor, y luz, y placeres,
 En la senda del vivir,
 Y por su mágico prisma
 Mira el mundo que se abisma,
 Y piensa que va á dormir.

Y entónces, fuertes caudillos,
 Vuestros ánimos sencillos
 El alma comprende y ve,
 Como en mi dorada infancia
 Vuestra gótica arrogancia
 Cándido y puro alcancé.

Mas ¡ay de mí! los paisajes,
 Los cambiantes y celajes
 De la rica juventud

Son no más lánguidos sonos,
Que arrancan los aquilones
De un amoroso laud.

Porque llega el desencanto
En las noches de quebranto,
Y con su mano glacial
Descorre triste y severo,
El pabellon hechicero,
Fantástico y celestial

De la vida engañadora,
Que con falsa lumbre dora
Las nieblas del porvenir,
Y como encantado velo,
Sobre nosotros un cielo
Despliega de oro y zafir.

¡Pobres dichas juveniles,
Tan lozanas y gentiles,
De tan suave y puro albor!
¿Por qué sois mentira sólo
Y encubridoras del dolo
Del universo traïdor?

¿Por qué la edad de pureza,
De pasion, y de belleza
Nos ha de engañar tambien,
Y robarnos el sosiego,
Y con su aliento de fuego
Quemar la cándida sien?

¡Ay! cuando desencantados,
Náufragos y derrotados,
Pisamos la orilla, al fin,
De sus mares turbulentos
Con celages macilentos
En su nublado confin,

Sin amor, sin esperanza,
Ni gloria, ni bienandanza,
Que allá en su seno se hundió,
Y en lugar de la hermosura,
Y en lugar de la ventura,

Que la juventud soñó,
Vemos arenal tendido,
Y pálido y desabrido,
Que es forzoso atravesar,
Sin árboles ni verdura,
Sin una corriente pura
Donde la sed apagar.

¿Qué es lo que entonces encierra
La desnuda y seca tierra
De esperanza y de placer?
¿Qué visiones luminosas,
Infantiles y vistosas
Pueden ¡ay! aparecer?

Aparecen amarillos
Sin fosos y sin rastrillos,
Centinelas ni pendon,
Vuestros alcázares nobles
Con reminiscencias dobles
De hidalguía y religion:

Monumentos inmortales,
Que envueltos en los cendales
De verde yedra se ven;
Islas que en el mar de olvido
Con ademan atrevido
Levantán la antigua sien;

Maravillosas historias,
Y magníficas memorias
Quedan y templaria cruz,
Que despiertan las campanas
Melancólicas ó vanas,
Que cantan la última luz.

Y entonces el alma sueña
Con una voz halagüeña
Entre el ruido mundanal,
Por más que sea muy triste
Ver que solamente existe
En la noche sepulcral.

LA NUBE BLANCA.

Sus alas de azul y de oro
Tendió el ángel de la noche;
Baña el rocío en su lloro
De la flor dormida el broche
Cabe el arroyo sonoro.

No asoma tibia la luna
Al horizonte encendido,
Que alumbra un mundo dormido
En los sueños de la cuna,
Por los espacios perdido.

Leve escala
El limpio cielo
Blanca nube,
Y su velo
Rico en gala,
Como el ala
De un querube,
Por un céfiro
Suavísimo
Impelido,
Corre plácido
Y fantástico
Sobre sus alas tendido.

Ora tímido,
Amoroso,
Alguna estrella
Envuelve súbito:
Ora calado y vistoso
En prisma mágico
Torna su luz
Viva, rutilante y bella,
Cual bajo un manto andaluz
De ojos negros la centella.

Y en espuma blanda y suave
 Flotar deja el corazon
 Errante meditacion,
 Cual flota de triste nave
 Sobre el mar el pabellon.

Que no con franjas de plata
 Va á guarnecerla la luna,
 Ni allá en su seno retrata
 Roja tinta de escarlata
 Del sol la luz importuna.

Es pálida y solitaria
 La melancólica nube;
 No cual pasion temeraria,
 Sino cual tierna plegaria
 A la azul bóveda sube.

¿De dó salió su vapor
 Que salió tan virginal?
 ¿Formó de un primer amor
 El ensueño encantador
 Su trasparente cendal?

El aroma de un harem
 Ardiendo en pebetes de oro
 Formarla pudo tambien;
 Pero es vírgen su tesoro
 Como una flor del Eden.

Si una lágrima formó
 Su tersa frente de armiño,
 La lágrima fué de un niño,
 Que al despertar se encontró
 Solitario y sin cariño.

Ella tan cándida y pura
 Es un suspiro tal vez
 De ignorada desventura,
 Que del mundo la altivez
 Abandona por oscura.

Blanca nube peregrina,
 Tú la reina del misterio,
 Tú cuya frente domina

De los aires el imperio,
 Tan vagarosa y divina;
 ¡Oh! yo quisiera saber
 El enigma que tú encierras;
 Muriera por conocer
 Esas encantadas tierras
 Que te miraron nacer.

En las riberas del Ganges
 Me figuro yo tu cuna,
 Entre moriscos alfanges
 Que reverberan la luna
 En las espesas falanges.

Sueño que una peri el velo
 Perdió del Indo en la orilla,
 Y un céfiro en blando vuelo
 Al azul del vago cielo
 Fué á colgar la maravilla.

Te sueño perdida esencia
 De desconocidas flores,
 Meditacion de inocencia,
 El genio de los amores
 Que embalsaman la existencia.

O sueño en ti la morada
 De algun espíritu triste,
 Que con el alma turbada
 Busca la patria adorada,
 Y con la esperanza existe.

Y cuando el alma oprimida
 Torva pesadumbre aqueja,
 Quebranta la dura reja
 De su cárcel denegrida,
 Y de este mundo se aleja.

Que tú, nube, puedes ser
 Tambien de melancolia
 Desventurado placer,
 Hermoso á la fantasía
 Como las dichas de ayer.

Porque el arpa de Ósian,

De la Escocia entre la bruma,
 Pudo alzarte con su afan,
 Cuando el torrente y su espuma
 Miraba en triste ademan:

Y quizá en ti de Malvina
 Vido el flotante ropaje,
 Y á Fingal en tu celaje,
 Pensativo de una encina
 A la sombra del ramaje;

Que la tristeza del Norte
 Tambien refleja tu frente,
 Si lánguida y falleciente
 Y en indeciso recorte
 Te acercas al occidente.

Y allí yo triste te sigo
 Como seguí á mi esperanza,
 Y allí al morir te bendigo,
 Porque he mirado contigo
 Paisajes de bienandanza.

Pero, ¿por qué morir, nube apacible,
 Tú de dulce y suavisimo arrebol,
 Tú que, á fuer de inocente y bonancible,
 Gracia y amor hallaras ante el sol?

Con esa frente plácida y serena,
 Con esa blanda y apagada luz,
 ¿Cruzas tambien el mundo de la pena,
 Envuelta de la muerte en el capuz?

Si eres una esperanza para el suelo
 ¿Cómo la muerte te arrebatara así?
 ¡Misero aquel que hallaba su consuelo.
 Sólo en mirar en este mundo á ti!

Yo sin amor, perdido por el mundo,
 Que mi amor al sepulcro acompañe,
 Que solitario en mi dolor profundo
 Veo la tumba donde fijo el pie;

¿Dó volveré los anublados ojos,
 Cuando pase tu encanto sin color?

¿A quién iré á mostrarle los despojos
 De mi desventurado y puro amor?
 ¡Nube serena! ¡reina del misterio!
 ¡Prenda de un melancólico placer!
 Tú que me ves en triste cautiverio,
 Casi envuelto en las sombras del no ser:
 Cuando cruce tu esencia disipada
 De los cielos el místico confín,
 Busca el amor marchito de mi amada
 Cabe las azucenas y el jazmin;
 Y dile que en el mundo sin ventura
 Se arrastra mi doliente juventud,
 Y en largo paso hácia la sombra oscura
 Marchando voy del lúgubre ataud!

MEDITACION.

¿Qué se hicieron las gotas de rocío
 Que orlaban tus verjeles, juventud,
 Cuando el naciente sol en el estío
 Brotaba á mares inmortal salud?
 Yo he buscado la flor de tus praderas,
 La flor que mis cantares escuchó:
 Su cáliz no embalsama tus riberas,
 Su corona el torrente se llevó.
 Y era la flor tan delicada y pura,
 Y era mi amor tan tierno y juvenil,
 Que imaginaba eterna su frescura
 Y eternas las auroras de su Abril.
 El alma nueva y virgen todavía
 Creía en la inocencia y el placer,
 Y la risa de un ángel entendía
 En la risa mirar de una mujer.
 ¡Cuántas entónces mágicas y bellas
 Ante mis ojos deslizarse ví,

Como una noche azul con sus estrellas
Purísimas y limpias para mí!

¡Cuántas veces soñaba en mis delirios
Las encantadas islas del amor,
La playa orlada de fragantes lirios,
Sus campos de esmeralda en el color!

¡Cuántas veces cruzaba solitario
Sus llanuras de rosas y jazmin,
Y el corazon amante y temerario
Llegaba de los cielos al confín!

Los espíritus blancos de esperanza
Sus alas detenían en mi sien,
Y allá hacía el fin de misteriosa andanza
Los pájaros cantaban del Eden.

¡Trémula luz de la esperanza mia!
¿Dónde fué tu suavísimo arrebol?
¡Isla que vió mi jóven fantasía!
¿Qué se hicieron tus bosques y tu sol?

Una mujer cruzó por su pradera
Y ya ni flores ni praderas ví;
Meció el aura su negra cabellera,
Y fué la diosa de mi amor allí.

¡Cuán bella mis sentidos la juzgaron!
¡Cuán pura la juzgó mi corazon!
Mis ojos en sus ojos se enclavaron,
Y yo la amé con inmortal pasión.

Y á aquel amor los cielos se le abrian
Como al alba las rosas del verjel,
Y las noches calladas escondían
Acentos misteriosos para él.

¡Oh! la vida era dulce así pasada;
Hermoso fuera entónces el morir,
Y llevar un suspiro de mi amada
A los inmensos campos de zafir.

Ora sombrío, errante por el suelo,
Sin más amor que la pasión de ayer,
Ni aguardo las auroras del consuelo,
Ni busco el corazon de otra mujer.

¡Oh! la que el alma como siempre adora,
 La virgen que encantó mi juventud,
 ¡Cuánta imágen luciente y seductora
 Disiparse miró con su inquietud!

Mi amor pasó como nocturna sombra;
 Yo su hoguera en mi pecho sofoqué:
 Y hollóle el mundo como vil alfombra,
 Y á un desierto mis lágrimas llevé.

Ella tambien lloró en sus soledades;
 De sus mejillas se apagó el carmin,
 Y sólo vió lucientes claridades
 En las alas del blanco serafín.

Todo pasó, mujer bella,
 Con los sueños de mi amor;
 Todo lo secó mi huella
 De tu frente de doncella
 La alegría y el fulgor.

Hermosa del alma mía,
 Tú serás siempre mi bien:
 ¿A quién adorar podría
 Yo que miraba algun día
 Tu pura y cándida sien?

Yo empañé tu corazon
 Con las nubes de pesar
 De una perdida pasion;
 Yo nunca te acerté á dar
 De esperanza la ilusion.

Relámpagos pasajeros
 En lugar de sol te dí,
 Flor de tumbas te ofrecí;
 Virgen de ojos hechiceros,
 ¡Oh! dime ¿por qué te ví?

En las noches de tristura
 Cuando piensas en mi amor
 Con dulcísima locura,
 ¿Hay un eco bienhechor
 Que responde á tu amargura?

¿Cruzan ricas mariposas
 Las lagunas solitarias?
 ¿Miras vírgenes dichosas,
 Que murmuran sus plegarias
 Enamoradas y hermosas?
 Melancólica belleza
 Que lloras cual yo tu amor,
 Quizá guarde la tristeza
 Misterios á tu pureza
 Y á sus formas dé color?

Este es el don que yo alcancé á ofrecerte,
 Las músicas son estas de mi amor;
 Misterios ¡ah! de soledad y muerte,
 Imágenes confusas de dolor.

Rotas están las cuerdas de mi lira,
 No quiero más fantasmas de placer:
 Que del vivir las glorias son mentira,
 Más valen las verdades del no ser.

Flota el alma en el mar de la amargura
 A merced de un horrísono huracan...
 ¡Huid, sombras mentidas de ventura,
 Otros cual yo también os amarán!

Dejadme aquí morir abandonado
 Lúgubre y solitario cual viví:
 Despacio lata el corazón cansado,
 La tumba escucho qué me llama á sí.

¡Oh! si á lo menos ella suspirara
 Errante en las orillas de la mar,
 Si mi postrer aliento al fin llegara
 En su pálida sien á susurrar;

muriendo llevaria una esperanza
 Y me fuera dulcísimo el morir,
 Y adivinara gloria y venturanza
 De la huesa en el negro porvenir.

Pero si la esperanza es la ventura,
 ¿Por qué venturas mágicas soñar?
 Doblaráse mi frente sola oscura,

Nadie vendrá en mi túbulo á llorar!

Y el corazon me dice en su agonía:

«Naciste para amar y ser feliz,
Tú eres la sola flor á quien no envía
Ni el aura arrullo, ni la luz matiz.»

¡Oh! morir solo en ignorada tierra,
Yo que amor tuve y cariñoso hogar,
Yo que miré de la gigante sierra
Las aguas de mi patria resbalar!...

Tal ha sido la estrella desdichada
Que mi destino presidió al nacer:
Duerme mi amor al borde de la nada,
Mis glorias son como la luz de ayer.

¡Ay! aunque al espirar por vez postrera
Escuche yo el cantar del ruiseñor,
Que al empezar mi juvenil carrera
Entonaba las trovas de mi amor;

Esparcirá desenfrenado el viento
Las notas de su mágico laud,
Y no ha de oír su dolorido acento
La virgen de mi pura juventud!

LA MARIPOSA.

(Recuerdos de la infancia.)

Mariposa, mariposa,
Que das al viento gentil
De tus alas de oro y púrpura
El espléndido matiz,
Que, veleidosa y ligera,
La tímida flor de Abril
Besas, y al punto abandonas
Indiferente ó feliz,
Tú deslumbraste mis ojos

Desde el punto en que te ví,
Y fuiste la maravilla
De mi embeleso infantil.
Cegáronme tus encantos
Y entónces en pos de ti
Vagué por valles y montes,
Atropellando el zafir
De la fuente solitaria,
En que encendido alhelí
Reflejaba su corona
De arrebolado carmin.
Por ti de los verdes prados
Hollé el vistoso tapiz,
Por ti la esbelta azucena
Con su frente de marfil
En mi carrera afanosa
Desatentado rompí,
Y su cáliz de perfumes,
Y su gala juvenil
A los piés del caminante
Sin compasion esparcí.
Y tú siempre vagarosa
El aire hendias sutil,
Con tu gala envanecida,
Sin escuchar ni sentir
Las inocentes plegarias
De mi niñez infeliz,
Que en fuerza de tu desden,
Empañó con su gemir
El cristal puro y luciente
De su rico porvenir.
Vano fué el blando cabello
Rizado en sortijas mil,
Vana la frente apacible
De pura rosa y jazmin,
Vanos los ojos azules
Y su cándido lucir,
Vana tambien mi pureza

De celeste serafín.
 Mariposa, mariposa,
 Flor de un aéreo pensil,
 Hoy que la infancia ha pasado,
 Bien te comprendo, ¡ay de mí!
 Cayó el mágico cendal
 Con que vendado viví,
 Y pude mirar el mundo
 Desencantado por fin.
 Harto entónces tu leccion
 En la amargura aprendí,
 Viendo que bello fantasma
 En la senda del vivir
 Tendias las ricas alas
 Para esconderme la lid
 Que me guardaba la vida
 En su lejano confín.

¡Pobre niño; qué inocente
 Cerré sin dudar los ojos,
 Con la esperanza en la frente!
 ¿Por qué no via la mente
 De las flores los abrojos?
 ¿Por qué sin faro, ni estrella,
 Cruzas el mar de la vida,
 Juventud, pobre doncella,
 En sueños de amor perdida,
 Cándida, inocente y bella?
 ¿Por qué va tu corazon
 Como los aires abierto?
 ¿No temes que tu ilusion
 Desvanezca el aquilon
 Del arenoso desierto?
 Cuando á vivir nos lanzaste,
 Criador del ancho mundo,
 ¿Cómo, di, no reparaste,
 Que en la noche nos dejaste
 De desamparo profundo?

Si era ley el pelear,
 ¿Por qué en vez del flaco pecho,
 No nos pusiste espaldar
 De diamante, en que deshecho
 Fuera á estrellarse el pesar?

Porque al fin es el vivir
 Encarnizada contienda,
 Y solamente al morir
 Cae de los ojos la venda
 Que robaba el porvenir.

Mas de nuestro desvarío
 ¿Quién tiene la culpa, quién?
 Tú no la tienes, Dios mío,
 Que no está el cielo vacío,
 Ni sin flores el Eden.

Si, á despecho de tu amor,
 En pos corre el hombre loco
 De un fantasma seductor,
 Deshojando poco á poco
 De su inocencia la flor;

Si á pesar de las lecciones
 Que por el mundo esparciste,
 Acallan sus ilusiones,
 Devaneos y pasiones
 La conciencia que le diste,
 ¿Quién tiene la culpa, quién?
 De sus pesares y duelo
 Si allá en la senda del bien
 A mengua tuvo el consuelo
 Y le apartó con desden?

¿Por qué imagina atrevida
 El alma desvanecida
 Perpetua la primavera,
 Sólo con verla ceñida
 De su guirnalda hechicera?

¡Ay! Dios abrió el ancho mundo
 Como un libro á nuestros ojos,
 Y eran tantos los enojos,

Las asperezas y abrojos,
 En el volúmen profundo,
 Que sólo nuestra demencia
 Pudo mostrarnos en él
 Bosques de mirto y laurel,
 Y músicas é inocencia
 En encantado verjel.

¡Mal haya quién como yo
 Tuvo un aviso del cielo,
 Que insensato despreció!
 ¡Mal haya aquel que buscó
 Paz y contento en el suelo!

Que no en vano, mariposa,
 Delante de mi volabas,
 Porque tú representabas
 Profecía misteriosa,
 Que á mi vista desplegabas.

Fantasma de la ventura,
 Cual ella rica y brillante,
 Cual ella galana y pura,
 Mas á par suyo inconstante,
 Loca, falaz é insegura;

¿Por qué los ojos no abrí
 Para verte sin pasion?
 ¿Por qué insensato perdí
 Mis alegrías por ti
 Y la paz del corazon?

Cuando en la fuente bebias,
 Cuando libabas las flores,
 Cuando en el viento esparcias
 Hechizos y bizarrias
 De tus alas de colores;

Cuando entre sombra y verdura
 Ibas á perderte errante,
 Y á gozarte en la frescura
 De la selva susurrante
 Bajo su bóveda oscura;
 Y luego volvias loca,

Batiendo las alas bellas,
Festivo enredado en ellas
El céfiro que destoca
Mariposas y doncellas,

¿Por qué me dejé engañar
De tanta pompa y belleza?
¿No pude ¡ay de mí! pensar
Que esta gala, esta pureza,
No era cosa de alcanzar?

Mas si en los juncos posada,
Que orlaban la pura orilla
De la espumosa cascada,
De los ojos maravilla,
Mostrábaste columpiada,

Y allí al parecer dormida,
Me convidaba tu encanto,
Tu vestidura florida
Y tu arrebolado manto
A tender mano atrevida,
¿Qué mucho que al fin cediera
A tan rosada ilusion?
¿Qué mucho que el corazon
Apresurado latiera
Con la mágica vision?

Mas por necio ó por liviano
Frustrábase mi deseo,
Que era necio, bien lo veo,
Fiar el contento humano
De tan frágil devaneo.

Porque eras tú mi fortuna,
Y volabas por ser mia,
Y aún tan menguada alegría
Larga tal vez é importuna
Juzgaba la suerte impía.

Crucé los brazos al fin,
Dejé caer mi cabeza,
Y en nebuloso confín
Perdiéronse con presteza

Tus alas de serafín.

Entónces reflexioné
Y en tu oscura profecía
Melancólico pensé:
Mas, ¡ay de mí! que tardía
La meditacion ya fué.

Tardía, sí, que volaron
Mis ilusiones contigo,
Y solamente quedaron
Incertidumbres conmigo,
Que mi vida emponzoñaron.

Mariposa, mariposa,
Si hay en el mundo otros niños
Con frente de nieve y rosa,
De cabellera sedosa,
Puros y blancos armiños,

Ten con ellos más piedad
Que la que yo te debí,
Porque es inhumanidad
Ir á deshojar así
De la inocencia la edad;

Y si á mi vista apareces,
No me recuerdes tus daños,
Sino mis cándidos años,
Y mis inocentes preces,
Y mis dichosos engaños,

¡Ay de mí! porque mi gloria,
No está, no, en el porvenir,
Ni en su dudoso lucir:
Sólo para mi memoria
Hay un cielo de zafir.

LA MUJER Y LA NIÑA.

(En el álbum de una señora.)

LA NIÑA.

Yo ví por mayo las flores
 Muy galanas,
 Sobre el tallo alzarse ufanas,
 Y cantar los ruiseñores
 Sus amores
 En purísimas mañanas;
 Y ví también aguas puras,
 Bulliciosas,
 Por la pradera seguras,
 Yervas besando olorosas;
 Ví las rosas
 En guirnaldas de verduras.
 Niña de escasos abriles
 Ví también;
 Ví que era el mundo un eden,
 A sus ojos infantiles;
 Juveniles
 Los albores de su sien.
 Y la niña se paraba,
 Y á las flores
 Decía: «mostrad colores:»
 Y en seguida las besaba,
 Y contemplaba
 Su rico cáliz de olores.
 Y luego al agua decía
 Que sonora
 Con plata murmuradora
 Por entre flores huía:
 «Agua mía,
 ¿No es verdad que soy tu aurora?

»¿No es verdad que tus cristales
 Destrenzados
 Pintarán siempre corales
 De mis labios encarnados,
 Sin cuidados,
 Cándidos y virginales?»
 Y el agua en tanto corria,
 Y las flores
 Al aire daban olores,
 Y la niña sonreía;
 Que no vía
 Desengaños ni dolores.

LA MUJER.

Algunos años pasaron,
 Y el enero
 Cubren con manto severo
 Las flores que perfumaron
 El sendero
 Que las vírgenes cruzaron.
 Carámbanos aprisionan
 Las corrientes,
 Que bulliciosas é hirvientes
 Quizá de libres blasonan:
 Ya no entonan
 Sus sílfides transparentes
 Trovas de amor
 Apagadas, fallecientes
 De dulcísimo rumor.
 Pálida está una mujer
 Contemplando
 Tal desmayo y suspirando:
 Las visiones del placer
 Fueron ayer;
 Hoy las contempla llorando.
 Y así la triste decia
 Mientras su llanto corria:
 «Espíritus de las flores

Esplendentes;
 Arroyos que ibais lucientes
 Coronados de vapores,
 De colores,
 Tan bellos y transparentes;
 Mis imágenes pueriles
 ¿Dónde están?
 ¡Sueños cabe el arrayan
 En encantados pensiles!...
 ¡Mis abriles
 Son hoja en el huracan!
 Tambien vosotras viudas
 Flores bellas,
 Como apagadas estrellas,
 Estais dolientes y mudas,
 Y desnudas
 De vuestras suaves centellas.
 Pero al fin llegará Mayo
 Cariñoso,
 Y con el seno oloroso
 Os alzareis del desmayo;
 Tibio rayo
 Os dará el sol caluroso.
 Y otra vez vistosas galas
 Y primores,
 Tendreis y vagos albores,
 Y los pájaros cantores
 Con sus alas
 Os han de acariciar, flores.
 Y vosotras correreis,
 Aguas puras,
 Cantando nuevas venturas,
 Porque libres cantareis;
 Y vereis
 Sólo en mi frente amarguras.
 Pero mi amor que pasó,
 Que murió ya,
 ¿Quién, ¡ay! me lo volverá?

¡Llórele en las aguas yo,
Que murió,
Que ya nunca tornará!

.....
.....
.....

Era la niña el ángel que del cielo
Cayó, pero que aún vaga entre las nubes:
Es la mujer el ángel en el suelo,
Que recuerda el amor de los querubes.



À LA MEMORIA DEL CONDE DE CAMPO ALANGE.

(Á mi amigo D. José de Espronceda.)

Aún otra vez, callada lira mía,
Aún otra vez el himno de los bravos
Pueble el silencio de la noche fría
Y hiele el corazón de los esclavos.
¡Campo Alange! ¡perdon! sombra gloriosa,
Perdon para el cantor de los pesares,
Si en tu corona de laurel hermosa
El eco va á morir de sus cantares.

No es de dolor el himno que te canto,
No es de tristeza tu inmortal memoria:
Mengua fueran palabras de quebranto
Sobre esa tumba que selló tu gloria.

Mis trovas serán trovas de esperanza,
Como en Grecia los himnos de Tirteo,
Voces de libertad y confianza
Que retumben allá en el Pirineo.

¡Oh! yo he cantado un pueblo sin ventura,
Y noble indignación tronó en mis labios,
Cuando le vi sumirse en la amargura,
Perdido por los reyes y sus sabios.

A ti que como bueno pereciste,
 A ti tambien te cantará mi lira:
 Mártir hermoso de los libres fuiste...
 Mártir hermoso, tu virtud me inspira!

Cuando tronó el cañon en el Escalda
 Y el pendon tricolor flotó en Amberes,
 Marchitando en la sien de mil mujeres
 Del amoroso mirto la guirnalda:

Y al son de fulminante artillería
 Tu espíritu iba en pos de ardiente bomba
 Que con fragor horrísono crujía,
 Como en la mar la temerosa tromba:

¿Viste la libertad cruzar el viento,
 Flotante con su blanca vestidura,
 Perderse en el azul del firmamento,
 Y aparecer allí radiante y pura?

¿La viste sonreírte y con el dedo
 Mostrarte en encantada maravilla,
 El alcázar antiguo de Toledo,
 La morisca Giralda de Sevilla?

Y te dijo quizá: «Dulce es mi cuna,
 Al pié de los naranjos columpiada:
 Dulce es oír á la serena luna
 De un bandolin la música pausada.

Dulce es ver de mis hijos las falanges,
 Palpitar de Padilla á la memoria...
 Yo templaré en el Tajo sus alfanges,
 Los llevaré á los campos de la gloria!»

Y en tu fervor postrado allí de hinojos
 Le dijiste: «Seré tu caballero!
 Dulce será en la llama de tus ojos
 Los míos enclavar si acaso muero.»

Y guardaste tu fe dentro del pecho,
 Como la fe de tu primer amor.
 Y flotaron en torno de tu lecho
 Imágenes de fama y de esplendor.

La libertad cumplió su profecía,

Y su pendón se desplegó en los llanos,
Y allá en los montes, la bandera impía
Se desplegó también de los tiranos.

Y del Tajo corristes á la orilla;
En él templó la libertad tu espada,
Te llevó de la mano por Castilla,
Y te dejó en su hueste denodada.

Tú del poniente sol á los vislumbres,
De una reina sublime en ademan,
La contemplaste en pie sobre las cumbres
De los gloriosos montes de Arlaban.

Gigante allí se apareció á tus ojos,
La sien orlada de un laurel celeste,
Hollando del esclavo los despojos,
Y de las selvas en la pompa agreste.

Y te habló en una lengua misteriosa,
Dulce como el aplauso de la fama,
Y engalanó tu frente generosa
Rico trasunto de su viva llama.

Tú, por su amor, intrépido lidiabas,
Tu corcel iba en pos de sus banderas;
Y otro Arlaban tal vez imaginabas
Del cántabro océano en las riberas.

Los hijos de los libres combatían
De la inmortal Bilbao sobre los muros:
Los hijos de los siervos sucumbían
Dentro del foso reluchando oscuros.

Cuando miraste la ciudad triunfante
Destacarse en lo blanco de la nieve,
Y del vapor de la neblina errante
Desparecer, debajo el manto leve;

Te soñaste cruzado de la gloria,
Y otra Sion fingistes esplendente,
Y las trovas del Taso tu memoria
Cruzaron en tropel resplandeciente.

Y era con todo la ilusion divina
Tu postrera ilusion sobre la tierra;

¡Blanca nube de forma peregrina
Que deshacen los vientos en la sierra!

¡Tú herido allí por una bala oscura
La vispera gloriosa del *mañana*
En que del monte ceñirá la altura
El humo del combate de Luchana!

¡Morir y no morir en la pelea,
Cuando al ronco cañon se enciende el alma,
Y pecho juvenil parar desea
Junto á la sombra de triunfante palma!

.....
Tu vista entónces se volvió á los cielos
Empañada en vapor de amarga duda...
La libertad cruzaba con sus velos
Las nubes pardas para darte ayuda.

No era el ángel que viste en el Escalda,
Ni la diosa que en bélico ademán
Del occidente en la encendida gualda
Se apareció en las crestas de Arlaban.

Era la madre que sus hijos llora,
Era la vírgen que perdió su amor,
Y en quien de un cielo la esperanza dora
Las tinieblas confusas del dolor.

Besó tu frente y con amor te dijo:
«Bellos fueron tus días en la tierra,
Bellos serán entre las nubes, hijo,
Do te aguardan los héroes de mi guerra.

»Ya no verán los soles de mi gloria
De tu sable el relámpago brillar,
Ni llenará más páginas la historia
Con tu caballeresco batallar.

»Mas eres mártir de una santa idea,
Blasones y poder por ella diste...
Tú mi arcángel serás en la pelea,
Pues caballero de mi causa fuiste!»

Y tus ojos entónces se cerraron,
Tu alma cruzó los campos de la luz,
Y los fuertes guerreros sollozaron

De tu glorioso túmulo en la cruz.

Hoy que tus alas cubren las enseñas
Que tu brazo otro tiempo defendía,
Y en el silencio de enriscadas breñas
Te muestras á mi ardiente fantasía;

Hoy te pido un cantar de fortaleza,
Que truene por los ámbitos de España,
Rico en vigor, espléndido en braveza,
Rugido de un leon en la montaña.

Ven, muéstrate á los ojos de los libres,
Que con adoracion dicen tu nombre,
Ora el acero ensangrentado vibres,
Ora te cerque tu inmortal renombre:

Y en tanto que en su mente entusiasmada
Eco lejano del cañon retumba,
Diles con voz sublime y levantada,
Grave con el reposo de la tumba:

«¡Himnos sin fin á la guerrera lira!
Su voz esparza por el mundo el viento!
¡Himnos sin fin! ¡la libertad no espira,
Porque no muere el sol del firmamento!

Madrid 8 de Noviembre de 1858.

LA VOZ DEL ÁNGEL.

¿Por qué el corazon palpita
Si cruza el viento tu voz?
¿Por qué dulzuras medita,
Si es el placer tan veloz
Que apenas la mente agita?
¿Escuchará en ese acento,
Ecos de un placer perdido,
De algun perdido contento,
Que á la orilla del olvido

Yace oscuro y macilento?

Pájaro de triste pluma,
De pico arpado y sonoro,
Que cantas entre la bruma;
Vagos cual marina espuma,
Son tus himnos ó tu lloro.

Vagos son como son vagas
Esas tiernas ilusiones
Con que el corazon halagas;
Son, señora, tus canciones
Como el cantar de las magas.

¡Oh! tú cantaste quizá
Bajo otro sol que perdiste...
De aquellas trovas ¡qué hiciste,
Que tu voz sonando está
Tan apagada y tan triste?

No tan pura la escuchaba,
Pero más alegre sí,
Cuando el pecho palpitaba,
Cuando era el ánima esclava
De mi amante frenesi!

Cruzaba entónces el viento
Esa voz blanda y sonora,
Celebrando seductora
El alba de mi contento,
Del amor mio la aurora;

Que no es acento mortal
El que vibra en tu garganta;
Es de una patria ideal
Recuerdo que se levanta
Del cielo al azul cristal.

Y en mi dulce adolescencia
Entre los aires la oía,
Y la paz de la inocencia
A mi amorosa demencia
Dulcísima prometía.

Cantaban los ruiseñores
A la antorcha de la luna

Mi pasión y sus amores,
 Como en perfumada cuna
 Del almendro entre las flores.

Y entónces la voz callaba
 Y los dejaba trinar,
 Y solamente cantaba
 De la aurora al despertar,
 Y sus trovas eclipsaba.

Talisman de la ventura
 Era la voz para mí,
 Y esperanzas y hermosura,
 Y músicas y ternura
 Con sus encantos perdí.

Calló la voz, huyeron mis amores,
 Pálida y turbia amaneció la aurora;
 Y lámpara fué el sol de mis dolores,
 Que en luz del duelo el porvenir colora.

Yo de mi patria abandoné los montes
 Por esa soledad que llaman mundo,
 Y la luz de los nuevos horizontes
 No iluminaba mi dolor profundo.

Que un recuerdo dulcísimo moraba
 Como un astro de paz en la memoria,
 Y yo la voz en mi ilusión buscaba,
 Que sonó al par de mi amorosa gloria.

Por fin la ví como en un tiempo hermosa,
 Como en un tiempo delicada y pura,
 Mas triste como estrella nebulosa,
 Como un eco lejano de ternura.

Y era tu voz, señora, que poblaba,
 Un teatro de célica armonía,
 Y era tu voz que á un pueblo sojuzgaba,
 De todo un pueblo el corazón hería.

Tanta luz y esplendor, tantos colores,
 Músicas, y perfumes y mujeres,
 Ricas en esperanza y en amores,
 Bellas como son bellos los placeres;

Nada miró mi mente embebecida
De tanta hermosa aparicion de gloria,
Que recordaba entónces dolorida
Las auroras brillantes de mi historia.

Volví á soñar su luna y sus estrellas,
Volví á soñar el cándido amor mio,
Y de mi patria las praderas bellas,
Y el manso murmurar del claro rio.

Pero tu voz sonaba misteriosa,
Apagada, tristísima y doliente,
Y extendia una nube tenebrosa
Sobre el ensueño mágico y luciente.

¿Qué se hicieron tus encantos de alegría,
Ángel ó fada ó pájaro dichoso?
¿Qué fué tu abandonada melodía,
De tu esperanza el porvenir vistoso?

Di: cuándo yo perdí mi amor primero,
¿Perdiste tú la libertad y calma,
Tu asilo venturoso y placentero
De los desiertos en la verde palma?

Tus alas de encendida mariposa
Con que cruzabas el sereno ambiente,
¿Huyeron con la nube luminosa
Que de mi amada coronó la frente?

Tú cantas una patria que perdiste,
Y yo un amor lamento que he perdido:
De mi laud el ébano es tan triste
Como tu melancólico gemido.

Que yo soy el cantor de las ruinas,
Cantor de las memorias de dulzura;
Tú mis pasadas glorias iluminas,
Espiritu de plácida tristura.

Y en ti contemplo el ángel desterrado
Que el amor celebró del ángel mio,
Y en el trágico fin ha suspirado
De mi crédulo y tierno desvarío.

Ya que pasas errante por el suelo,
Cántanos los misterios de las nubes,

Y las venturas del perdido cielo,
Y el purísimo amor de los querubes.

Canta, señora, en la enlutada tierra,
Y cura los partidos corazones:

Tú no sabes el bálsamo que encierra
El eco de tus lánguidas canciones.

¡Oh! para acompañar su voz divina
Desenterrad el arpa de Osian:

Bardos, al pie de solitaria encina
De ciprés coronadla y arrayan.

Y allí la escuchará mi mente inquieta
En su cantar de gozo y de dolor:
Ronco está mi laud... ¡ay del poeta
Que no acompaña al ángel del Señor!

Á BLANCA.

Dulcísima niña de labios de rosa,
De frente serena, de blando mirar,
Tan pura y lozana, tan fresca y hermosa,
Galana en tu talle, galana en tu andar;

Tus húmedos ojos rasgados y claros
Brotar esperanzas y vida se ven,
Que son tus dolores mentidos ó raros,
Y vuela un espíritu en torno á tu sien.

Espíritu hermoso de dulces caricias,
Espíritu hermoso de glorias y amor,
Que blandas sacuden sus alas delicias
Con vaga armonía y eteréo rumor.

Que es, Blanca, tu hermano el espíritu suavè
Que inunda tu alma de luz y placer:
Si él tiene las alas y el canto del ave,
Tú tienes el alma de niña y mujer.

El alma de niña bellísima y pura
Que cándida vuela de rosa en jazmín;

El alma que en jóven mujer se figura
Flotar entre nubes de grana y carmin.

¿Qué es, dime, la vida delante tus ojos?

¿Qué son las desdichas que el ánima ve?

Matrices del alba cambiantes y rojos,

Ó lánguido arroyo que besa tu pié.

Dulcísima niña que adora mi alma,

¡Oh! siempre los cielos te guarden tu bien,

Tu paz, tu inocencia, tus juegos, tu calma,

Y el ala del ángel que ampara tu sien.

¡Pluguiera á los cielos que siempre pequeña

Mirases los días cual flores pasar!

¡Pluguiera á los cielos tu boca risueña,

Tus labios carmíneos por siempre guardar!

Si hoy juegas y ries, ¿qué importa mañana?

¿Traeráte otro día más gloria y placer?

Tan sólo, ángel mio, desdicha temprana,

Perdidos amores de triste mujer.

Hoy juntas las manos y ruegas al cielo

Por hombres que solos y lúgubres van;

Quizá solitaria y oscura en tu duelo

Mañana le pidas consuelo en tu afán.

Tambien, criatura, yo fuí un día niño

Y tuve inocencia, caricias y amor;

Mas hoy de una madre tan sólo el cariño

Endulza mis noches de insomnio y dolor.

Relámpago leve de tanta ventura,

De tantos ensueños quedó para mí...

¡Dichosa ignorancia, perdida hermosura!

¿Dó fué su celaje de nieve y rubí?

Mas si pasa la edad de la inocencia,

Cual trémulo vapor sobre los mares;

Si entónces sólo es bella la existencia,

Y pueblan sus jardines mil cantares;

¿Para qué amontonar sobre tu frente

Tan lúgubres y oscuras profecias,

Cuando va de tu vida la corriente

El cielo azul pintando de tus dias?

Siéntate en las orillas de los rios,
Y canta, hermosa, tus abriles bellos:
Bajo sus sauces verdes y sombríos
Floten sobre la espalda tus cabellos.

Mira correr sus transparentes olas
Sin pensar que se arrastran á la muerte,
Y corona tu frente de amapolas
Sobre la roca solitaria y fuerte.

Oye encantada el canto de las aves
Errante en las florestas silenciosas,
Do sonoras, altísimas y graves
Desplómanse cascadas espumosas.

Y piensa en los placeres de la vida,
Porque es la vida para ti un placer,
Y entre las flores yace adormecida
Con los recuerdos plácidos de ayer.

Porque pasa la edad de la inocencia
Cual trémulo vapor sobre los mares,
Y empaña la fogosa adolescencia
La dulce religion de sus altares.

Cuando en tu frente reposa,
Blanca mia,
Mi frente ajada y rugosa,
Tan sombría,
Siento una voz apacible
Y delicada,
Tiernísima y bonancible,
Y apagada,
Que discurre por mi sér
Y lo consuela
Y entre las glorias de ayer
Lánguida vuela.
Porque en la paz de tu frente,
Criatura,
De mi sol veo en oriente
La hermosura;

Y vuelve á mí la esperanza
 En la virtud,
 Y amor, y fe, y confianza,
 Y juventud;
 Y vuelven las ilusiones
 Que murieron,
 Que volcánicas pasiones
 Consumieron,
 Y en mística confusion
 Mis plegarias
 Se exhalan del corazon
 Solitarias.
 ¡Perfume de la inocencia
 Misterioso,
 Rico en amor y en creencia
 Y en reposo!
 ¡Memorias dulces perdidas
 De mi infancia,
 Pobres flores esparcidas
 Sin fragancia!
 ¡Oh! de esa niña la frente
 No dejeis,
 Nunca su cándida mente
 Abandoneis,
 Que cuando el alma perdió
 Vuestro matiz,
 En las sombras se encontró
 Muy infeliz!

Pobre niña de ojos negros
 Y de garganta tan pura,
 De tan galana figura
 Y amoroso corazon,
 Guarde el cielo tu ventura
 Y tu inocente ilusion.
 Y el ángel que con sus alas
 Hoy ampara tu cabeza,
 Y sendas mil de pureza

Te muestra en la juventud,
Acompañe tu belleza
A la paz del ataud.

Y no conozcas amores
Que queman jóvenes frentes,
Ni más ojos relucientes
Que los de tu serafín,
Ni más flores en las fuentes
Que guirnaldas de jazmín.
 Ay! cuando tu planta huelle
De juventud el sendero,
Que el alma ve placentero,
Rico de luces y amor,
Tu  ngel volar  hechicero
Y no verás su dolor.

Y en la noche solamente,
Si lloras tristes amores,
Con sus alas de colores
Tus lágrimas secar ,
Y entre perdidos rumores
Melancólico se irá.

Pobre niña de ojos negros
Y de garganta tan pura,
De tan galana figura
Y amoroso corazón,
Guarde el cielo tu ventura,
Tu inocencia y tu ilusión!

Blanca mía, mi amor pasará en breve
Y perderá tus gracias infantiles,
Como pierden su t nica de nieve
Las montañas al sol de los abrils.

Porque se inclina al suelo mi cabeza
En demanda de ignota sepultura,
Y aquí tu vida relumbrante empieza,
Y all  mi vida va á apagarse oscura.

Mira, yo pasará de entre los hombres
Como pasa la luz de cada día;

No quedará mi nombre entre sus nombres;
No habrá quien piense en la memoria mia.

Si amas un día, cándida azucena,
Y de amor lloran tus radiantes ojos,
Ve á arrodillar tu soledad y pena
En la tumba que encierra mis despojos.

Porque yo sé de amores y de luto;
Que yo en mi juventud también amé,
Y hiel tan sólo y desabrido fruto
Con mis labios volcánicos gusté.

Y vierte entónces en mi huesa fría
Una lágrima hermosa de dolor,
Que tú fuiste solaz del alma mia,
Y ella te amaba con inmenso amor.

PAZ Y PORVENIR.

Abrid el corazón á la esperanza,
Abridlo al aura de la paz dichosa;
Caiga en astillas la sañuda lanza,
Ceñid las sienes de laurel y rosa.

Ceñidlas y cantad en los jardines
La aurora de la unión cándida y pura,
Que ronco son de bélicos clarines
No enturbiará su calma y su ventura.

Porque es dulce á los nobles corazones
Tender las manos y alargar los brazos,
Y estrechar generosos campeones
Con dulce afán y con fraternos lazos.

Porque es bello el honor del vencimiento
Que sin llanto se compra ni mancilla,
Desde el Pirene y su encumbrado asiento
A los tendidos llanos de Castilla.

Ven, musa de las fiestas y alborozo,
Ven por primera vez al arpa mia;

Disipará el torpe dolo
De tiranía arrogante.

¡Ojalá que sus pendones
En el Báltico se miren,
Y entre doradas visiones
Hidalgos pechos suspiren
Al contemplar sus leones!

¡Plegue á Dios que los guerreros
Que nueva patria buscaron
Al pié de tus limoneros,
Y que aún á su pié lloraron
Sus altares y sus fueros;
A su sombra blasonada
Desnuden la limpia espada,
Y otra vez áurea corona
Ciñan en su verde zona
A su patria idolatrada.

Truene el cañon, pero de gozo truene;
Inunde el viento en salvas de alegría,
Y en acordada música resuene
Himno de paz, suavísima armonía.

A nosotros venid, que en lo pasado
Sólo las glorias de la hispana gente
Miraremos con pecho sosegado,
Con secos ojos y serena frente.

Tened la mano ruda en la pelea,
Que al tocar de la nuestra la rudeza,
Un mismo sol de gloria centellea
Sobre nuestra magnánima cabeza.

Mañana, sí, temidos y gloriosos,
Ricos de paz, colmados de ventura,
Los nobles lauros del valor frondosos
Del valiente orlarán la sepultura.

Hoy al placer el corazon se entrega,
Hoy la esperanza sus colores vista,
Porque la gloria palpitando llega
Y el trono excelso de su luz conquista.

Hoy la noche su pompa ha desplegado,
Y en sus campos serenos de zafir
Muestra la luna en círculo encantado
Ornado de esplendor el porvenir.

FRAGMENTO.

.....
.....
¡Mujer! fueron los días de mi gloria,
Los días de mi bella libertad,
Vagos ensueños de oriental historia,
Abril que ya se hundió en la eternidad.

Sólo un recuerdo bello se levanta
Entre tinieblas húmedas y olvido,
Voz solitaria que apacible canta,
Cascada de dulcísimo ruido.

Día feliz de amor y de ignorancia
En que latió mi virgen corazón,
Puro como los juegos de la infancia,
Dulce como mi tímida pasión;

Día que vió un amargo desengaño
Rasgar cual hoja seca el porvenir,
Día de llanto y de dolor extraño,
Y que aún así no puedo maldecir:

Que tu figura á tan infausto día
Está mezclada, blanca y celestial,
Espléndida de luz y de alegría,
Aérea, vaporosa y virginal.

Que todavía mis nublados ojos,
Al mirar un desierto abrasador,
Truecan en flores áridos abrojos
Y tejen las guirnaldas del amor.

¡Mujer! ¡Sólo te ví para perderte?
¿Es para ti mentida claridad
Esta pasión que se hundirá en la muerte,

Que verá la confusa eternidad?

¡Oh! morir sin llevar una esperanza,
Abandonar la vida, el aire, el sol,
Los azulados mares en bonanza,
Del occidente el mágico arrebol!

¡Temblar á tu desprecio y á tu olvido,
Como palma que azota el huracan!...
Tal miseria y dolor no has conocido,
Pacífica doncella sin afan.

Angel puro, tu paz y tu contento
No han sucumbido al dardo del dolor
Por más que en alas del nocturno viento
Lleguen á ti los cantos de mi amor.

Mas los ángeles lloran en el cielo
Por el amor que muere sin laurel...
Si ha de pasar el mio sin consuelo,
¡Vierte, hermosa, una lágrima por el!

Á ESPRONCEDA.

¡Y tú tambien, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso,
Donde en alas del genio te ensalzaste?

¡Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?

¿Cómo, cómo en el alba de la gloria.
En la feliz mañana de la vida,
Cuando radiantes páginas la historia
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?

.

Aguila hermosa que hasta el sol subias.
 Que los torrentes de su luz bebias,
 Y luego en raudó vuelo
 Rastro de luz é inspiracion traias
 Al enlutado suelo;
 ¿Quién llevará las glorias españolas
 Por los tendidos ámbitos del mundo?
 ¿Quién las hambrientas olas
 Del olvido y su piélago profundo
 Bastará á detener? Tus claros ojos
 No lanzan ya celestes resplandores:
 Frios yacen tus ínclitos despojos:
 Faltó el impulso al corazon y al alma:
 En las ramas del sauce de tu tumba
 El arpa enmudeció de los amores,
 Y de tu noche en el silencio y calma
 Trémula y dolorida el aura zumba!

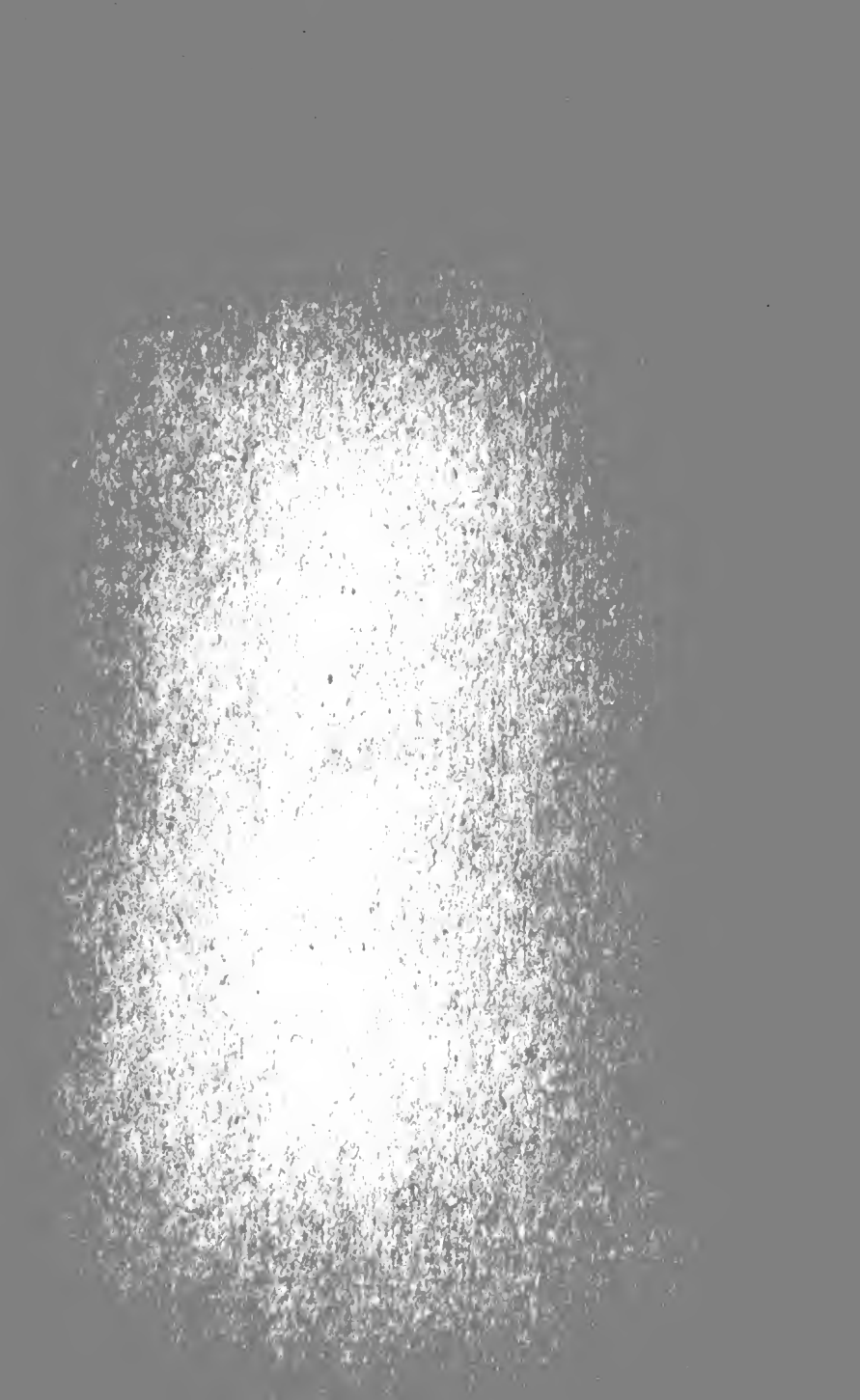
· · · · ·
 ¡Y yo te canto, pájaro perdido,
 Yo á quien tu amor en sus potentes alas
 Sacó de las tinieblas del desierto,
 Que ornar quisiste con tus ricas galas,
 Que gozó alegre en tu encumbrado nido
 De tus cantos divinos el concierto!
 ¿Qué tengo yo para adornar tu losa?
 Flores de soledad, llanto del alma,
 Flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,
 Hiedra que sube oscura y silenciosa
 Por el gallardo tronco de la palma.
 ¡Oh, mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
 ¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
 Cuando el labio te nombra?
 ¿Por qué cuando tu planta
 Campos huella de luz y de alegría,
 Y tornas á la patria que perdiste,
 Torna doliente á la memoria mia,
 A mi memoria triste,
 De tu voz la suavísima armonia?

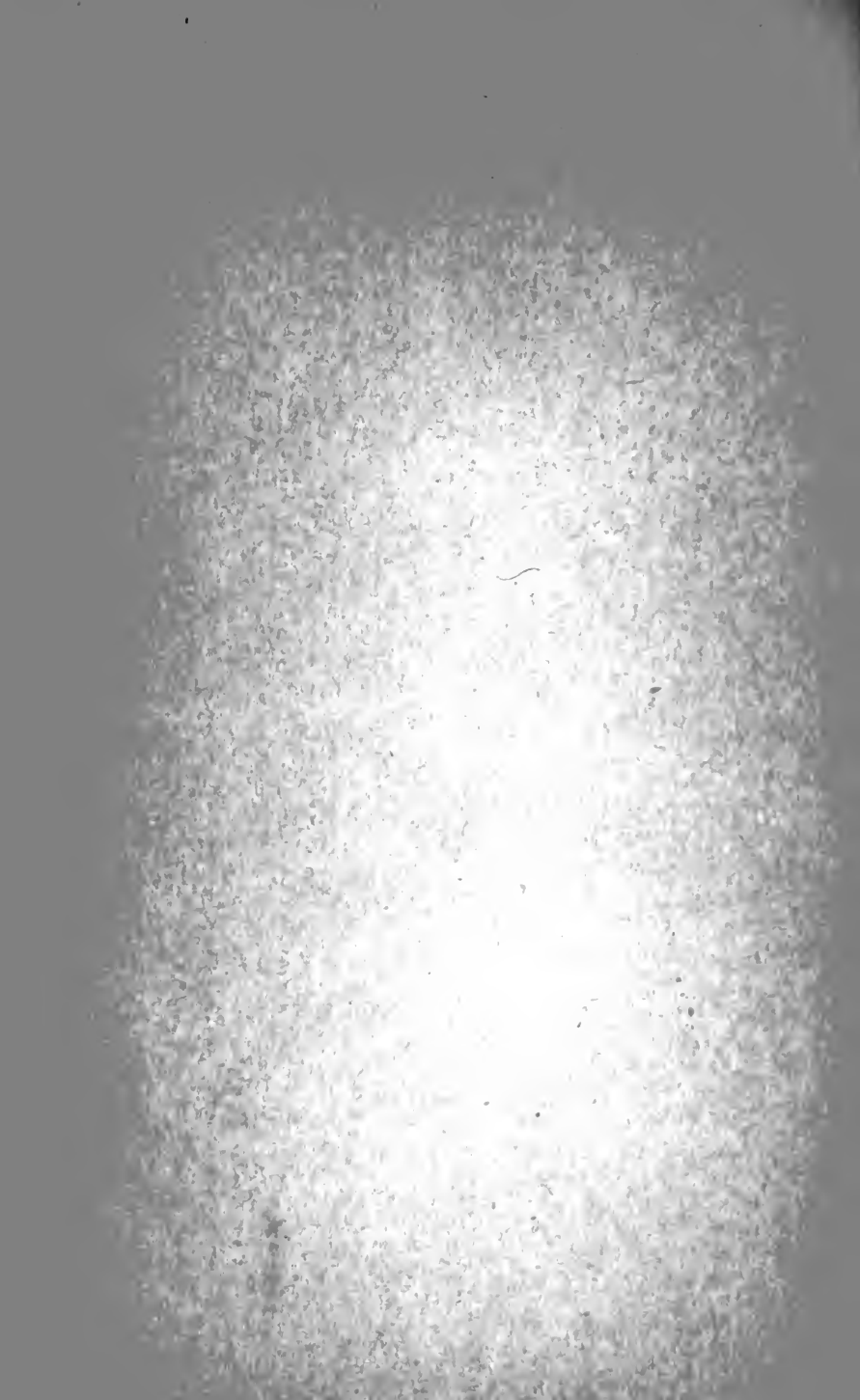
¡Ay! si el velo cayera
Con que cubre el dolor mis yertos ojos,
Méno8 triste de ti me despidiera:
Blanca luz templaria mis enojos
Cuando siguiese tu sereno vuelo
Hasta el confin del azulado cielo.
¡Adios, adios! la angélica morada
De par en par sus puertas rutilantes
Te ofrece, sombra amada;
Vé á gozar extasiada
La gloria inmaculada
De Calderon, de Lope y de Cervantes.

ÍNDICE.

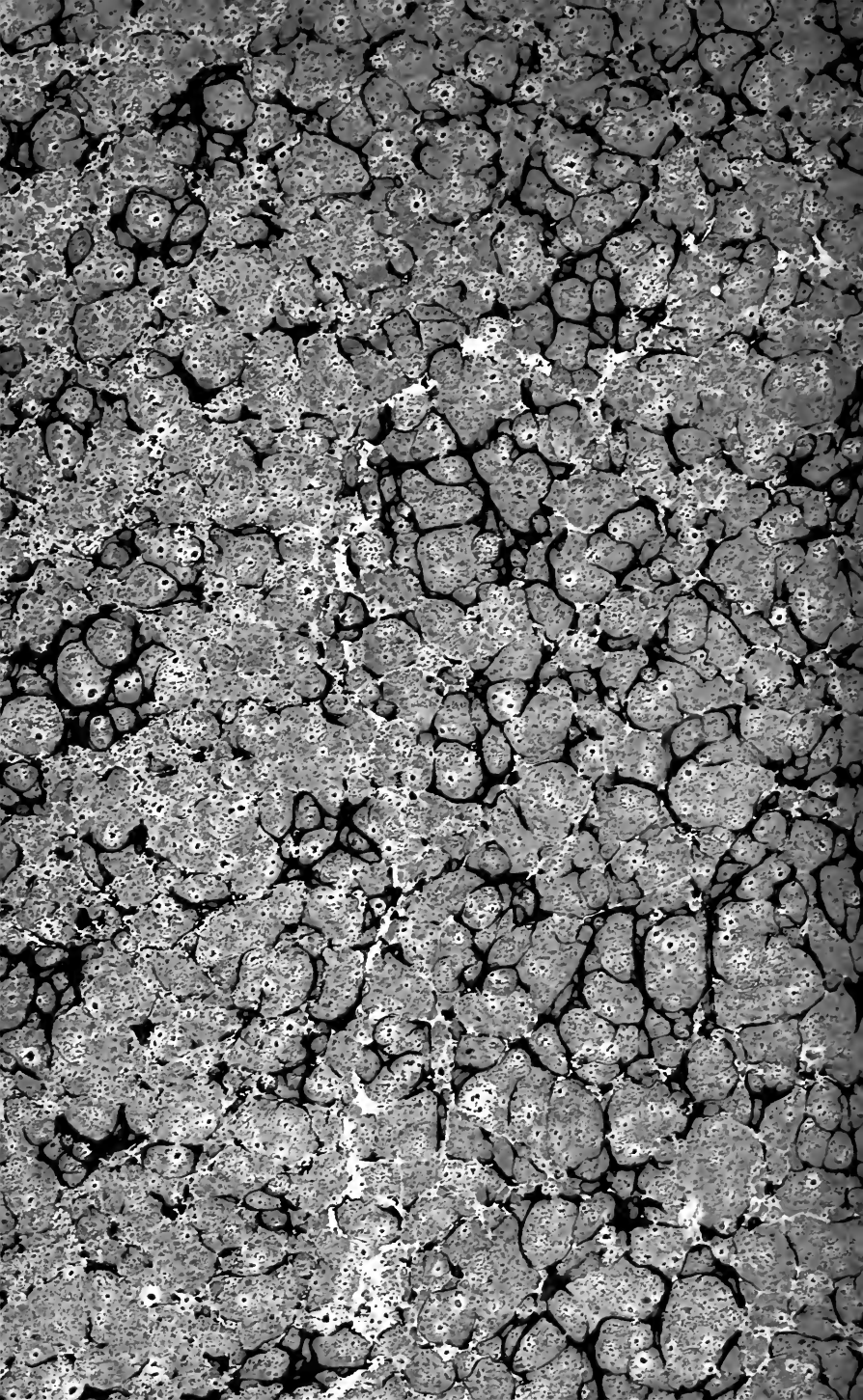
	PÁGINAS.
DOS PALABRAS, por D. G. Laverde.....	V
Un ensueño.—Biografía de Enrique Gil, por D. Eugenio Gil.....	VIII
Á mi hijo, por D. Eugenio Gil.....	XXXIII
La primavera de 1846, por el mismo.....	XXXVI
Un lirio por corona, por el mismo.....	XL
En la tumba de Enrique Gil, por D. Fernando de la Vera é Isla.....	XLI
Epístola á Pedro, por D. E. Florentino Sanz.....	XLII
POESÍAS LÍRICAS DE ENRIQUE GIL:	
Una gota de rocío.....	3
Á la memoria del general Torrijos.....	6
En el álbum de una señorita.....	7
La campana de la oracion.....	8
El ruiseñor y la rosa.....	13
En el álbum de una señora.....	19
La niebla.....	20
La caída de las hojas.....	26
Al Dos de Mayo.....	31
Un día de soledad.....	39
Polonia.....	42
El cisne.....	47
Recuerdos de la infancia.....	52
La violeta.....	58
Impresiones de la primavera.....	60

El cautivo.....	64
A F. O.	69
A... ***	71
La isla desierta.....	76
Un ensueño.....	82
Un recuerdo de los Templarios.....	89
La nube blanca.....	96
Meditacion.....	100
La mariposa.....	104
La mujer y la niña.....	111
A la memoria del conde de Campo Alange.....	114
La voz del ángel.....	118
A Blanca.....	122
Paz y porvenir.....	127
Fragmento.....	131
A Espronceda.....	132









PQ Gil y Carrasco, Enrique
6523 Poesías líricas
G53A17
18--

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 06 10 001 0